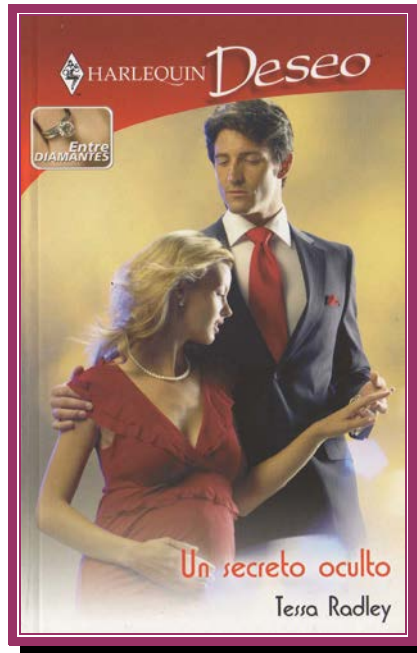


Un secreto oculto

Tessa Radley

2º Serie Multiautor "Entre diamantes"



Un secreto oculto (2009)

Título Original: Pride and a pregnancy secret (2008)

Serie Multiautor: 2º **Entre diamantes**

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: **Deseo Miniserie 38**

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Ryan Blackstone y Jessica Cotter

Argumento:

Estoy embarazada de un hijo tuyo.

Había cosas que Jessica Cotter jamás le diría a su amante, Ryan Blackstone, el empresario joyero más rico de Australia. Ella era su amante secreta, la persona con la que practicaba sexo tórrido en la intimidad de su habitación de soltero. No tenía ningún futuro con el hombre cuya filosofía de vida no incluía niños ni anillos de compromiso.

Pero aunque conocía las reglas, las había roto. Y en aquel momento no tenía otra opción más que alejarse de Ryan... a no ser que él, que tenía el corazón más duro que un diamante, aprendiera a amarla.

Capítulo 1

— Ya es hora de despertarse, bella durmiente — dijo una voz profunda.

Jessica Cotter abrió los ojos. Una masculina mano le estaba acariciando el hombro. Era la caricia de su amante. Sintióse segura y cómoda bajo el edredón, emitió un pequeño gemido de satisfacción y se acurrucó aún más entre la ropa de cama.

— Despiértate, Jess.

Aunque todavía estaba adormilada, sintió cómo él se acercaba y se agachaba. Pero en vez de besarla, echó el edredón para atrás. Cerrando los ojos con fuerza para resistirse al comienzo del día, Jessica protestó murmurando.

Entonces percibió su aroma. Cien por cien masculino. Extremadamente sexy. En el aire todavía se podía respirar la pasión que habían compartido la noche anterior. Gimió, se revolvió entre las sábanas y se estiró levemente. Con los ojos todavía cerrados, esperó a que la tocara.

En aquella ocasión él le agitó levemente el hombro.

— ¡Levántate, Jessica!

Ella abrió los ojos y tardó un momento en recordar lo que estaba pasando.

Estaban en el ático dúplex de Ryan Blackstone.

Aquella mañana se iba a celebrar el funeral y el entierro de su padre.

El funeral de Howard Blackstone. Comprendió por qué Ryan no estaba de humor para...

— Olvídalo. No tienes que levantarte todavía. Me ducharé yo primero — dijo él —. Tengo que ponerme en marcha. Tómate tu tiempo.

Jessica se sentó en la cama. Estaba completamente despierta y agarró el edredón con la intención de ocultar su completa desnudez. Pero no tenía por qué haberse preocupado ya que Ryan ya se había dado la vuelta.

Volvió a tumbarse sobre las almohadas y sintió como se le formaba un nudo en el estómago.

Oyó el sonido del agua corriendo en la ducha.

Miró de reojo el reloj que había sobre la mesita de noche y se percató de que era muy tarde. Se había quedado dormida.

Ambos se habían quedado dormidos.

Entonces dejó de oír el agua correr pero no se movió de la cama. Esperó. La puerta del cuarto de baño se abrió poco después y Ryan salió. Se estaba secando el pelo con una toalla y estaba completamente desnudo. Tenía el pecho amplio y las caderas estrechas. Era el hombre más guapo que ella jamás había visto. Jessica observó cómo miraba el reloj de su muñeca y cómo se dirigía al vestidor.

Cerró los ojos y pensó que aquello iba a ser difícil.

—¿Te has vuelto a quedar dormida? —preguntó él, impaciente.

Su voz seguía siendo profunda y sexy... jamás dejaba de excitarla.

Entonces ella abrió los ojos. Vio que Ryan se había vestido con un traje oscuro que contrastaba con el calor que hacía en febrero en Sidney y que estaba agarrando del suelo la ropa que habían dejado allí tirada la noche anterior. Se ruborizó al recordar aquello y él debió de leer algo en su cara ya que se le oscurecieron los ojos, se acercó a ella y la abrazó.

—Eres la mujer más sexy del mundo —murmuró.

Ryan olía a limpio y tenía un aroma muy fresco... a jabón y a hombre.

—¿Y a ti se te puede tentar fácilmente? —preguntó ella.

—Podría quedarme aquí contigo todo el día.

Aquellas palabras llevaron a la memoria de Jessica todo lo que iba a ocurrir aquel día: el funeral de Howard Blackstone, la lectura del testamento, la conversación que ella debía mantener con Ryan... Pero aun así, a pesar de todo lo que había que hacer, él le parecía irresistible.

Un último beso. Se prometió a sí misma que eso sería todo. Entonces lo abrazó por el cuello y tiró de él.

—¡Oye! —exclamó Ryan al caer a su lado en la cama.

Tenía la cara tan cerca de la de ella que Jessica pudo ver a la perfección el verde jade de sus iris, aquel color tan rico que nunca dejaba de revolucionarle el corazón.

Ryan le apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Pareces cansada. Estás pálida. Tienes ojeras. No debí haberte mantenido despierta hasta tan tarde.

—No pasa nada —contestó Jessica, forzándose en sonreír para ocultar así su preocupación por él.

La manera en la que habían hecho el amor la noche anterior había conllevado cierta desesperación. La desaparición del avión de su padre y la posterior recuperación del cuerpo de éste habían entristecido a Ryan. En lo que a ella se refería, la desesperación provenía por otras causas... por sentir que se le estaba acabando el tiempo.

Irrevocablemente.

—Vas a verte con Ric antes del funeral, ¿no es así? —dijo, cambiando de asunto.

Ante la mención de Ric Perrini, el presidente provisional de Blackstone Diamonds y marido de su hermana, Ryan esbozó una mueca.

—No, ya tendré mucho tiempo después para hablar con él.

Jessica vaciló, pero finalmente habló.

—Hoy también va a ser duro para Kimberley.

La hermana de Ryan había regresado a Australia tras el fallecimiento de su padre después de haber estado trabajando durante los anteriores diez años para Matt Hammond, hijo del mayor enemigo de Howard Blackstone... su cuñado, Oliver.

— Lo sé.

Jessica quiso advertirle que la tratara con delicadeza, pero se contuvo en el último segundo.

Ryan no querría su consejo. Después de todo, ella sólo era su amante, no su esposa.

Bueno, en realidad era menos que una amante... era la querida secreta de la que nadie debía saber nada. Se preguntó qué diría la gente si supieran que la fría rubia que dirigía la joyería Blackstone en Sidney durante el día era abrazada por el jefe durante la noche.

Se quedarían impresionados. Horrorizados. ¿Un Blackstone acostándose con un miembro del personal? ¿La hija de un mecánico viviendo con un multimillonario?

— ¿Sabes lo que deseo más que nada en el mundo? — preguntó entonces Ryan, acariciándole el pelo.

Su voz era suave, cautivadora. Durante un momento Jessica deseó que el mundo que había al otro lado de las paredes, la familia Blackstone, Blackstone Diamonds y las expectativas públicas, se pudieran disolver. Deseó que sólo fueran ellos dos: Ryan y ella. Deseó poder acurrucarse en sus brazos y no tener que marcharse nunca.

Si sólo...

— ¿Qué quieres?

— Besarte aquí... — contestó él, acariciándole la garganta — para celebrar la vida en vez de la muerte.

Entonces la besó donde la había acariciado. Jessica tragó saliva y él pudo sentir cómo se movía su garganta. A continuación subió los labios hasta su boca.

Jess gimió.

— Abre la boca, cariño, te necesito.

La voz de Ryan reflejaba una desesperación que era nueva para ella. Obedientemente separó los labios. Él saboreó la dulzura de su boca mientras ella lo abrazaba por el cuello. No quería dejarlo marchar.

Cuando por fin dejó de besarla, Ryan tenía la respiración agitada y sus ojos reflejaban deseo.

— Dios, podría quedarme aquí todo el día. Sería una manera muy fácil de escaparme de todo — comentó, volviéndola a besar de nuevo.

La besó frenéticamente y Jessica lo deseó con ardor. El deseo de escapar dejaba claro cuánto temía el día que tenía por delante. El funeral suponía la prueba final de que su padre se había marchado. Para siempre. Entonces ella le acarició los hombros y deseó poder quitarle todo el dolor que sentía por dentro.

—¿Ves lo receptivo que es tu cuerpo? —dijo él, apartándose y metiendo una mano por debajo del edredón—. Ya se te han hinchado los pechos. Anoche me di cuenta enseguida de lo tensos que estaban.

Jessica se quedó helada.

Le agarró la mano para impedirle que la bajara hacia su estómago. Todavía no había visto ningún cambio en su cuerpo. Sólo había sentido las señales de advertencia.

—No tenemos tiempo para esto —comentó, apartándose de él—. Será mejor que te pongas en marcha o llegarás tarde.

—Y será mejor que tú también te levantes.

—Lo haré —concedió ella, sonriendo débilmente—. En cuanto te hayas marchado.

—Supongo que es mejor así —dijo él, respirando profundamente—. En cuanto te levantas y comencaras a vestirte, no saldría de aquí. Pero primero...

Entonces se acercó a ella y posó los labios sobre los suyos durante un largo momento. Fue un beso dulce. Delicado. Un gran contraste con la desesperación que se había apoderado de sus actos momentos antes.

—Gracias por anoche —le dijo.

Jessica sintió como si se le partiera el corazón en dos.

Ryan todavía no lo sabía, pero la noche anterior había sido la despedida... aunque ella ya estaba vacilando. Quizá otra semana más...

Él se levantó y sus ojos se ensombrecieron.

—No llegues tarde al funeral. Y no...

—Que no haga nada que nos pueda delatar —terminó de decir ella. Aquello le dolió.

—Iba a decir que no hicieras nada que pudiera distraerme —corrigió él, asombrado.

—Márchate, Ryan —insistió Jessica, sintiendo la garganta seca.

Entonces observó cómo él salía de la habitación y oyó sus pisadas en el pasillo. Esperó a oír que llegaba el ascensor, y que posteriormente se cerraban las puertas, para levantarse.

Sintió cómo se le revolvía el estómago y un nauseabundo sabor a bilis en la garganta. Se levantó y comenzó a tener arcadas antes incluso de llegar al cuarto de baño.

Después se lavó la cara con agua fría. Le temblaban las manos y se miró en el espejo que había sobre el lavabo. Era cierto que estaba muy pálida y sus ojos marrones reflejaban cansancio. Tenía un aspecto horrible. Pero, mirándose a los ojos en el espejo se dijo a sí misma que ya estaba bien de sentir pena y culpabilidad y que aquel mismo día tenía que terminar con todo. En cuanto el funeral acabara.

Antes de que los síntomas fueran evidentes.

Ryan estaba de pie en las escaleras de piedra de la histórica iglesia en la que el alma de su padre estaba a punto de ser entregada al cielo... o al infierno, según la opinión que cada uno tuviera de Howard Blackstone.

Él había querido a su padre, pero su relación no había sido fácil. Comenzó a sentir calor ya que el sol de mediodía le estaba dando directamente en la espalda. Respiró profundamente y se desabrochó el primer botón de la camisa.

La fragancia de las rosas que había en el cementerio de la iglesia le recordó a Jessica. La imagen de ella tumbada en su cama aquella misma mañana se apoderó de su mente y pensó en la tentación que aquella mujer suponía para él. Sintió hambre de ella, hambre de la pasión que compartían, una pasión que le tenía cautivado a pesar de aquel breve periodo de desconfianza por el que había pasado tras la desaparición del avión de su padre.

Oyó la música del órgano de la iglesia y sintió la tensión apoderarse de su pecho.

Se giró para mirar al grupo de hombres que había alrededor del coche fúnebre. A excepción de Ric, todos los demás también habían asistido al funeral de su madre, celebrado hacía veintiocho años. Pudo ver el ataúd con los restos de su padre. De su padre. Una emoción demasiado intensa como para describirla se apoderó de él. Su padre...

— Ya deberíamos comenzar — dijo Ric.

Ryan se dio la vuelta para mirar al intruso al que su padre siempre había puesto por delante de él y al que había tratado como si hubiera sido su hijo mayor.

— Dame un minuto para despedirme de mi padre — espetó.

Algo brilló en los ojos de Ric y Ryan lo miró. Lo último que quería era la compasión de Ric Perrini. Pero la expresión de los ojos de éste se desvaneció al instante y su mirada volvió a tener su característica inexpresividad.

Ryan se dio la vuelta, inclinó la cabeza y rezó en silencio. Cuando finalizó se acercó con decisión al ataúd.

Ric lo siguió y le puso una mano sobre el hombro.

— Tengo que hablar contigo — le dijo.

Ryan se puso tenso y vaciló durante un momento antes de asentir con la cabeza.

— Claro.

Entonces se alejaron un poco y Ric lo miró directamente a los ojos.

— Lo primero que quiero que sepas es que no hay nadie que sienta más que yo la pérdida que has sufrido.

Ryan se preguntó si Ric lo sentía tanto debido al rumor que se había vertido sobre que su padre había camelado el testamento poco antes de morir. Bajo las cláusulas del testamento original, Ric, en vez de los propios hijos de Howard, era el mayor beneficiario de las acciones de Howard y seguramente estuviera perturbado ante la posibilidad de obtener menos. O quizá temiera que Kimberley no heredara ningún activo de su padre.

—Garth le dijo a Kim que Howard había cambiado su testamento —dijo Ric.

Garth Buick era un viejo amigo de Howard y el representante de Blackstone Diamonds.

—Le ha advertido a Kim que no espere demasiado. No después de su deserción al irse a la casa Hammond.

Por su experiencia personal, Ryan podía hacerse una idea de cuál había sido la reacción de su padre. Hacía diez años, Howard había puesto a Ric a la cabeza de Blackstone Diamonds y él se había marchado a Sudáfrica para trabajar para De Beers, ya que necesitaba estar un tiempo alejado de Ric, de Howard y de la empresa. Su padre había enfurecido ante lo que había calificado como una «deserción».

Cuando finalmente Ryan regresó, mayor y más sabio, su padre lo había recibido con una frialdad que le advertía que su deserción no había sido olvidada, ni perdonada, aunque lo había nombrado jefe de las joyerías Blackstone, una filial de la empresa. El pasado siempre se había interpuesto entre ambos; era un abismo demasiado profundo. Hasta que Ryan había dado algunos pasos para acercarse y le había dicho a su padre dos semanas antes de Navidad que quería una mayor participación en la empresa. Éste había parecido satisfecho.

Por lo que si Howard había cambiado su testamento en diciembre, seguramente la herencia de su hijo habría aumentado... a expensas de la parte que le correspondía a Ric.

Lo que no haría que la ya tensa relación que mantenía Ryan con su cuñado mejorara. Pero mandaría un mensaje claro sobre la confianza que su padre había depositado en él y lo pondría en una posición más fuerte para ser votado director general de Blackstone Diamonds en la reunión que se iba a celebrar el lunes siguiente.

—Pero seguro que Kimberley seguirá heredando las joyas de mi madre y una considerable suma de acciones, ¿no crees? Mi padre nunca le dejaría menos —comentó.

Aunque, si era sincero, tenía que reconocer que aquellas acciones le habían dejado sin dormir algunas noches, ya que su hermana y Ric juntos formaban un bloque contra él; tenían demasiados votos. El futuro director general de Blackstone Diamonds quizá dependiera de si Kim heredaba algunas acciones o no... o de a quién votara.

—Pronto lo sabremos —respondió Ric, frunciendo el ceño—. Kim piensa que Matt Hammond va a asistir al funeral. Sé que tú y yo hemos tenido nuestras diferencias, pero es importante que hoy nos mostremos unidos.

Ryan se quedó mirando a Ric. Desde que su hermana había regresado a Australia, se había hecho cargo de las relaciones públicas de la empresa. Había tenido problemas con su trabajo debido a la crisis que siguió al accidente de avión de su padre... y de Marise Davenport, su supuesta última amante. Su afligido y ofendido viudo, Matt Hammond, había comenzado a comprar mercancía de Blackstone Diamonds y a desencadenar rumores de una compra de la empresa...

—Sí, Matt Hammond estará en el funeral. Se regodeará sentado en la primera fila. Les ha estado contando a los periodistas que hoy estaría aquí... «para asegurarse de que el malnacido sea enterrado» —contestó Ryan.

Sabía que su padre tenía muchos enemigos, pero le dolía que Matt, hijo del único hermano de su madre, compartiera esa opinión. Matt Hammond era un traidor, al igual que su padre, Oliver.

—Ya va a comenzar el funeral —comentó, dándose la vuelta.

Los encargados de la funeraria sacaron el ataúd de Howard del coche, lo dejaron en el suelo y depositaron sobre él la corona de flores que había elegido Kimberley. Lirios blancos. Su tía Sonya le había dicho que habían sido las flores favoritas de su madre. Al olerlos, Ryan recordó un tiempo en el que en el hogar de los Blackstone había risas y alegría... felicidad. Pero aquél era un tiempo pasado.

Al instante la realidad se apoderó de la situación. Le fue duro pensar que nunca más volvería a oír la áspera voz de su padre y que ya no podría demostrarle que era capaz de dirigir la empresa tan eficientemente como él.

Se colocó al principio del ataúd y Ric lo hizo en el extremo opuesto. Garth Buick se situó detrás de Ric mientras Kane, un primo de Ryan, lo hizo a su vez detrás de éste. También se encontraban allí los dos hermanos mayores de Howard, el padre de Kane, Vincent, y William Blackstone, que también se acercaron para llevar a hombros el ataúd.

Ryan esbozó una mueca al ver a William Blackstone. Dos meses atrás su tío le había vendido su diez por ciento de acciones de Blackstone Diamonds a Matt Hammond... y había creado bastantes disturbios en la oficina general de las empresas.

—Bien, vamos allá —dijo, agachándose para agarrar la manivela que tenía más cerca.

Los demás hicieron lo mismo y todos levantaron el ataúd para llevarlo al altar.

La música del órgano alcanzó su punto culminante cuando entraron en la iglesia. Ryan miró fugazmente hacia la primera fila y no vio a Matt Hammond. Trató de encontrar a Jessica, pero tampoco la vio, aunque sabía que debía de estar allí. Durante un fugaz momento pensó en la pasión que habían compartido la noche anterior, en el beso que le había dado aquella mañana, y se relajó. La generosidad de Jessica como amante y la tranquilidad que le ofrecía sin pedir nada a cambio habían logrado que aquel día fuera más llevadero para él.

Dejaron el ataúd en el altar, donde el cura estaba esperándolo para comenzar la misa. Kimberley le hizo señas desde la primera fila y tanto Ric como él se sentaron en el banco.

Una vez sentado al lado de su hermana, con Ric al otro lado de ella, Ryan miró a su alrededor. Pero siguió sin ver a Matt Hammond ni a Jessica.

— Está justo al fondo — le susurró Kimberley.

— ¿Quién? — preguntó Ryan, frunciendo el ceño.

— Jessica — contestó Kim, levantando una ceja—. La estabas buscando a ella, ¿no es así?

Ryan no contestó ni miró para atrás para confirmar las astutas sospechas de su hermana.

Mientras escuchaba al cura, no pudo evitar preguntarse cómo se había enterado Kimberley. Su hermana siempre había sabido cómo interpretar a las personas, pero él pensaba que había hecho un buen trabajo escondiendo su aventura con Jessica. No entendía cómo lo había descubierto.

El calor que hacía en aquella iglesia tan abarrotada comenzó a tener efecto en Jessica, que empezó a oír la voz del cura cada vez más tenue. Cerró los ojos con fuerza para tratar de reprimir una náusea y no vomitar la tostada que había comido.

— Cariño, ¿estás bien? — le preguntó su madre, susurrando.

— Sí — contestó ella. Pero entonces sintió otra náusea—. Bueno... quizá no — añadió.

Su madre no sabía nada del bebé, y el funeral de Howard Blackstone era el último lugar que ella elegiría para anunciarlo.

Náuseas matutinas. ¡Qué expresión más poco apropiada! Ya era mediodía. Náuseas constantes sería más apropiada.

— Vamos, déjame que te ayude a salir fuera.

— ¿Fuera? — repitió Jessica, abriendo los ojos y mirando a su madre con incredulidad—. ¿Quieres decir que salgamos del funeral de Howard Blackstone?

De sólo pensarlo se sintió enferma de nuevo. Se había sentado con sus padres en el banco más alejado del altar para no captar atención... cosa que era difícil teniendo en cuenta que su padre iba en silla de ruedas. Si se marchaban en aquel momento echarían a perder toda la discreción que habían logrado.

Pero su madre asintió con la cabeza.

— Necesitas respirar aire fresco. Estás demasiado pálida, Jessica.

Una mujer que llevaba un sombrero negro se dio la vuelta y los miró. Jessica esbozó una tenue sonrisa y puso la mano sobre la de su madre.

– Estaré bien – le dijo.

Sally Cotter no parecía muy convencida.

– Si tú lo dices...

La mujer del sombrero volvió a darse la vuelta.

Jessica cerró los ojos y tuvo que admitir que se sentía muy mal. El alivio se apoderó de ella cuando por fin los asistentes al funeral se levantaron y comenzaron a cantar el último rezo.

– Os veré fuera.

Entonces salió a la calle y respiró aire fresco. Momentos después estaba de pie en el lavabo de la iglesia. Tras haberse echado agua fría en la cara ya no se sentía tan acalorada.

Su médico le había recetado unas pastillas para las náuseas, pero ella no había querido tomarlas. Se estremeció al pensar que había estado a punto de vomitar en medio del funeral de Howard Blackstone y en lo que habría dicho Ryan, en los rumores que habrían corrido. No podía soportar pensar en ello. Se apresuró a abrir su bolso para buscar las pastillas y tomarse una.

Cuando salió del lavabo se percató de que el funeral ya había terminado. Los asistentes estaban saliendo de la iglesia. Era un día muy soleado y al salir pudo ver los pájaros que había en los árboles. Comenzó a sentirse mejor y miró a su alrededor para tratar de encontrar a sus padres. Pero no los vio. Se dijo a sí misma que seguramente todavía estuvieran dentro, por lo que volvió a subir las escaleras.

Antes de lograr pasar entre los reporteros que había allí congregados, Ryan se acercó a ella.

– Jessica, no te he visto dentro de la iglesia. ¿No te quedarías fuera, verdad?

– Salí justo cuando el funeral estaba terminando... necesitaba ir al lavabo.

– Gracias por haber venido – dijo él con un extraño fervor reflejado en los ojos.

– ¿Cómo podría no haberlo hecho? Él era tu padre.

– Y tu jefe.

– No, tú eres mi jefe – contestó ella en voz baja, mirándolo fijamente.

– ¡No me mires así! – exigió él. La tensión se apoderó de su cara –. Es difícil de creer, pero te deseo... ahora mismo.

– ¡Ryan! – exclamó ella, sintiéndose invadida por la excitación –. ¿Qué diría la gente?

– Ahora mismo no me importa – contestó él, agarrándola por el brazo –. Jess...

– Ten cuidado – dijo ella, apartándose –. La gente hablará. Créeme; después sí que te importará.

Antes de que él pudiera contestar, Jessica subió las escaleras y se perdió entre la multitud, con el corazón revolucionado ante la inesperada intensidad de los sentimientos que había mostrado Ryan.

Ryan entró al cementerio Rookwood con su brillante BMW M6 negro. Siguió al cortejo fúnebre hasta el lugar en donde su padre sería enterrado.

Se bajó rápidamente del vehículo y se acercó a una tumba abierta que había al lado de un pino. Esbozó una seria expresión, decidido a no mostrar lo duro que aquel día era para él.

Su resolución se tambaleó al ver la tumba de su abuelo, Jeb, justo detrás de la de su madre. A su lado, su tía Sonya se detuvo ante la tumba de Úrsula Blackstone, su hermana. Ryan tomó a su tía del brazo. Ella se asustó y él le dio unas palmaditas, ya que no sabía qué decir.

— A veces vengo a arreglar y cuidar las rosas que Úrsula plantó para James. Ella solía venir a visitarlo todos los domingos por la tarde para plantarlas. Yo intento venir una vez cada dos meses — dijo Sonya con una tenue voz—. Y ahora Howard también los va a acompañar.

En la placa que había al lado de la de Úrsula se leía: *En recuerdo de nuestro hijo perdido, James. Algún día te veremos.* Howard Blackstone ni siquiera le había permitido a su esposa reservar una parcela del cementerio para James; aquella placa era todo lo que Úrsula Blackstone había tenido para recordarle a su hijo. Un trágico recordatorio de que sus padres nunca habían vuelto a ver al primer hijo que tuvieron después de que éste fuera secuestrado.

— Tal vez ahora los tres hayan vuelto a estar juntos — comentó Sonya al ver lo que miraba su sobrino.

— Quizá — concedió Ryan, recordando la negativa de su padre a aceptar que James estuviera muerto.

Howard había exigido que las investigaciones continuaran durante décadas para seguir unas pistas que no obtenían ningún resultado. Tal vez Sonya tuviera razón y, una vez muerto su padre, los tres encontrarían la paz.

Pero una cosa estaba clara: Ryan no iba a tener que plantar rosas para recordar a su padre. La fuerza y la determinación de Howard Blackstone estaban muy arraigadas en su alma.

Tanto su tía como él se acercaron a la tumba que había preparada para su padre. Sonya comenzó a llorar desconsoladamente. Sintiéndose incómodo, Ryan le pasó un brazo por los hombros y buscó a su hermana con la mirada. Pero en vez de ver a Kimberley, se encontró con los ojos de Matt Hammond, que reflejaban un gran enfado.

— Te voy a enseñar que no puedes jugar con mi familia y salirte con la tuya — dijo Matt desde el otro lado de la tumba.

Ryan lo miró con la furia reflejada en los ojos y se sintió invadido por la tensión.

Notó cómo su tía se puso nerviosa y la abrazó estrechamente.

El cura comenzó a hablar. Ryan cerró los ojos y trató de absorber aquellas palabras. Entonces, sin saber cómo había ocurrido, vio que había agarrado con la mano un poco de arena. Se adelantó y la echó sobre el ataúd.

Las emociones tan intensas que sintió lo tomaron por sorpresa. Se le creó un nudo en la garganta. Alguien le agarró la mano, Kimberley. Pero él se apartó y se alejó de la tumba.

—¿Estás bien?

Ryan asintió con la cabeza y se abrió paso entre la multitud para buscar un lugar apartado en el que poder estar tranquilo con su dolor.

Jessica...

Se preguntó si habría ido también al cementerio. La buscó con la mirada y encontró sus delicadas facciones. No estaba sola, como más o menos había esperado él. Tampoco estaba con los miembros del personal de Blackstone Diamonds, sino que estaba con una pareja mayor. Un hombre en silla de ruedas y una mujer que le resultaba ligeramente familiar.

Pero centró su atención en Jessica. La devoró con la mirada y deseó que ambos estuvieran a miles de kilómetros del cementerio y de los tristes recuerdos que conllevaba. Ella lo saludó discretamente con la mano.

Ryan asintió con la cabeza y, sintiéndose extrañamente reconfortado, miró de nuevo la tumba de su padre para el último rezo. Cuando levantó la cabeza vio a Jessica empujando la silla de ruedas del hombre hacia la zona donde había varios coches aparcados.

Se marchaba...

—¡Jessica! —gritó tras ella una vez estuvo alejado de los asistentes al entierro.

Pero ella no lo oyó y ayudó a subir al hombre a un coche. Ryan comenzó a correr. La alcanzó justo cuando estaba a punto de montarse en el asiento del conductor. El vehículo no era el Toyota que normalmente conducía.

—¿Vas a venir a la mansión? —le preguntó.

—Nunca he estado allí, así que no creo —contestó ella. Entonces miró a la pareja que había en el coche—. Tengo que llevar a mis padres a casa.

¿Sus padres?

—Preséntanos —exigió Ryan, introduciendo la cabeza dentro del coche.

—Mamá, papá, éste es Ryan Blackstone —lo presentó ella a regañadientes.

Pero con la cobertura que la prensa les había dedicado a Kimberley y a él durante el mes anterior, los padres de ella lo habrían reconocido con sólo mirarlo.

—Mis padres, Sally y Peter.

La madre de Jessica esbozó una dulce sonrisa, pero los ojos de su padre fueron más críticos. Ryan se preguntó qué habría ocurrido para que Peter necesitara una silla de ruedas y si sus padres sabrían que él era el amante de su hija. Nunca se había planteado qué les habría dicho ella sobre su vida privada. Nunca había tenido en cuenta que quizá Jessica tuviera que mentir a la gente que amaba... a sus padres, a sus amigos.

Se sintió avergonzado. Al haber insistido en mantener su relación en secreto, le había puesto las cosas muy difíciles. Y todo porque no quería que se hiciera público que se estaba acostando con un miembro de su personal. Se preguntó si habría sido terriblemente injusto.

Llevando a Jessica con él, se alejó un poco del coche.

—Por favor, ven a la mansión, a Miramare, Jess...

—No creo...

—Quiero que vengas —insistió. Por un momento tuvo la sensación de que le estaba abandonando.

Ella levantó la vista ante la intensidad de su voz.

—Nunca antes me habías invitado a ir allí... ¿por qué ahora?

Él no tenía respuesta para aquello. Por lo menos, no una que él mismo entendiera. Todo lo que sabía era que quería levantar la vista y poder ver la delgada silueta de Jessica delante de él, oír su tranquilizadora voz.

—No te lo había mencionado antes, pero hay rumores de que mi padre cambió su testamento...

Jessica debió de haberse percatado de la confusión y del enfado que reflejaban los ojos de él ya que, tras una breve pausa, asintió con la cabeza.

—Pero primero debo llevar a mis padres a casa.

—Jessica —terció su madre, sacando la cabeza por la ventanilla del coche—. Vamos a pasar por la mansión Blackstone y yo puedo conducir hasta casa desde allí.

—No quiero que conduzcas, mamá. Hoy no —contestó Jess, dirigiéndole a su madre una intensa mirada—. Una vez os deje en casa, puedo tomar un taxi para que me lleve a la mansión. Y más tarde regresaré a mi casa también en taxi.

—¿A ese apartamento tan solitario que tienes en Chippendale? Está lejos.

—Yo te llevaré... a tu casa —se apresuró a añadir Ryan.

Pensó que si sus padres todavía creían que ella seguía viviendo en el apartamento que había alquilado en Chippendale tras haberse mudado a Sidney, eso significaba que no sabían que donde realmente vivía era en su ático. Sabía que ella iba a visitar a sus padres todos los fines de semana... sin él, por supuesto. Pero nunca se había parado a pensar en lo difícil que debía de haberle resultado a Jessica evitar que su madre fuera a visitarla.

—Ya está todo arreglado —dijo—. Te veré después.

Capítulo 2

Ryan salió del despacho de su padre y, a ciegas, se dirigió al pasillo. Sentía como si su mundo se hubiera venido abajo. Delante de él pudo ver a Matt Hammond dirigiéndose enfadado hacia la puerta principal... sin ninguna intención de quedarse a tomar un refresco.

—Ryan —le llamó su hermana.

Kim estaba más blanca que los lirios que habían depositado sobre el ataúd de su padre y parecía muy impresionada. Se acercó a ella y, aunque a él le temblaban las manos, la llevó a la sala contigua para evitar las miradas de los curiosos. Cerró la puerta tras ellos.

—El viejo malnacido —espetó él con amargura.

—¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Cómo ha podido desheredarme? —dijo Kimberley con voz apagada—. Soy su hija, maldita sea.

—Le ha dejado tus acciones a alguien que ni siquiera existe. James está muerto —comentó él, agitando la cabeza ante la locura que suponía aquello.

Pero Howard Blackstone nunca había estado loco, salvo por una cosa: su obstinada creencia de que su primer hijo todavía estaba vivo. En algún lugar.

—De ninguna manera James va a revivir por arte le de magia durante los próximos seis meses para reclamar su parte de la herencia... o Miramare —dijo Ryan, tratando de consolar a su hermana.

El fantasma de James había estado acechando la mansión desde la desaparición de éste.

—Aunque no lo haga, las acciones que le ha dejado a él se repartirán entre Ric y tú —le recordó Kimberley, que parecía muy aturdida—. Yo no me quedo con nada... salvo con esa fría cláusula en la que se establece que me deshereda.

Lo que significaba que Ryan y Ric tendrían igual número de acciones. Hasta el final, su padre los estaba enfrentando.

—Papá no tenía ningún derecho a dejarle a Marise Davenport las joyas de mamá.

A Ryan se le vino a la cabeza una imagen de Marise. Había sido una exuberante pelirroja que había trabajado para el departamento de marketing de Blackstone Diamonds. Él nunca le había prestado mucha atención, aunque ella había tratado de que así fuera en más ocasiones de las deseadas. Pero ello no la había detenido y había ido en busca de un pez más grande. Su padre. Aparte de las joyas de su madre, su padre también le había dejado un legado bastante considerable. Pero claro, no le serviría para nada ya que estaba muerta.

—Voy a impugnar el testamento —anunció Kimberley.

—No será fácil —contestó Ryan.

Ninguno de los dos había oído la puerta abrirse, pero Ric había entrado en la sala.

—Su testamento establece claramente que deseaba desheredarte... que ése era su deseo —prosiguió Ryan.

Kim se apartó de los brazos de su hermano y se acercó a su marido.

—Oh, Ric, no podía haber elegido una manera mejor para hacerme daño.

—Tranquila, mi amor. Él ya no está entre nosotros. Tu padre sólo puede hacerte daño si se lo permites. Tú creas tu propia felicidad —dijo Ric, dándole a Kimberley un cariñoso beso en los labios.

Repentinamente Ryan se sintió como un intruso, como alguien ajeno al vínculo que tenían Ric y su hermana. Sintiéndose muy solo, salió al pasillo.

La única cosa buena que había salido del testamento era la evidencia de que su padre le había considerado igual a Ric. Pero él nunca había sido capaz de llenar el vacío que había dejado la pérdida de su hermano.

Apesadumbrado, se dirigió al salón principal, donde se había congregado la mayor parte de los asistentes al funeral. Al entrar, el olor a buen café recién hecho embriagó sus sentidos y el murmullo de las conversaciones que la gente estaba manteniendo le resultó casi agobiante. Se preguntó si habría llegado ya Jessica. Al mezclarse entre la multitud, vio una cabeza rubia que le era familiar.

Justo en ese momento, como si supiera que él había llegado, Jessica se dio la vuelta. Tenía la preocupación reflejada en sus ojos marrones.

Y, por primera vez desde el funeral, el sentimiento de vacío que había estado sintiendo Ryan comenzó a disiparse.

A Jessica se le encogió el corazón al ver la tensa expresión de la cara de Ryan. El último mes había sido difícil para él. Por lo menos, al haber enterrado ya a su padre y al haberse leído el testamento, su vida debería volver a recobrar cierto equilibrio. Pero entonces recordó el comentario que había hecho sobre que quizá hubiera un nuevo testamento.

Lo que era evidente era que el Ryan que se estaba acercando a ella no estaba muy tranquilo. La aprensión se apoderó de su estómago. Cuando él llegó a su lado, le murmuró al oído...

—El rumor era cierto: Howard cambió su testamento, ¿verdad?

—Sí —contestó él, pasándose una mano por su pelo negro—. Ha desheredado a Kim.

—Oh, no —dijo Jessica, llevándose una mano a la boca para reprimir un grito de horror—. Pero tú... ¿estás bien?

La mirada que le dirigió Ryan reflejaba furia y dolor.

— Mi padre le ha dejado el treinta por ciento de las acciones de la empresa a mi hermano.

— ¿A tu hermano? — repitió Jessica, parpadeando y tratando de comprender —. Pero tu hermano está...

— ¡Muerto! — la interrumpió Ryan —. Mi padre fue el único que jamás lo aceptó. Nunca perdió la esperanza de encontrar a James.

— ¿Lo encontró? — preguntó Jessica, sintiendo un nudo en la garganta.

— No — contestó Ryan, esbozando una sombría expresión —. Pero, según Garth, mi padre estaba exultante antes de su muerte. Pensaba que tenía una pista. James desapareció hace treinta y dos años. Me cuesta creer que mi padre estuviera perdiendo su tiempo por algún charlatán de tres al cuarto.

Jessica sintió mucha pena por Ryan y se acercó un poco más a él. Deseó que estuvieran solos para poder darle el abrazo que él necesitaba en aquel momento, abrazo que no podía darle en público ya que nadie debía saber que eran amantes. Ni siquiera aquel día.

No pudo evitar sentir compasión por Howard Blackstone, un hombre al que siempre había despreciado en silencio. Pensó que era terrible perder a un hijo, no ser capaz de enterrar sus restos y despedirse.

Sólo el hecho de pensar en perder el bebé que llevaba en sus entrañas la llenó de angustia. Se preguntó cómo podían haberlo soportado Howard y Úrsula.

— ¿Qué ocurrirá ahora? Si no hay ningún hermano que reciba la herencia, ¿quién heredará las acciones de tu hermano muerto?

Ryan rió sin humor.

— En seis meses se nos entregarán a Ric y a mí a partes iguales. A eso hay que sumarle el treinta por ciento que hemos heredado cada uno bajo las cláusulas del nuevo testamento.

— Entonces así acabarán las cosas, ¿verdad? — supuso Jessica, mirando las bellas facciones del hombre al que había llegado a amar tanto.

Aquellos ojos verdes, aquella fuerte nariz y preciosa boca...

Boca que en aquel momento estaba esbozando una dura mueca que le otorgaba a la casi perfecta cara de Ryan una expresión de dureza.

— Yo creo que esto nunca terminará. Cuando James murió, mi familia se rompió. Él era su primer hijo. Su heredero — comentó él.

— ¿Tú trataste de ocupar su lugar, de ser el hijo que tu padre quería?

— Jamás lo seré. Y no fui el único que trató de agradar a mi padre. Kim también trabajó duro. Ambos sacábamos unas notas excelentes, yo fui admitido en los equipos de rugby y de cricket y competí en muchas carreras. Hice todo lo que pude para... — Ryan dejó de hablar y apartó la vista. Entonces suspiró —. ¿Qué importa? Mi padre está muerto.

Jessica concluyó que Ryan sentía que nunca había estado a la altura de las expectativas de su padre. Ello le hacía comprender al hombre del que había sido amante durante los dos años anteriores, le mostraba una parte de su carácter que él había mantenido oculta. Una parte que quizá ella jamás hubiera descubierto a no ser por el nuevo testamento.

Se preguntó si aquélla sería la verdadera razón por la que mantenía cierta distancia emocional con ella y se planteó si él pensaba que no era digno de ser amado.

—Pero por lo menos mi padre no le dejó la mayor parte de las acciones a Ric — dijo Ryan con una leve satisfacción reflejada en la voz.

Jessica se apartó. La intensa rivalidad que existía entre los dos hombres, y la manera en la que ésta consumía a Ryan, siempre la había preocupado.

—Ahora que tu padre se ha ido, Kim, Ric y tú tenéis la tarea de dirigir Blackstone Diamonds.

—Ric no es un Blackstone. Yo soy el único hijo varón que vive. Bajo mi dirección, los beneficios de las empresas han crecido enormemente. He demostrado que valgo. El control de todo debería ser mío.

Jessica le dio un bocado a una galleta que había agarrado de una de las bandejas que los camareros estaban haciendo circular entre los allí reunidos. Y no tuvo nada que lamentar. No se le revolvió el estómago, por lo que dio otro mordisco más.

Ryan se había marchado hacía unos minutos para hablar con Garth Buick y en aquel momento estaba en el extremo opuesto de la habitación charlando con un grupo de hombres. No cabía duda de que él no quería que lo vieran demasiado tiempo con ella... por si provocaba especulaciones indeseadas y más cotilleo.

La creencia que había tenido ella de que era necesario terminar su relación con él aquella misma noche había comenzado a flaquear. Había sido un día terrible para él, sobre todo por lo que le había contado de la muerte de su hermano.

Quizá debiera esperar una semana más. Después de todo, cuando había descubierto que estaba embarazada, en un principio había planeado romper con él después de Año Nuevo. Ya lo había retrasado una vez... por el accidente de su padre. Así que se preguntó por qué no demorarlo de nuevo. Ryan pasaba mucho tiempo en el trabajo y muy poco en casa, por lo que era improbable que notara los cambios en su rutina y en su cuerpo.

Se dio la vuelta, decidida a no dejar que nadie intuyera su conexión con él. A poca distancia vio a Dani Hammond, prima de Ryan y una prometedor diseñadora de joyas. Su trabajo se iba a exponer a finales de aquel mes.

—¿Jess?

Sobresaltada, Jessica se dio la vuelta y vio a Briana Davenport, una de las modelos más famosas de Australia y el rostro de Blackstone Diamonds. La hermana

de Briana, Marise, había fallecido en el accidente de avión junto a Howard, el piloto, el copiloto, el asistente de cabina y el abogado del señor Blackstone, Ian Van Dyke. Una tragedia terrible. Aquel día Briana no tenía nada que ver con la glamurosa persona que aparecía adornando vallas publicitarias y dobles páginas en el *Vogue Australia*. Aunque iba vestida con un precioso vestido negro muy elegante, parecía pálida y cansada, tenía los ojos rojos de llorar y llevaba su precioso pelo marrón dorado peinado en un tirante moño.

— Cariño, ¿cómo lo estás llevando? — preguntó Jessica.

Briana era una de las mejores amigas que había hecho desde que había llegado a Sidney. Se habían conocido por el trabajo y su amistad había crecido desde entonces. No se veían mucho debido a la ajetreada agenda laboral de la modelo.

Briana sonrió lánguidamente.

— Dos funerales en menos de un mes es duro. Aunque Marise y yo no estábamos muy unidas, rompo a llorar en cualquier momento.

— Es comprensible. No seas muy dura contigo misma — dijo Jessica, acariciando el brazo de su amiga.

Afortunadamente, Briana no sabía, en realidad muy pocos lo sabían, que ella debía haber estado en aquel avión con Howard. Ella también debía haber muerto. Debía haber sido enterrada, en vez de estar allí de pie dándole ánimos a Briana. Se estremeció al pensar en ello.

Había tenido mucha suerte.

Si no hubiera sido por lo detestable que había sido Howard, ella estaría muerta. Jamás habría pensado que estaría agradecida por ello.

— ¿Sabes qué es lo peor?

Las palabras de Briana hicieron que Jessica volviera a la realidad.

— ¿Qué?

— La gente está diciendo que Marise era la amante de Howard. Es repugnante; él era más de treinta años mayor que ella — contestó la modelo, a quien se le llenaron los ojos de lágrimas.

— Ignóralo — le aconsejó Jessica.

Decidió no disgustar más a su amiga comentándole la conocida afición de Howard Blackstone por las mujeres más jóvenes que él.

— Lo olvidarán. La prensa encontrará pronto un nuevo escándalo... y entonces dejarán en paz a los Blackstone. No hay pruebas que demuestren ese insidioso rumor.

— ¿No lo has oído? — preguntó Briana, mirando a Jessica de manera extraña.

— ¿Oír el qué?

— En la lectura del testamento...

— ¿Qué pasa con la lectura del testamento?

– Marise heredó una suma de dinero astronómica.

Ryan no lo había mencionado y Jessica pensó en cuánto le costaba que le contara las cosas. Se preguntó si ella no sería lo suficientemente importante para él como para que le confiara lo que ocurría en su vida.

Aquello sólo corroboraba que romper con él era la decisión correcta. Su relación no tenía futuro y tenía que terminarla... cuanto antes.

– Marise también obtuvo la colección de joyas de Úrsula. Claro que ahora que está muerta no significa nada – comentó Briana con el dolor reflejado en los ojos.

¡Pobre Kimberley! Las joyas de su madre habían sido legadas a una extraña.

– No, no había oído nada de eso.

– Y el hijo de Marise, Blake, ha heredado un fondo de inversiones. La gente está especulando con que mi sobrino es hijo ilegítimo de Howard Blackstone.

– ¡Oh, Dios mío! Si eso es cierto, Matt Hammond va a odiar aún más a los Blackstone a partir de ahora. Y significaría que el niño sería...

– Hermano de Ryan – dijo Briana –. Es terrible. Los periódicos no van a parar de hablar de ello en cuanto se enteren.

– Oh, no – Jessica sabía que Briana tenía razón.

Aquello no les daría a los Blackstone la privacidad que tanto necesitaban en aquel momento de duelo.

– Pobre Kimberley. Pobre Ryan. Y pobre Matt Hammond – comentó Jessica.

Si Marise había engañado a su marido con Howard y Matt veía cómo Kimberley regresaba a Blackstone Diamonds y abandonaba su trabajo en la casa Hammond... ¿era tan extraño que el hombre estuviera enfadado?

– Shh, Ryan se está acercando para saludar – le advirtió Briana, secándose las lágrimas de los ojos. Se forzó en sonreír y levantó la cara para darle a él un breve y educado beso en la mejilla –. Siento mucho lo de tu padre.

– Gracias – contestó Ryan sin mirar a Jessica –. ¿Puedo traeros algo de beber, señoritas? ¿Café? Incluso hay champán. Algunas personas están celebrando el fallecimiento de mi padre.

– Yo necesito algo fuerte – dijo Briana entre dientes –. Para que me ayude a aliviar mis penas – entonces esbozó una expresión de horror –. Ryan, no he querido decir eso; ha sido espantoso.

– No te preocupes – la tranquilizó él, dándole unas palmaditas en el hombro –. Todo el mundo tiene mucho cuidado estos días con lo que dicen delante de mí y me alivia oír algo más normal. Yo voy a tomar un jerez, ¿por qué no me acompañas?

– Gracias – Briana suspiró, aliviada –. Creo que lo haré.

– ¿Jessica? – preguntó Ryan, que por fin la miró y sonrió educadamente –. ¿Qué te gustaría tomar?

–Tomaré una taza de té, gracias –contestó ella, sonriendo a su vez cortésmente. Pero por dentro estaba consumiéndose por la fría distancia que estaba empleando él.

–¿Té? ¿Con este calor? ¿Estás segura?

Ella asintió con la cabeza.

–Sí –insistió, conteniendo las ganas de decirle que él sabía cómo le gustaba –. Sin azúcar, por favor.

Ambas mujeres lo observaron mientras él se alejaba y se mezclaba entre la gente que había allí reunida para buscar un camarero.

–Es tan guapo... –comentó Briana–. No me puedo creer que no esté casado... o por lo menos comprometido.

Jessica deseó que su amiga supiera lo suyo con Ryan. Pero él había dejado muy claro que su relación debía ser secreta, por lo que trató de cambiar de tema.

–¿Se parece en algo Blake a Howard? –preguntó.

–Jess, no me digas que piensas...

–No sé lo que pienso –se sinceró Jessica –. Pero mucha gente va a tratar de buscar un parecido.

Briana frunció el ceño.

–No estoy segura. Blake tiene el pelo oscuro... y una sonrisa preciosa. Tendré que mirar las fotografías que hay en casa. No lo veo muy frecuentemente, ya que vive en Auckland y yo paso mucho tiempo trabajando en el extranjero. Pobre chiquitín. No tendrá una madre, pero quizá yo pueda tener algún papel en su vida. Debo hablar con Matt para poder ir a visitarlo más frecuentemente.

–Estoy segura de que Matt apreciará tu ayuda –comentó Jessica, que no pudo evitar pensar en Ryan.

Si el rumor resultaba ser cierto... ¿cómo lo afectaría a él la existencia de otro hermano? Blake era un niño, pero estaba bajo la custodia de Matt Hammond, hombre que había dejado clara su intención de destruir a los Blackstone.

Se les acercó un camarero y Briana agarró su vaso de jerez mientras Jessica hizo lo propio con su taza de té.

–Mira –dijo Briana, inclinando la cabeza hacia un grupo de tres mujeres que estaba dirigiéndoles frecuentes miradas, tras lo cual cuchicheaban entre ellas –. Están hablando de mí. De Marise. Odio todo esto.

Jessica le dirigió una dura mirada al grupo de mujeres. Éstas fingieron estar desconcertadas y se alejaron.

–Quizá sólo estén admirándote, cariño.

–No, les he oído decir el nombre de mi hermana –explicó Briana, que parecía muy disgustada. Dejó su copa de jerez sobre una mesa cercana.

Jessica hizo lo mismo con su taza de té.

— ¡Cotillas! — dijo, mirando al grupo de mujeres—. ¿No se dan cuenta de que es de tu hermana de quien están hablando?

— Nunca tuvimos una relación tan cercana como a mí me habría gustado — le confió Briana.

Jessica no había conocido a Marise, pero había oído en la oficina que era una auténtica devoradora de hombres. Los rumores decían que había atrapado a Matt Hammond al quedarse embarazada.

— Quizá Marise no fuera muy buena amiga de las mujeres — comentó.

— Tampoco era muy buena hermana. Jamás llegué a comprenderla — contestó Briana, mirando a su alrededor y bajando la voz—. Hace un tiempo, cuando estuvo aquí para el funeral de nuestra madre, me pidió si podía dejar algo en la caja fuerte de mi apartamento. Yo dije que sí. El otro día miré y descubrí que había dejado unas piedras.

— ¿Qué clase de piedras?

— No lo sé. Son rosas. Le dije a Matt que había encontrado algunas joyas de Marise y me dijo que debía quedármelas. ¿Pero cómo voy a hacer eso, Jess? — preguntó Briana, preocupada—. Quiero decir que si Matt no las quiere, deberían ser para Blake. Incluso tal vez sean valiosas. ¿Y si son diamantes?

Jessica frunció el ceño.

— ¿Por qué no las llevas a tasar? Yo conozco un par de sitios que lo hacen — dijo. Entonces vio a Ryan hablando con su hermana—. Quinn Everard tiene una gran reputación, pero es un hombre muy ocupado. Stan Brownlee es también muy bueno.

— Te telefonaré esta semana a la tienda para que me des sus números — murmuró Briana.

— Claro — contestó Jessica sin dejar de mirar a Ryan.

Incluso desde la distancia podía ver el afecto y el cariño que mostraba hacia su hermana. Deseó que sintiera lo mismo por ella. Aunque la mimaba y la consentía con regalos y joyas, nunca había sentido que él la necesitara. Ella no era más que su... amante.

— Jessica es muy agradable y sería una estupenda pareja para ti — dijo Kimberley.

Ryan se quedó paralizado. No sabía cómo iba a explicarle su relación con ella ni el hecho de que habían acabado en la cama juntos por primera vez tras uno de sus viajes mensuales a Adelaida. La atracción sexual que sentían el uno por el otro había destruido sus intenciones de mantener a la increíble gerente alejada de él. Tras un año de encuentros ilícitos, el puesto de gerente en la tienda de Sidney había quedado vacante y él mismo había convencido a Jessica, a pesar de la negativa de ella, de que aceptara el puesto en la tienda principal.

— ¿Qué quieres decir?

— Oh, venga ya — dijo su hermana—. Soy yo, Kimberley. La fachada que mantenéis no es efectiva conmigo. Y ya eres lo suficiente mayor como para pensar en tener una esposa... una familia.

— ¿Qué te hace pensar que yo querría una esposa como Jessica?

— Sé que hay algo entre los dos. Pero no te preocupes; no voy a entrometerme, aunque debo decir que ella es inteligente y bella... y está haciendo un trabajo estupendo en la tienda de Sidney. Cuídala para que no decida rendirse y alejarse de ti.

Al ver cómo su hermano fruncía el ceño, Kimberley esbozó una mueca.

— Sólo quiero verte feliz.

— No soy de los que se comprometen, ni tampoco quiero una familia.

— ¡Oh! — exclamó su hermana—. ¿Lo sabe Jessica?

— Sí — espetó Ryan.

— ¡Así que sí hay algo entre ambos!

— ¡Te crees muy inteligente! — dijo él, dirigiéndole una tensa mirada—. ¿Por qué no le buscas... — entonces miró a su alrededor — un marido a Briana, a Danielle o incluso a la tía Sonya?

— Está bien. Capto la indirecta. Me ocuparé de mis asuntos y te dejaré en paz.

Pero una vez que Kimberley se hubo alejado de él, Ryan pensó en lo que le había dicho; que cuidara a Jessica para que no se alejara de él.

Se preguntó si Jess estaría insatisfecha con su relación. En Navidades se habían peleado, ya que ella había querido que pasaran juntos las fiestas, pero finalmente habían estado separados porque él había decidido pasarlas con Howard para continuar discutiendo sobre el papel que iba a desempeñar en la empresa. Y después había ocurrido el accidente y toda la incertidumbre que había seguido al no encontrarse los cuerpos.

Pero ella siempre había sido muy comprensiva y ambos estaban muy centrados en sus carreras. Y eso era una de las cosas que lo habían atraído de ella, que no exigía ni pedía nada. Estaba contenta con lo que tenía... ¿o no?

Lleno de incertidumbre, se preguntó si Jessica querría más de él y si, si ése era el caso, él podría darle más. Agitó la cabeza. No. Nunca había querido una familia.

Pero si Jessica no estaba contenta...

Se planteó que quizá hubiera sido injusto al exigirle que mantuvieran su relación en secreto. Quizá ella fuera más feliz si todos supieran lo que había entre ambos.

Reconoció que si Jessica no trabajara para él sería mucho más fácil, ya que se ahorrarían los comentarios de la gente que lo acusaría de estar acostándose con una empleada.

Vio cómo un camarero le ofrecía a ella una copa de champán y cómo Jessica la rechazaba con una sonrisa.

Pensó que si su hermana había intuido que había algo entre ellos, antes o después otras personas también lo harían. Jessica se había mudado a vivir con él y había alquilado su apartamento... después de mucha persuasión por su parte. Y seguro que alguien terminaría enterándose.

Volvió a mirar a Jessica, que continuaba hablando con Briana. Comenzó a acercarse a ellas cuando una mano lo detuvo al agarrarlo del brazo.

—Ryan, siento mucho lo de tu padre —le dijo Kitty Lang, una guapa rubia de pelo rizado—. He oído que le dejó una fortuna a esa Marise Davenport. Howard siempre fue un poco mujeriego. Ella trabajó para él hace un par de años, ¿verdad?

Ryan se detuvo y examinó a Kitty con cautela.

—Marise trabajó para Blackstone Diamonds en el departamento de marketing, no personalmente para mi padre —espetó, recordando que los rumores habían dicho que la propia Kitty también había sido amante de su padre—. A él siempre le gustaron las chicas guapas y era mucho más fácil cuando trabajaban para la compañía.

Con desagrado, apartó el brazo. Justo aquella clase de conversación era la razón por la que no había querido hacer pública su relación con Jessica. El jefe que se acostaba con su empleada. Era demasiado sórdido.

—A mí no me extrañaría si Howard ya se hubiera cansado de Marise y esa guapa rubita fuera la que hubiera estado calentándole la cama. A él siempre le gustaron las rubias —comentó Kitty, acariciándose sus rubios rizos—. Ella trabaja para Blackstone Diamonds, ¿no es así?

—¿De quién estás hablando? —preguntó Ryan, sintiendo un nudo en el estómago.

—De esa chica.

—¿De quién? —insistió él, siguiendo entonces con la mirada lo que señalaba Kitty.

Jessica.

—Jessica no ha trabajado nunca para mi padre.

—Yo los vi —explicó Kitty, esbozando una expresión de satisfacción.

—¿Dónde? —quiso saber Ryan, rezando para que ella le dijera alguna tontería.

—Yo iba a viajar con un cliente a Fiji para ver un inmueble —contestó Kitty, que era una importante agente inmobiliaria—. Fue en el aeropuerto. Estaban discutiendo.

—¿Eso es todo? ¿Por eso decidiste que estaban teniendo una aventura?

—Deberías haberlos visto juntos. Era el lenguaje de sus cuerpos, la manera en la que ella le hablaba... Había mucha emoción. Ella estaba enfadada, pero era la clase de enfado que sólo muestras ante alguien a quien conoces muy bien.

Como un amante.

Ryan recordó las ocasiones en las que había visto juntos a Jessica y a su padre. Ella se volvía muy callada y no hablaban entre ellos. Estaba claro que le tenía un respeto reverencial a su poderoso progenitor.

Aunque tuvo que reconocer que, cuando había descubierto que Jessica estaba en la lista de pasajeros del avión siniestrado, se había sentido un poco inseguro y había sospechado... aunque sólo durante poco tiempo. Se había odiado a sí mismo por haberlo hecho. Pero Kitty le había hecho recordarlo.

– Eso no significa na...

– Fue la tarde de la desaparición de Howard. La agarró del codo y ella se resistió. Entonces ambos embarcaron.

– Pero Jessica no estaba en el avión cuando éste se estrelló – contestó Ryan, pensando que Kitty debía de haber cometido un error.

Aunque no podía dejar de pensar que cuando había visto la lista de pasajeros casi se murió y que, cuando había telefoneado a Jessica y ésta no había contestado, había supuesto lo peor.

Pero al regresar a casa tras haber pasado el peor día de su vida, la había encontrado sentada en el salón viendo la televisión.

Se alejó de Kitty y se acercó a Jessica, que estaba sirviéndose una taza de té.

– ¿Te sirvo una taza a ti también? – le preguntó ella.

Ryan se percató de que no lo miró, ni esbozó ninguna sonrisa secreta. Nada.

– Voy a tomar un poco de café – contestó, dirigiéndose a la mesa contigua donde un camarero estaba sirviendo café.

Entonces se dio cuenta de que ella comenzaba a hablar con alguien.

– ¡No digas eso! – exclamó Jessica, irritada.

A Ryan le sorprendió que hubiera levantado la voz. Se dio la vuelta y vio a Jessica con las manos en las caderas, obviamente enfadada.

– Eso no es otra cosa que un cotilleo malintencionado. Deberías tener cuidado con lo que dices.

La persona con la que estaba hablando se había puesto completamente roja y Ryan se preguntó qué sería lo que había disgustado tanto a Jessica. Briana ya no estaba con ella y Kitty la estaba observando desde la distancia.

Ryan volvió a sentir un nudo en el estómago y se preguntó si Kitty habría supuesto la verdad... si su amante también había sido la amante de su padre.

Sentada en el asiento del acompañante del BMW, Jessica apoyó la cabeza en el reposa cabezas y miró a Ryan.

El funeral había terminado.

—¿Estás cansada? —preguntó él.

—Un poco —contestó ella.

En realidad estaba agotada. Tenía dolor de cabeza y los pies la estaban matando debido a haber estado tanto tiempo de pie con tacones. Había vuelto a sentir náuseas y pensó que debía comenzar a comer mejor, tanto por el bebé como por ella misma.

Iba a utilizar el hecho de estar tan cansada para dormir en la habitación de invitados, como a veces hacía Ryan para no despertarla. Tenía que encontrar la fortaleza de terminar su relación.

No volverían a hacer el amor nunca más. Jamás.

—¿Sobre qué discutías con mi padre el día del accidente?

Aquellas palabras golpearon el cerebro de Jessica como si fueran un mazo.

—¿Perdón? —dijo, sintiendo que el corazón le latía rápidamente. Había deseado que Ryan nunca supiera nada sobre aquel horrible enfrentamiento.

—Discutiste con mi padre en el aeropuerto. Quiero saber por qué.

Había sido por él, por Ryan. Pero Jessica no se lo iba a decir. De todas maneras, seguramente no la creería. Por mucho que ella detestara a Howard Blackstone, Ryan lo idolatraba y quería seguir sus pasos, aunque sospechaba que en realidad lo que había querido era su respeto.

—No fue precisamente una discusión —contestó—. Sólo estábamos hablando.

—La persona que os vio me dijo que parecía algo muy personal... muy emotivo. Como si os conocierais muy bien.

Jessica pensó que aquella conversación era lo último que necesitaban en aquel momento, ya que lo que Ryan tenía que tener eran buenos recuerdos de su padre.

—¿Quién te dijo que estábamos discutiendo? —preguntó, andándose con rodeos.

—Eso no importa —contestó él, dirigiéndole una fugaz mirada mientras conducía.

Ella apartó la vista y miró por la ventanilla. Durante los anteriores dos años había vivido en un sueño. Aunque no había esperado una propuesta de matrimonio cuando se había mudado al ático de Ryan hacía un año, sí que había soñado con que él llegara a amarla. La pasión entre ambos había sido tan intensa desde el principio que había estado segura de que el amor no tardaría en llegar.

Ella lo amaba, por eso había aceptado solicitar el puesto de gerente en la tienda de Sidney ante la insistencia de él... aunque había sospechado que sólo había conseguido el puesto porque se estaba acostando con el jefe. Sidney era la última ciudad en el mundo en la que había querido vivir, pero se había mudado para poder pasar más tiempo con él. Aunque nunca habría sospechado la insistencia de Ryan de mantener su relación en secreto.

Él nunca invitaba a nadie a la casa... ni siquiera a su hermana. Tenía su propia vida social, sus propios amigos con los que se reunía para comer en lujosos restaurantes... una vida que no compartía con ella.

Pero en aquel momento había un bebé en el que pensar, un niño que se merecía algo mejor que una vida al margen de la de su propio padre.

– Estabas teniendo una aventura con él – sentenció Ryan, interrumpiendo los pensamientos de Jessica.

Ella frunció el ceño y trató de comprender lo que había oído.

– ¿Quién estaba teniendo una aventura?

– ¡Tú! – espetó él, enfadado –. Tú estabas teniendo una aventura con mi padre.

Capítulo 3

—¿Qué?

Impresionada, Jessica se quedó mirándolo. Aquella fea acusación estaba pesando entre ambos y tuvo la sensación de estar mirando a un extraño.

—¿Sinceramente crees que me estaba acostando con tu padre? —preguntó, casi riéndose—. Estás de broma, ¿verdad?

—No, estoy hablando muy en serio —contestó él, deteniéndose en un semáforo. Le dirigió una fría mirada que reflejaba sospecha y enfado. Estaba muy alterado.

Jessica sintió cómo le daba un vuelco el corazón. Ryan realmente lo creía.

Se preguntó cómo debía reaccionar ante aquel bombazo. Deseó gritarle y salir corriendo del coche, pero el estilo melodramático no iba nada con ella. Tratando de contener su enfado, a duras penas logró mantener una compostura que en realidad no sentía.

—¿Tienes alguna base para creer eso?

—¿Eso es todo lo que puedes decir? ¿Preguntarme si tengo pruebas?

Jessica permaneció callada, ya que se negaba a verse arrastrada por aquella absurda situación. Se negó a defenderse ante una acusación tan espantosa. El silencio se volvió insoportable.

Cuando el semáforo se puso en verde, el coche comenzó a moverse de nuevo. Maldiciendo, Ryan aparcó el vehículo en el arcén y se dio la vuelta en el asiento para mirarla.

—Estoy tratando de concederte el beneficio de la duda —dijo.

—¡Qué amable por tu parte! —espetó Jessica sin poder evitar el sarcasmo. Las sospechas de Ryan la estaban haciendo sentir enferma.

—Incluso pensé que los comentarios de Kitty estaban motivados porque es una alborotadora...

—¡Kitty! —exclamó Jessica, a quien no le sorprendía que hubiera sido ella, ya que era una persona muy maliciosa.

—¿Fue una pelea de amantes lo que presencié Kitty? ¿Estaba mi padre rompiendo contigo para irse con Marise? ¿O estaba teniendo una aventura a la vez con ella, tú te enteraste y le exigiste explicaciones?

—No voy a responder a eso —contestó Jessica, que no tenía ninguna intención de contarle a Ryan el motivo de su pelea con Howard.

—¿No tienes nada más que decir?

—Tú ya has decidido que Kitty decía la verdad, así que... ¿qué más puedo decir yo? —dijo ella.

—Dime que no es verdad.

Jessica se sintió invadida por un profundo malestar, por un oscuro vacío.

—¿Para qué? Está claro que no confías en mí, no lo has hecho desde hace ya algún tiempo —contestó, sintiendo cómo el dolor le traspasaba el alma. El simple hecho de que él sintiera la necesidad de preguntarle si era cierto la destruía por dentro y a la vez la enfurecía.

—Por lo menos dime que no eras tú la que estabas hablando con mi padre aquel día en el aeropuerto.

Ella sintió cómo le latía la sangre en la cabeza ante la insistencia de Ryan.

Tras un momento, él suspiró.

—Se suponía que debías haber ido a Auckland la tarde antes del accidente en un vuelo comercial para la apertura de la nueva tienda. No fuiste. Y todo lo que me dijiste fue que habías cambiado de idea. Aparté de mi mente el hecho de que tu nombre aparecía en la lista de pasajeros del vuelo de mi padre. Lo tomé como un error administrativo ya que varios de los empleados iban a viajar a Auckland. Cuando mi padre murió, me alivió mucho que no hubieras ido en aquel vuelo. Pero creo que sí que cambiaste tu billete. Decidiste viajar con mi padre... y entonces, por alguna razón, no subiste al avión.

Jessica se quedó mirándolo y no dijo absolutamente nada. Había perdido el vuelo comercial y todos los demás billetes ya estaban reservados. Incluso había esperado en el aeropuerto durante bastante tiempo por si había alguna cancelación. Pasar varias horas en la horrible compañía de Howard Blackstone durante el vuelo a Auckland había sido el último recurso... hasta que había visto a Howard mientras embarcaban y había oído lo que había dicho él. De ninguna manera había estado preparada para pasar tiempo en compañía del señor Blackstone tras aquel altercado.

Pero Ryan no merecía una explicación. Podía creer lo que quisiera... a ella ya no le importaba.

—¿Eso es todo? ¿Eso fue lo que te hizo sospechar? ¿Un cambio de vuelo?

—Más el hecho de que nunca te molestaste en hacerme saber tu cambio de planes —contestó él.

Jessica recordó que Ryan y ella habían discutido ya que a él no le había venido bien que pasaran juntos las Navidades. Mientras habían estado separados no habían hablado y ella había estado disgustada. Había pasado las vacaciones con sus padres y allí había descubierto que se había quedado embarazada.

Ryan le había dejado claro desde el principio que no quería niños ni anillos de compromiso. Ni siquiera quería mascotas. Aquéllos eran los términos de su relación. Cuando terminaron las vacaciones, ella ya sabía que sólo tenía una opción: romper con él.

Había planeado tomarse un par de días libres tras la apertura de la tienda en Auckland para reunir el coraje necesario y romper su relación con él al regresar a Sidney. Pero nunca fue a Auckland.

Y entonces el avión de Howard había desaparecido y todo había sido muy caótico. Ryan había estado tan angustiado que ella no había sido capaz de abandonarlo en caso de que la necesitara. Consciente de lo que sentía él sobre los compromisos, de ninguna manera podía hablarle del bebé.

Pero en aquel momento el final había llegado. Porque Ryan Blackstone no necesitaba a nadie... y menos aún a ella.

—Oye —dijo Ryan, agarrando a Jessica por el brazo al llegar a su ático—. No te quedes callada. Tenemos que hablar sobre esto.

Dentro de sí mantenía la esperanza de que ella no lo hubiera engañado. Jessica era suya. Sus dedos habían comenzado a moverse inconscientemente y a acariciarle la suave piel del brazo. Se vio invadido por la fragancia de rosas de su perfume, que era embriagador e intensamente femenino. Sintió cómo se ponía tenso, consciente de cada movimiento que hacía ella. En cuanto Jessica le explicara todo, se besarían y arreglarían las cosas.

La sangre le latía con fuerza en las venas debido a la lujuria que despertaba en él. Se preguntó si tendrían tiempo de llegar al dormitorio o si la tomaría allí mismo, sobre la escalera enmoquetada que llevaba al piso superior de su ático.

Pero primero ella le debía una explicación.

—Quiero la verdad, Jessica. Después...

—¿Después? —repitió ella con una fría expresión reflejada en la cara—. ¿Qué quieres decir con «después»? Después de haberme acusado de tener una aventura con tu padre, ¿crees que quiero...?

—Oye, cálmate —dijo Ryan, que nunca había visto a Jessica de aquella manera.

La agarró con menos fuerza del brazo y le acarició la piel. Vio cómo a ella le brillaban los ojos por las lágrimas que le habían brotado.

Pero entonces Jess parpadeó y la humedad desapareció de sus ojos.

—¡No me toques! —espetó, apartando el brazo y dándose la vuelta.

—¿Adónde vas?

—A hacer las maletas.

—¿A hacer las maletas? —repitió él, incrédulo—. ¿Qué quieres decir con eso?

Jessica se dio la vuelta y comenzó a subir la escalera. Se detuvo al llegar a lo alto y lo miró.

—Se ha acabado, Ryan. Se terminó hace mucho tiempo, pero yo fui demasiado estúpida como para darme cuenta.

—¿A qué te refieres con que se ha acabado? No puedes...

—Obsérvame. Voy a marcharme del ático, de tu vida y...

—¿Marcharte de mi vida? —preguntó él, sintiendo cómo todas las alarmas sonaban en su cabeza. Se preguntó qué demonios le estaba pasando a Jessica—. ¿Y Blackstone Diamonds? ¿Y tu trabajo?

—Todo versa sobre Blackstone Diamonds, ¿verdad? No tienes corazón, Ryan, lo que tienes dentro de ti es un trozo de carbón. No te preocupes, me quedaré. Ayudaré a Kimberley a organizar el lanzamiento de las joyas en la exposición de finales de mes. No os dejaré colgados. Pero en un par de meses me marcharé. Así que comienza a buscar a alguien que me sustituya.

¿Qué la sustituyera? Aterrado, Ryan se quedó mirándola y se preguntó cómo iba a poder sustituirla.

—Espera —le pidió, pensando que ella no se podía simplemente marchar. Él la necesitaba—. No puedes hacer esto.

—Obsérvame —contestó Jessica, levantando la barbilla.

—Han enterrado hoy a mi padre, ¿eso no significa nada para ti? —dijo Ryan con la intención de conmovérla.

—¿Por qué se supone que era mi amante?

—No... —contestó Ryan, tratando de encontrar las palabras acertadas.

—Siento mucho lo de tu padre —se sinceró ella—. Aunque te parezca difícil de creer, nunca encontré mucho que admirar en él. Era una persona arrogante, engreída y que tenía una opinión atroz de las mujeres.

—Parece que lo odiaras —comentó él.

—No lo odiaba.

—¿Entonces qué?

Jessica vaciló.

—Lo despreciaba. Me convertí en tu amante a pesar de tu padre. ¿Por qué crees que nunca discutí el que no me llevaras a tus reuniones familiares? No quería pasar tiempo con un malnacido como Howard Blackstone —confesó con el enfado reflejado en los ojos—. ¿Sabes lo que es realmente gracioso?

—¿El qué? —preguntó Ryan con cautela, consciente de que no iba a gustarle la respuesta.

—Me convertí en tu amante a pesar de la terrible reputación de tu padre de acostarse con secretarias. Me dije a mí misma que tú eras diferente, que no te parecías a tu padre...

—Él trató de aceptar la muerte de mi madre, la amaba. Mi padre era un hombre estupendo.

—¿Ah, sí? —se burló ella, levantando una ceja.

—Howard Blackstone construyó un imperio muy exitoso. Era conocido por ser muy humanitario.

—Fue un padre terrible y se creó más enemigos que amigos. Créeme, no hay otra mujer a la que le conviniera menos ser tu amante que a mí. Durante más de un año he vivido aquí contigo, he sido tu mujer a escondidas. Pero se ha acabado. Jamás volveré a ser la amante de nadie.

Ryan se quedó mirándola. Se preguntó si Jessica había esperado que se casara con ella. Pero le había dejado claro desde un principio que él no tenía ninguna intención de casarse con nadie. Había disfrutado mucho de su compañía, había vivido para hacerle el amor, pero comprometerse...

—Si lo que quieres es que te haga una propuesta de matrimonio, entonces sí, se ha acabado —espetó—. Porque yo no quiero, ni necesito, una esposa. Te lo dejé claro desde el principio.

Jessica se dio entonces la vuelta y entró en la habitación que habían compartido. Él decidió esperar abajo. Agarró un periódico y se sentó a esperarla. Se dijo a sí mismo que ella se calmaría.

Pero diez minutos después Jessica apareció delante de él... con una maleta en la mano.

—Mandaré a alguien para que venga a por el resto de mis cosas —dijo por encima de su hombro al pasar por su lado.

—Jessica... —Ryan se levantó, dejando caer el periódico—. Tienes que pensar sobre esto.

—No he pensado en otra cosa durante meses —respondió ella, saliendo al pasillo y llamando al ascensor.

—Si te montas en ese ascensor se ha acabado. No iré detrás de ti.

—No espero que lo hagas —contestó ella al abrirse las puertas del ascensor. Sin mirar atrás, se montó en él.

Ryan sintió su corazón invadido por algo que sólo podía identificar como arrepentimiento.

La reunión que Ryan había estado esperando con tanta expectación había llegado a su fin.

Desesperado por estar solo, y sin mirar a los demás participantes, se marchó de la sala. Con las manos en los bolsillos salió del impresionante edificio en el que estaba la sede central de Blackstone Diamonds.

Cuando había regresado a su casa de jugar al golf el sábado y de navegar el domingo, Jessica no había estado esperándolo esbozando una sonrisa. Un sentimiento de soledad se había apoderado de él durante todo el fin de semana. El ático le había parecido estéril y la música que había puesto había hecho eco en el interior de la preciosa vivienda. No se había relajado en el balcón viendo la puesta de sol mientras el viento alborotaba el pelo de Jessica...

Pero se negó a sentirse chantajeado emocionalmente. Ella regresaría.

La reunión había sido un desastre. Todavía le hervía la sangre al recordarlo. Había dicho que para tener buena imagen era necesario que un Blackstone fuese presidente de las empresas... sobre todo dada la amenaza de toma de poder de Matt Hammond.

Su tío Vincent había estado de acuerdo.

Pero el resto de los participantes en la reunión no habían opinado lo mismo. Y Ric Perrini había sido votado como presidente de Blackstone Diamonds... cargo que siempre había codiciado.

—Quizá Ric no sea un Blackstone, pero no cabe duda de su lealtad. Es el que posee más experiencia y está casado con una Blackstone —había dicho uno de los directores.

Su hermana había estado presente en la reunión y no había sabido si apoyar a su marido o mantener la tregua con él.

El viejo resentimiento que sentía hacia su cuñado había vuelto a apoderarse de él. Pero en lo que iba pensando Ryan mientras andaba por la calle era en que estaba decidido a no regresar aquella noche a un ático vacío.

Anduvo hasta que llegó al lugar donde estaba la elegante pero discreta placa de Blackstone en una de las fachadas del impresionante edificio que albergaba la mayor y más rentable joyería de todas las que controlaba él.

Por lo menos las tiendas eran un éxito que nadie le podía negar. Sus ideas los habían llevado a obtener grandes beneficios, expansión y apertura de nuevas joyerías, así como al diseño de joyas que el mercado adoraba.

Asintió con la cabeza al pasar al lado de Nathaniel, el portero que trabajaba allí desde hacía diez años. Entró en la joyería y vio que habían colocado en una de las vitrinas los diamantes rosas engarzados en anillos de oro blanco que habían sido esculpidos en Nueva York. Se detuvo ante ellos. Las piezas eran impresionantes.

Las mejores piedras que se conseguían en la mina Janderra de los Blackstone eran todavía enviadas a Antwerp para esculpir las y sólo se podían ver con cita previa.

Sorprendido, se sintió invadido por el orgullo ante todo lo que había conseguido. Él era responsable del maravilloso éxito de las tiendas. Incluso su padre lo había sabido.

Tras la humillación que había sufrido en la sala de reuniones, iba a lanzar una impresionante colección de joyas para la temporada de verano, de la que los entendidos estarían hablando durante meses.

Animado por aquello, se dirigió a la impresionante escalera que llevaba al piso superior, donde se realizaba la mayor parte del trabajo.

Allí vio a Jessica y se quedó paralizado. Ella le estaba dando la espalda mientras hablaba con Holly McLeod, asistente de relaciones públicas involucrada en la

exposición que se iba a celebrar a finales de mes, a la que habían decidido llamar «Algo antiguo, algo nuevo».

Jessica no se había puesto en contacto con él durante el fin de semana para ir a buscar el resto de sus pertenencias. Seguramente en ese tiempo, habiendo podido pensar con frialdad, se había dado cuenta del error que había cometido. Estaba decidido a que aquella misma noche ella estuviera de vuelta en su cama... al lugar donde pertenecía.

Con sólo pensarlo se excitó y le dirigió una fugaz mirada intensa y sexual. Iba vestida con una blusa de seda de color perla y unos elegantes pantalones grises. Llevaba una gargantilla de perlas y unos zapatos de tacón que le daban al conjunto el toque sensual perfecto.

Ella le recordó los diamantes rosas que había admirado en la planta inferior, tan fríos e impermeables por fuera, pero por dentro llenos de un fuego que brillaba de manera sobrecogedora.

Conteniendo la salvaje necesidad que se había apoderado de su cuerpo al verla, se dijo a sí mismo que debía tratarla con cuidado. La iba a invitar a comer e iba a halagarla mucho.

—Jessica, un momento, por favor —pidió, acercándose a ella.

—Buenos días, Ryan —dijo Jess con una fría y educada expresión reflejada en sus ojos marrones.

Aquella fría formalidad lo dejó impresionado.

—Tengo que hablar contigo —añadió él, mirando a Holly a continuación—. En privado.

Pero Holly, que era la imagen de la eficiencia, ya se estaba alejando.

—Mira, lo que pasó el viernes por la noche...

—Si esto no tiene nada que ver con el trabajo... —lo interrumpió Jessica—, preferiría no hablar ahora mismo. Tengo que terminar de decidir algunos detalles con Holly —añadió, comenzando a seguir a su compañera.

Pero Ryan la agarró del brazo.

—¡Tengo mucho trabajo que hacer! —le espetó ella.

Al darse la vuelta para mirarlo a la cara, Ryan la miró a su vez, completamente desconcertado. Jessica jamás le había hablado con tanta dureza. Incluso en las jornadas laborales durante las que habían mantenido cierta distancia profesional, por requerimiento suyo, ella no había estado tan distante. Le soltó el brazo.

Alarmado, consideró por primera vez la posibilidad de que tal vez la hubiera perdido, de que ella no fuera a regresar.

—Vamos a comer juntos...

—Estoy muy ocupada, Ryan.

—Entonces, quedemos para cenar.

– Esta noche voy a ir a cenar a casa de mis padres.

Ryan se había imaginado que ella se estaría quedando en casa de sus padres. Si no... ¿dónde demonios estaba viviendo? Aquella noche lo descubriría.

– ¿Sobre qué hora terminarás? Te pasaré a buscar y podemos ir a tomar algo...

Dejó de hablar al ver que ella estaba negando con la cabeza.

– Voy a llevarme a Picasso conmigo. No puedo dejarlo solo en su primera noche en mi apartamento.

¿Picasso? Ryan se preguntó quién era Picasso. Oh, sí, su gato.

Él no había admitido al gato en su ático con la excusa de que los muebles terminarían destrozados.

– Pensaba que habías alquilado tu apartamento.

– No – contestó ella, mirándolo con ecuanimidad –. Tú me ordenaste que lo alquilara y supusiste que así lo había hecho. Pero yo quería que estuviera disponible, ya que no sabía cuándo lo iba a necesitar.

Aquello impresionó a Ryan; ella había estado esperando que aquello ocurriera.

La noche del viernes le había dicho que no había pensado en otra cosa durante meses. Se preguntó por qué había planeado romper con él. Si no había sido por su padre... ¿entonces por quién?

– ¿Hay alguien más?

– ¡Desde luego que no! – contestó ella.

– ¿Me estás diciendo que no hay ninguna tercera persona implicada en nuestra ruptura?

Jessica apartó la mirada.

– ¿Para qué quieres hacer una autopsia a lo nuestro, Ryan? – comentó. Pero entonces contuvo la respiración y volvió a mirarlo con remordimiento –. Lo siento, no he tenido mucho tacto.

– Jessica... – dijo Ryan, convencido de que ella estaba ocultando algo. Le agarró la mano.

– En el trabajo no, Ryan – contestó ella, apartando su mano –. Nos podría ver alguien.

Él frunció el ceño y se quedó mirándola.

– No nos está mirando nadie – afirmó.

No sabía qué estaba pensando ella, no sabía qué tenía dentro de su preciosa cabeza rubia. Repentinamente deseó no haber insistido en que mantuvieran amigos y vidas sociales separadas, pero claro, nunca pensó que fuera a ser ella quien rompiera la relación.

Se preguntó cómo había ocurrido, cómo había permitido que aquella mujer lo afectara tanto.

– Entonces vamos a cenar mañana, después del trabajo.

– ¿Para hablar de asuntos laborales?

– No, para hablar de nosotros.

– No hay ningún «nosotros». Se ha acabado, Ryan – insistió Jessica, suspirando impaciente. Entonces se dio la vuelta y fue detrás de Holly.

Ryan consideró las posibilidades que tenía y se dijo a sí mismo que no iba a permitirse perder a Jessica.

Aquella tarde, mientras seleccionaba algunas joyas para la exposición «Algo antiguo, algo nuevo», Jessica no se podía quitar de la cabeza la sombría expresión de Ryan.

Pero estaba claro que esa expresión no era porque ella lo había dejado.

Seguramente hubiera sido el haberse dado cuenta de que su padre se había ido para siempre lo que había transformado las bellas facciones de Ryan en una máscara demacrada.

Ella no podía evitar sentirse culpable por haber terminado su relación. Pero no había tenido otra opción. Era mejor para ella... y para su bebé. En realidad... ¿qué iba a poder tener con un hombre que había dejado claro que no quería nada más que una amante secreta... una a la que creía capaz de meterse en la cama con su padre?

Y también era la mejor solución para Ryan. Con todos los problemas a los que se iba a enfrentar Blackstone Diamonds, lo último que necesitaba él era un escándalo sobre un embarazo secreto.

Todavía no estaba preparada para decirle nada del bebé ya que no podría soportar que él la acusara de haberse quedado embarazada a propósito o que le pidiera que abortara al niño que jamás querría. Aquello era problema suyo, no de él. Y ella deseaba aquel bebé, el hijo de Ryan, con tal desesperación que la tenía impresionada.

Entonces vio una preciosa fotografía de una magnífica pieza de Xander Safin. Se apresuró a telefonar a Xander para verse con él y mostrarle lo bien que habían salido los catálogos.

– ¿Has leído la nota de la dirección? – le preguntó Holly cuando se acercó con más folletos.

– ¿Qué nota? – quiso saber Jessica.

– La nota que se ha mandado por correo electrónico informando de que ya se ha decidido quién va a ocupar la presidencia de Blackstone Diamonds.

Cansada, Jessica se apartó el pelo de la cara y se quedó mirando los folletos. Recordó que Ryan había querido más que nada en el mundo ocupar ese cargo.

—He estado tan ocupada que todavía no he tenido tiempo de comprobar mis mensajes. ¿Quién será el presidente? —preguntó, deseando que fuera Ryan.

—El elegido ha sido Ric Perrini.

Jessica cerró los ojos y un terrible pensamiento se apoderó de su mente. A continuación abrió los ojos bruscamente.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Esta mañana, justo antes de la hora de comer.

Jessica maldijo en voz baja y Holly la miró levemente sobresaltada.

Ryan debía de haberse dirigido directamente desde la reunión a la tienda. Le había pedido que fueran a comer juntos y ella lo había apartado de su lado. ¿Habría ido a compartir con ella lo que seguramente había sido una experiencia devastadora para él? Entonces se percató de que ésa debía de ser la razón por la que había parecido tan abatido. No tenía nada que ver con su ruptura ni con ella. Todo era por Blackstone Diamonds.

—Ryan estará bien —comentó Holly.

Jessica se preguntó si era de aquella manera como la gente veía a Ryan... como un hombre frío y sin sentimientos. Quizá sólo ella pudiera ver la pasión y el enfado que escondía él, la mezcla de turbulentas emociones que componían al hombre que amaba pero que no siempre comprendía.

—Pensaba que lo sabías —dijo Holly, que parecía preocupada.

—No te preocupes. Más tarde leeré el correo. Me alegra que me lo hayas dicho. Estoy segura de que Ryan estará decepcionado, pero Ric será un buen presidente.

Al día siguiente todos sabían que Ric Perrini era el nuevo presidente y Jessica sintió mucha pena por Ryan. Pero no se iba a permitir la debilidad de telefonearlo y ofrecerle sus condolencias. Tenía que pensar en ella... y en el hijo de ambos.

No lo vio aquel día y pensó que seguramente estarían pasando demasiadas cosas en la oficina de Pitt Street. Cuando llegó a su apartamento después de haber ido a nadar a la piscina local, Picasso estaba muy nervioso y vio que había mensajes en su contestador automático.

Ryan.

Pero entonces recordó que él ni siquiera tenía aquel número de teléfono. El mensaje era de su madre, a quien ella le había dado el número aquel mismo día. Cuando sacó su teléfono móvil del bolso, vio que tenía cuatro llamadas perdidas que él había realizado aquella tarde. Se sentó en una silla y puso la cabeza entre las manos. Entonces tomó de nuevo su teléfono móvil.

—Me he enterado de lo de la presidencia. Lo siento. ¿Por eso viniste a la tienda? ¿Para decírmelo?

– ¿Por eso me has telefoneado? – preguntó Ryan a su vez –. ¿Para decirme que lo sientes?

– ¿Por qué si no?

– Entiendo – contestó él, que parecía extraño.

– ¿Ryan...? – al no obtener respuesta, Jessica continuó –. ¿Quieres que vaya a verte?

– ¿Venir a verme o volver?

– No voy a volver contigo – afirmó ella con dureza.

– No te preocupes, ahora mismo no necesito compasión – dijo él, suspirando.

Al colgar el teléfono, Jessica pensó que Ryan Blackstone era un tonto que no necesitaba nada... ¡ni su amor!

Capítulo 4

Al día siguiente por la tarde, Ryan aparcó su coche de manera brusca frente al umbral del Louvre Bar, donde había invitado a Ric y a su hermana para tomar algo y hacer una tregua. Iban a celebrar el nombramiento de él como presidente.

Llegó pronto y al entrar al bar vio dos cabezas rubias muy juntas. Apretó los dientes con fuerza.

¿Jessica y Xander Safin?

Se preguntó si Xander era la razón por la que Jessica lo había abandonado y por primera vez consideró a Xander como un hombre y no sólo como un diseñador de joyas. Era indiscutiblemente atractivo... alto, acicalado y poseedor de unas atrayentes facciones eslavas.

Demasiado absortos el uno en el otro, ninguno de los dos se había percatado de su presencia. Xander estaba sentado demasiado cerca de Jessica y estaba hablándole con entusiasmo. Ella escuchaba con atención y de vez en cuando realizaba algún comentario.

La capacidad para escuchar que poseía Jessica la diferenciaba de cualquier otra mujer que él había conocido y echaba mucho de menos su compañía y sus silencios. Jessica le ponía las cosas fáciles para relajarse y para poder comportarse como él mismo.

Había pasado menos de una semana alejado de ella y ya echaba de menos todas esas cosas.

Encontró una mesa vacía y se sentó en uno de los bancos que la rodeaban. Desde aquella perspectiva todavía podía verlos. Ni siquiera había sabido que ella veía a Xander fuera del trabajo. Pero cuando Jessica dijo algo que provocó la risa de su acompañante, estuvo claro que tenían bastante confianza entre sí.

Aquello era sólo culpa suya. Él había sido el que había insistido en que mantuvieran vidas sociales separadas y, aunque le había sido completamente fiel a Jessica mientras habían estado juntos, no había querido tenerla pegada como una lapa cuando él finalizara la relación. Pero su filosofía se había vuelto en contra suya.

Jessica era una mujer atractiva e inteligente. Sin duda habría una cola de hombres esperando a ocupar su lugar. Empezando por el maldito Xander Safin.

— ¿Qué está haciendo Jessica con él?

Ryan levantó la vista y vio a Ric sentarse en el banco que había frente al suyo. Llevaba dos cervezas en las manos. Le acercó una a él, que se dio la vuelta para mirar a su hermana.

— No le he dicho nada. Te lo prometo. Lo adiviné todo él solo — explicó Kim antes de que Ryan la reprendiera.

—Supongo que ello convierte la reacción que tuve ante vuestra relación... — comenzó a decir Ryan, mirando a Ric y a su hermana— en algo completamente hipócrita.

—¿Ésa es la razón por la que te esforzaste tanto en ocultar tu relación con Jessica? —preguntó Ric—. ¿No querías que se supiera que te estabas acostando con un miembro del personal ya que tú siempre has estado en contra de ese tipo de relaciones?

—Las relaciones sentimentales entre empleados de las empresas siempre causan tensiones.

—No siempre —terció Kim, sonriendo a Ric.

—Mira a papá —comentó Ryan, que envidiaba lo compenetrados que estaban Kim y Ric.

—Despedía a sus secretarias cuando éstas se tomaban demasiado en serio sus atenciones —contestó Kim, agitando la cabeza—. Pobres mujeres.

—Exactamente. Y su oficina entraba en estado de caos durante semanas.

—¿Entonces por qué comenzaste una relación con Jessica si sabías que probablemente la ibas a despedir... y que ella sería tan tonta como para enamorarse de ti?

Las palabras de su hermana lo impresionaron. ¿Jessica enamorada de él? De ninguna manera.

—Pensé que esta vez sería diferente y que sería capaz de controlar la situación.

—¿De la misma manera que controlas todo lo demás? —quiso saber Kimberley.

Ryan le dirigió una dura mirada y su hermana levantó las manos.

—Está bien, lo retiro.

—Nunca pretendí que fuera más que una breve aventura. Jessica lo sabía. Y yo sabía que papá no aprobaría la relación entre ambos. Siempre me dejó claro que en lo que a mujeres se refería debía pensar con la cabeza. Los contactos son... eran... importantes para él.

—¿Lo dices porque la familia de ella no es rica? —preguntó Kim—. Eso es ridículo. Ella dirige con gran habilidad la tienda de Sidney, diseña muy bien, sabe lo que quiere el consumidor y tiene un don para los negocios.

—Nunca me había dado cuenta de que eras fan suya.

—Hemos pasado mucho tiempo juntas durante el último mes y me gustaría pensar que la puedo considerar amiga mía —contestó Kimberley.

—Estoy seguro de que a papá no le habría importado que Jessica fuera mi «amiga»... él mismo tenía muchas —dijo Ryan, esbozando una mueca—. Pero no creo que le hubiera hecho mucha gracia descubrir que ella estaba viviendo en mi ático.

—¿Está viviendo contigo? —preguntó Kim, impresionada—. ¿Por qué tanto secreto?

—¿Entonces qué está haciendo ella con Xander Safin? —terció Ric.

—Hemos roto —confesó Ryan de mala gana.

—Oh, Ryan —dijo Kimberley—. A veces me desconciertas. Ella es lo mejor que te podía haber pasado... ¿y a ti te preocupa lo que hubiera pensado papá?

Ryan pensó que quizá su hermana tuviera razón; se había comportado como un estúpido.

—Tú sabes cómo eran las cosas, Kim —no pudo evitar decir—. Siempre teníamos que hacer lo correcto. Ya conoces el precio de decepcionar a Howard Blackstone.

Él siempre había tratado de ser el hijo que Howard había querido, pero había llegado el momento de vivir su vida como él quería... de dejar de ser un clon de su padre.

—Papá está muerto y nosotros ya no somos unos niños. Ya te lo he dicho antes; Jessica Cotter es estupenda, hermano pequeño.

—No parece que Ryan vaya a tener una oportunidad —comentó Ric, señalando con la cabeza hacia la otra pareja.

Ryan dirigió su mirada hacia donde estaba Jessica... sólo para ver cómo ella se acercaba a darle un beso en los labios a Xander Safin.

Los celos se apoderaron de él. ¡Malditos fueran! Jessica no tenía ningún derecho de besar a otro hombre. Ella debía estar en su cama, no en los brazos de aquel hombre. Jessica era su mujer... y sólo suya.

—Marchémonos de aquí... —le dijo entonces a su cuñado, apartando la vista de la pareja y mirando a éste a los ojos— antes de que le pegue una paliza.

Había sabido que algo la había llevado a ella a romper la relación. Y ese algo era el condenado Xander Safin.

Enfurecido, no comprendió cómo ella se había marchado con otro hombre y se preguntó si se había sentido descuidada o si había creído que él se avergonzaba de ella.

—No hay necesidad —contestó Ric—. Ya se marchan. Si quieres recuperarla vas a tener que actuar con rapidez. Está claro que ella no se va a quedar sentada llorando por ti.

Ryan tuvo que reconocer que Ric tenía razón; había esperado que ella se diera cuenta de su error y que regresara con él, pero al haberla visto en una actitud tan íntima con Xander ya no sabía qué pensar. Si no se apresuraba, quizá la perdiera para siempre.

Jessica le pertenecía y lo que necesitaba era una manera de hacer que pasara tiempo con él. Iba a hacer las cosas de distinta manera; iba a asegurarse de cautivarla tan intensamente que ella no tuviera necesidad de mirar a otro hombre.

Pero en aquel momento lo único que pudo hacer fue observar cómo la mujer que deseaba más que nada en el mundo salía del bar en compañía del alto y rubio diseñador de joyas.

Jessica se percató de que los días habían pasado muy rápido. Estaba muy ocupada y en la tienda no paraban de entrar clientes. Y a ello había que sumarle que estaba prestando su ayuda para la organización de la exposición de joyería. Cada noche regresaba a su apartamento completamente destrozada.

Cuando el viernes por la mañana entró en la tienda en espera de otro largo día laboral antes del fin de semana, le sorprendió encontrarse a Ryan en su despacho con una taza de café entre las manos. Parecía muy cómodo y relajado en sus dominios. Pero Jessica se sintió acosada y levemente enferma al oler el café.

Al verla entrar, Ryan se levantó.

—No te molestes en levantarte —dijo ella, sentándose en la silla que había detrás del escritorio.

Jessica acababa de tener una cita con su médico. Le había mencionado lo cansada que estaba y éste le había aumentado la dosis de hierro que debía tomar. Cuando el doctor Waite le había dicho que los mareos comenzarían a desaparecer ya que se encontraba en el segundo trimestre del embarazo, ella había sentido ganas de besar al hombre en gratitud. Pero también le había dicho que quizá pudiera estar un poco distraída durante el trimestre en el que entraba. Ella había querido gritar al recordar todo el trabajo que tenía por delante. No podía permitirse estar en tal estado.

Cuando Ryan se hubo sentado de nuevo, ella se centró en su ordenador.

—No recuerdo que tuviéramos una cita —dijo educadamente.

—No la teníamos —contestó él, dando un sorbo a su café y examinándola con sus ojos verdes—. Pero quería decirte antes de que te lo dijera otra persona que voy a trasladar aquí mi despacho durante las próximas semanas para preparar la exposición de joyas.

—¿Aquí? ¿Vas a trabajar aquí? —preguntó Jessica, sintiendo cómo se le agarrotaba el corazón.

Ryan asintió con la cabeza.

—Piénsalo. Tiene mucho sentido.

—Pero Kimberley también está involucrada en el proyecto y trabaja desde las oficinas centrales —contestó Jess, preguntándose por qué demonios tenía que trasladar él su despacho.

—Kimberley sólo se encarga de la publicidad. Holly McLeod y un par de personas más que trabajan con ella tienen sus despachos en Pitt Street, así que no sería buena idea que mi hermana se trasladara aquí abajo —explicó él, dando otro

sorbo a su café—. Pero yo quiero estar donde se mueve todo, en el lugar donde se celebrará la exposición, donde se exponen nuestras joyas y donde estarán los clientes.

—¿Pero dónde te vas a sentar? —preguntó ella, que trató de mostrarse calmada aunque por dentro estaba horrorizada—. Querrás algún lugar tranquilo donde puedas trabajar. Aquí la mayor parte del espacio está tomado por el salón de exposiciones, un par de salas de citas, que están siendo muy utilizadas, los sótanos y los almacenes. No puedes utilizar la cantina de los empleados —añadió sin importarle si no parecía muy amable.

No quería tener a Ryan todo el día a su alrededor... como un recordatorio permanente de todo lo que había perdido. Sería demasiado doloroso.

Y aumentaba las posibilidades de que descubriera que estaba embarazada.

—Encontraré algún lugar —contestó él, encogiéndose de hombros—. Hay una pequeña sala de juntas aquí al lado que podría utilizar.

—Pero los enchufes están demasiado alejados de la mesa como para que puedas utilizar tu ordenador portátil —dijo ella, que sabía que Ryan nunca se acordaba de cargar la batería de su ordenador—. Y tampoco hay conexión telefónica.

—Puedo utilizar mi teléfono móvil —aseguró él, mirando de reojo—. Tú tienes suficientes enchufes aquí como para crear una central de energía. Siempre puedo compartir tu despacho si necesito utilizar mi portátil.

¡Oh, no!

—Estaré fuera de la ciudad durante un tiempo y tú pasas mucho tiempo en los almacenes. Hay mucho espacio para ambos.

Horrorizada, Jessica se quedó mirándolo. Había estado comiendo en su despacho con la puerta cerrada y los pies en alto para que no se le hincharan los tobillos debido al calor. Y había estado haciendo pequeñas pausas durante el día cuando el cansancio se apoderaba de ella. Con Ryan tan cerca, éste no tardaría mucho tiempo en comenzar a hacer preguntas.

—Haz lo que quieras. Tú eres el jefe —dijo, apartando la vista de él y centrándose en su ordenador.

—Voy a necesitar tu ayuda, Jess.

—¿Con qué? —preguntó ella, sintiendo el corazón dolido al oír el diminutivo de su nombre.

—Con la exposición de joyas —contestó Ryan. Entonces vaciló y habló solemnemente a continuación—. Hay personas que están murmurando que debíamos haber cancelado la exposición debido al fallecimiento de mi padre. Creo que son rumores creados por la competición y la prensa ha estado encantada de difundirlos. Yo quiero que la exposición sea un tributo para mi padre, que sea la mejor que jamás se haya hecho.

—Desde luego que te ayudaré —contestó ella, que no podía negarse. Entonces recordó algo por lo que había querido telefonarlo—. Me gustaría ir a buscar el resto de mis cosas durante el fin de semana. ¿Mañana sería conveniente? —preguntó,

pensando que, como todavía tenía llaves del ático, podría ir en un momento en el que él estuviera jugando al golf como hacía todos los sábados.

Se creó un tenso silencio que sólo rompió ella.

— ¿O quizá sería mejor la semana que viene?

— La semana que viene no, porque estaré en Janderra durante unos días y no te podré ayudar a hacer las maletas.

— Pero ¿qué pasa con la competición? — quiso saber ella, sorprendida.

La competición anual de diamantes de San Valentín se iba a celebrar la semana siguiente en Melbourne. La tensión se apoderó de ella. El año anterior había pasado el día fingiendo no conocer a Ryan y la noche volviéndose loca en sus brazos.

— Sería una pena perderselo — dijo, mirándolo.

— Estoy demasiado ocupado para ir a Melbourne. Si quieres, puedes pasar mañana a buscar tus cosas — contestó él, levantándose.

Entonces se marchó, llevándose consigo su taza vacía. Jessica se sintió como despojada de algo. Se puso la mano sobre la tripa. En la consulta del médico había oído el latido del corazón del bebé. Había sido muy ruidoso, pero el doctor le había explicado que parte del ruido era su propio corazón sonando al mismo tiempo. Pero había hecho que todo fuera tan real, tan emocionante...

Lo que había faltado había sido que Ryan hubiera estado a su lado para compartir la alegría.

Jessica introdujo la tarjeta que controlaba el ascensor en el bloque de pisos donde vivía Ryan. Le resultó extraño entrar al ascensor que le llevó al ático en el que había vivido durante un año. Pero aquel día sería el último que regresaría a aquel lugar.

Cuando las puertas se abrieron salió al descansillo y se detuvo en seco.

En vez de la soledad que había esperado encontrar allí, vio que Ryan estaba sentado en el salón, vestido con unos pantalones vaqueros negros y un polo blanco. Estaba irresistible.

— Se suponía que ibas a estar jugando al golf — dijo ella de forma acusatoria, tratando de recuperarse de la impresión.

No comprendía cómo Ryan se había perdido su partido de golf, que era sagrado para él.

— Pensé que quizá fueras a venir esta mañana — contestó él—. No he ido al golf para poder ayudarte.

— Pero... — comenzó a decir Jessica. No necesitaba su ayuda—. No tenías por qué haber hecho eso.

—Oh, pero lo he hecho —señaló él, levantándose—. Has vivido aquí durante un año, ¿Cómo iba a dejar que te marcharas como un ladrón en la noche?

A pesar de sus educadas palabras, los ojos de Ryan parecían turbulentos.

—Estaré bien, de verdad —afirmó ella, mirando su reloj—. Si te marchas ahora...

—Ya es muy tarde para que vaya a jugar.

—Pero podrías llegar a...

Agitando la mano, Ryan descartó el golf y a sus compañeros de juego.

—He enviado un sustituto; no me necesitan —afirmó.

—Ni yo tampoco —murmuró ella con rebeldía.

—No, creo que no —contestó él con cierto cinismo.

—¿Qué se supone que significa eso? —quiso saber Jessica.

—Ahora tienes a Xander Safin para satisfacer tus... necesidades.

—Lo que has dicho es repugnante. Xander es un compañero de trabajo. Entre nosotros hay una relación laboral.

—¿Besas a todos tus compañeros?

Jessica parpadeó y trató de comprender a lo que se refería él. ¿Un beso?

Entonces recordó que se había despedido de Xander con un beso la noche en la que habían salido a cenar juntos.

—Deberías haberte acercado a saludar en vez de esconderte donde quiera que estuvieras. Fue un beso de despedida para Xander, que se ha convertido en amigo mío.

—¿Esperas que crea que no te marchaste con él? —dijo Ryan, examinando a Jessica con la mirada.

—No me importa lo que creas; lo que te estoy diciendo es que me fui sola a casa —contestó ella—. Cielo santo, tienes muy mala opinión de mí. Primero me acusas de ser la amante de tu padre y ahora de ser la querida de Xander. ¡Decídetes!

—Expuesto así, sí que suena un poco exagerado. Te creo cuando dices que Xander tan sólo es un compañero de trabajo.

—¡Vaya, gracias!

—No tienes que marcharte, Jess. Puedes regresar.

Jessica lo miró fijamente, incapaz de creer lo que estaba oyendo. Antes siquiera de poder responder, él la abrazó. Pudo ver reflejada en sus ojos una primaria intensidad que reconoció.

—No digas nada, sólo piensa en esto —le ordenó él.

«Esto» fue un beso tan intenso y apasionado que provocó que ella gritara. Ryan aprovechó e introdujo la lengua en su boca; la saboreó como si fuera la cosa más dulce del mundo. Entonces gimió y la abrazó más estrechamente.

Jessica fue consciente de su feminidad y de la fuerza de la erección de él presionando sobre su vientre.

— ¡No! — espetó.

— ¿No? — dijo Ryan, levantando la cabeza.

— No quiero esto. Quiero marcharme a mi casa.

— Ésta es tu casa, Jessica.

Ella logró apartarse de él.

— ¿Este lugar? ¿Mi casa? ¡Nunca! ¿Crees que un lujoso nidito de amor con sofás de cuero es lo que yo llamaría «mi casa»? — preguntó, pensando que aquél no era lugar para que un niño creciera—. Es como un museo... ni siquiera aceptaste que mi gato viviera aquí.

— Pues trae el maldito gato contigo, si eso es lo que necesitas para ser feliz.

— No es sobre Picasso.

— ¿Entonces cuál es el problema? Dices que Xander no es la razón por la que te has marchado, ni tu gato tampoco. ¿Por qué te fuiste?

— ¿Cómo puedes preguntarme eso cuando creías que yo era la amante de tu padre mientras vivía contigo? — quiso saber ella, respirando profundamente.

— Espera — ordenó él—. He estado pensando sobre eso — durante un instante, una leve vulnerabilidad se reflejó en sus ojos—. Me equivoqué y me disculpo por ello.

— ¡Gracias! ¿Y se supone que eso debe hacerme feliz? — preguntó Jessica, frustrada—. Me destrozaste la vida y una disculpa no va a arreglar las cosas. Tú y yo... no va a funcionar, Ryan.

— Espera — dijo él, desconcertado—. Juntos éramos felices.

Ryan había sido feliz. Ella habría hecho cualquier cosa para que fuera feliz.

— Nos regíamos por tus reglas.

— Te dije desde el principio que no quería casarme...

— No te estoy pidiendo que te cases conmigo — lo interrumpió ella antes de que Ryan pudiera decir algo más doloroso—. Creo que ni el matrimonio arreglaría ahora las cosas. Desde que me mudé a Sidney me he percatado de cuánto te pareces a tu padre.

— Tú sabías cuánto deseaba convertirme en presidente de Blackstone Diamonds, eras consciente de que quería tener más participación en la empresa — contestó él, frunciendo el ceño.

—¿Cuánto más necesitas? Está claro que ya tienes suficiente poder y riqueza como para mantenerte feliz durante el resto de tu vida... No importa, Ryan. Esto... nosotros... nunca iba a haber durado. Es mejor que termine ahora. ¿Vas a ayudarme a hacer las maletas o no?

—Estás cometiendo un error —le aseguró Ryan, esbozando una mueca.

Pero ella pensó que mayor error sería quedarse ya que él no quería un bebé ni una familia. No tenía otra opción que marcharse de su vida y más tarde, cuando se le comenzara a notar el embarazo, le diría la verdad acerca del bebé que él nunca quiso.

En ese momento ya sería demasiado tarde para que le exigiera que abortara.

Hubo un momento incómodo cuando Ryan entró en el salón de exposiciones el lunes por la mañana. Miró a Jessica a los ojos y ésta supo que no le había perdonado el que no hubiera vuelto a su cama. Se puso tensa y miró a la mujer que lo acompañaba, que vestía de forma desenfadada y con alegres colores.

—Jessica, conoces a mi prima, Danielle, ¿verdad? —preguntó él.

—No nos conocimos en el funeral, pero hemos hablado por teléfono —contestó Jessica, saliendo del mostrador donde le había estado dando a Candy, una de las vendedoras, una serie de instrucciones. La dio la mano a la prima de Ryan—. Siento la pérdida que ha sufrido tu familia.

—Mi madre y yo lo echamos muchísimo de menos —contestó Dani con la tristeza reflejada en los ojos.

—Perdonadme, tengo que realizar un par de llamadas telefónicas —terció Ryan—. Utilizaré tu despacho, Jessica.

—Desde luego —contestó ella, que desde lo que le había dicho él el viernes era consciente de que era el despacho de ambos. Entonces se centró en la prima de Ryan—. Siempre te he llamado Dani porque ése es el nombre que utilizas para tu negocio. ¿Prefieres que te llame Danielle?

—Para mi familia siempre seré Danielle, pero en Port Douglas todos me conocen como Dani. También saben que me visto así —contestó la chica, señalando su colorido vestido—. Después de salir de aquí voy a regresar directamente a Port Douglas, así que no le digas a mi madre que no he venido vestida con traje. Se sentiría avergonzada. Y me puedes llamar como quieras.

Jessica rió ante la franqueza de Dani.

—A mi madre también hay cosas que le gustaría que yo hiciera. Como encontrar un buen hombre y casarme con él.

—A la mía también —concedió Danielle, sonriendo con complicidad. Entonces vio los folletos para la exposición—. Oh... ¿hay algún diseño mío?

—Mira tú misma —la invitó Jessica—. Las imágenes de los diseños que mandaste han salido estupendamente.

Dani Hammond era como una ráfaga de aire fresco y Jessica no pudo evitar sonreír al ver el entusiasmo de la chica al observar los folletos.

—¡Caramba! Esta piedra es impresionante. Imagínate pulirla —comentó Danielle con gran respeto—. Yo estaría muerta de miedo si tuviera que realizar la primera alteración.

—Increíble, ¿verdad? —dijo Jessica—. Es la Estrella del desierto, la primera de las grandes piedras que llegaron de Janderra tras la apertura de la mina. Se expondrá como parte de la historia de Blackstone Diamonds, pero no está a la venta.

—Mi tío me la enseñó una vez cuando yo era pequeña. Me dijo que era perfecta.

—Está en la cámara acorazada. ¿Querías volver a verla?

—¡Por favor! —exclamó Dani, levantando el maletín que su primo había llevado con él—. He traído conmigo algunas de mis joyas para la exposición. También las tendremos que guardar en la cámara acorazada.

Entonces ambas mujeres se dirigieron allí, pasando el salón de exposiciones. Jessica abrió un cajón y sacó una caja. La abrió para mostrar la solitaria piedra preciosa que reposaba en terciopelo negro.

—Déjame ver... —dijo Dani, maravillada.

—Quizá no sea un diamante con color como lo son la mayor parte de las piedras que se obtienen en Janderra, pero la transparencia y la claridad que tiene son increíbles —afirmó Jessica, acercándole la caja.

Dani la tomó delicadamente y tocó la piedra con veneración.

—Howard tenía razón: es impresionante. Y Aaron Lazar hizo un trabajo estupendo puliéndola. También pulió El corazón del interior, la piedra que mi abuelo les dio a la tía Úrsula y al tío Howard tras el nacimiento de James. Howard y él eran socios de negocios... así fue cómo mi tía Úrsula conoció y se casó con Howard.

—Ryan no habla de su madre —no pudo evitar decir Jessica—. He oído que ella se suicidó cuando él era pequeño.

—Él tenía sólo tres años cuando ella murió —la informó Dani—. Mi madre dice que cuando Ryan era muy pequeño solía ponerse de pie al lado de la puerta del jardín y agarraba los barrotes; allí esperaba a que su madre regresara a casa. Una vez que comprendió que ella había muerto y que había ido al cielo, solía preguntarle al cartero si había alguna carta para él. Le dijo a mi madre que estaba seguro de que, aunque fuera desde el cielo, Úrsula se acordaría de mandarle una postal.

Jessica sintió cómo le daba un vuelco el corazón al imaginarse lo solo que debía de haberse sentido Ryan de pequeño.

Entonces Dani miró a su alrededor de manera teatral y susurró:

—Todo es parte del escándalo familiar, el tipo de cosa del que nunca hablamos.

Jessica captó la indirecta y retomó el asunto de los diamantes.

– He oído hablar de El corazón del interior; pesaba más de cien quilates antes de que Howard le mandara a Lazar cortarlo en cinco piedras para crear una gargantilla llamada...

– Blackstone Rose. Esas cinco piedras pulidas debían de haber sido impresionantes – comentó Dani—. No me extraña que mi tío Oliver, el hermano de mi madre, estuviera loco por la joya.

Jessica no quiso interrumpir a Dani, aunque ella era una persona ajena a la familia. Howard Blackstone se lo había dejado más que claro la última vez que lo había visto.

– Aquella joya no trajo más que mala suerte para nuestra familia – continuó Dani—. Robaron la gargantilla la noche que la madre de Ryan cumplía treinta años. Y las acusaciones no han parado desde entonces.

Jessica había leído en los periódicos sobre aquel incidente ocurrido hacía tanto tiempo. Conociendo a Howard, compartía la opinión de algunos de que él mismo había robado la joya para cobrar el seguro. Seguramente la compañía aseguradora también había pesado lo mismo, ya que nunca le pagaron una indemnización.

– La prensa expuso toda clase de teorías sobre quién robó la joya – comentó.

– Hicieron mucho daño a nuestra familia. Después de aquello, mi tío Oliver nunca quiso volver a ver a mi madre ni a mi tía Úrsula. Pero el tío Howard siempre se portó muy bien con mi madre y conmigo. Fue como un padrino para mí.

Jessica le dirigió a Dani una mirada de incredulidad.

– ¿Es tan difícil de creer que Howard tenía un lado amable? – preguntó la chica.

– Sinceramente, sí.

– Fue duro con Ryan y Kim. Quizá fuera distinto conmigo ya que no tenía las mismas expectativas, o tal vez cuando yo crecí él se había dulcificado un poco. Hizo mucho por mí. Incluso me prestó dinero, sin intereses, para que yo pudiera montar mi negocio. Si no hubiera sido por Howard, todavía estaría de excursionismo por Asia y jamás habría tenido la oportunidad de perseguir mi sueño de crear mis propios diseños.

– Diseños que serán todo un éxito en la exposición – comentó Jessica, decidiendo cambiar de asunto ya que jamás podría ser imparcial con respecto a Howard.

– Espero que tengas razón, Jessica – dijo Dani, nerviosa.

– La tengo, créeme. Dani Hammond va a ser el nombre que más se comentará en la ciudad.

– Hay cierta ironía en eso. Un evento de los Blackstone haciendo famosa a una Hammond – bromeó la muchacha. Pero entonces todo rastro de humor se borró de sus ojos—. Odio este estúpido enfrentamiento. En el funeral quise ir a saludar a Matt Hammond. Después de todo, es mi primo. Pero parecía tan duro y enfadado que me resultó desleal a la memoria de Howard y no fui capaz de hacerlo.

– Yo también lo odio – concedió Jessica, sintiéndose invadida por la tristeza –. Tanta tensión... ¿por qué no puede simplemente terminar?

– Mi madre dice que el tío Oliver luchó contra su padre porque pensaba que El corazón del interior debía haber sido suyo. El abuelo se lo dio al tío Howard y a la tía Úrsula cuando nació James. Para celebrarlo. Tras el secuestro del pequeño, el tío Oliver dijo que Howard y Úrsula se merecían que se hubieran llevado a su niño. Ellos le habían robado lo que era suyo por derecho, así que el diamante había creado una maldición sobre ellos.

– Oí que Howard acusó a Oliver de haber secuestrado a su hijo – dijo Jessica.

– Pero no era verdad...

– Oliver Hammond robó Blackstone Rose del cuello de su hermana, mi madre – interrumpió Ryan, sobresaltando a Jessica –. De tal palo tal astilla. Ahora Matt Hammond está intentando robar las acciones Blackstone. ¿Qué otra cosa se podría esperar de un Hammond?

La vergüenza que sintió Jessica por haber sido descubierta cotilleando se disipó cuando vio el dolor reflejado en los ojos de Dani.

– Pensaba que tenías que realizar algunas llamadas telefónicas, ¿no es así? – dijo, tratando de evitar que él continuara hablando.

– Soy el propietario de esta tienda, ¿recuerdas? – sentenció Ryan con una fría expresión.

– Yo debería marcharme ya. Tengo que tomar un avión – terció entonces Dani.

– No te marches por mí, prima.

– No me voy a quedar por aquí si estás de mal humor – dijo Dani.

– ¡Lo siento! Siempre pienso en ti como uno de nosotros. La verdad es que me olvido de que tienes la desgracia de tener que soportar llamarte Hammond.

– Tú mismo llevas sangre Hammond en tus venas – contestó ella.

– Sigues siendo tan sincera como siempre. Siento pena por el hombre que trate de amansarte, calabaza.

Jessica envidió la familiaridad que compartían ambos primos. Una vez Dani se hubo marchado, se dirigió a Ryan.

– Eso ha sido muy grosero.

– ¿El qué? – quiso saber él –. ¿Llamar a Dani «calabaza»?

– Acusar a los Hammond de no ser más que un puñado de ladrones.

– Me refería a Oliver Hammond y a su hijo. Dani sabe que no me refiero a ella.

– ¿Tú crees? – dijo Jessica, frunciendo el ceño –. Tal vez piense que también la desprecias.

— Es mi prima, por el amor de Dios. Como ha dicho ella misma, mi madre era una Hammond, así que yo también soy mitad Hammond. Pero eso no cambia la certeza de que Oliver es un ladrón y un estafador.

— Él es tu tío y también tío de Dani. Pero Dani no es una Blackstone, aunque creciera entre vosotros. En su situación, yo me sentiría dividida en dos.

— ¿Sí?

— ¡Sí! Dani está entre dos fuegos. ¿Sabes que quiso saludar a Matt en el funeral, pero que le preocupó ser infiel a la memoria de Howard?

— Eso es digno de elogio. Dani siempre ha sido muy leal.

— ¡Pero Howard está muerto! — espetó Jessica—. Matt y ella están vivos. Él es su primo... y tuyo también. ¿No crees que es el momento de enterrar el hacha de guerra?

— ¿En la cabeza de Matt Hammond?

— ¡Me rindo! No puedo hablar contigo. Eres la persona más testaruda que... — entonces Jessica dejó de hablar. No tenía por qué ponerse de aquella manera.

Se dio la vuelta y volvió a colocar la Estrella del desierto en su caja.

— Gracias a Dios esto no tiene que ver conmigo, yo sólo trabajo aquí.

Pero ni eso iba a ser permanente. Una vez naciera el bebé...

— Matt quiere destruir a los Blackstone — dijo Ryan detrás de ella—. Todo por lo que mi padre y yo... incluso Ric... trabajamos tan duro por conseguir está en peligro.

— ¿Realmente crees que Matt puede hacerle daño a Blackstone Diamonds? — preguntó Jessica, dándose la vuelta hacia él.

— Sí, puede. Matt quiere venganza... a cualquier precio.

— ¿Crees que es porque...? — Jessica no terminó de hacer la pregunta.

— ¿Por qué mi padre le robó la esposa? — Ryan se encogió de hombros—. No lo sé. Y en realidad no me importa quién fuera la amante de mi padre. Pero no voy a permitir que Matt destruya Blackstone Diamonds.

Capítulo 5

El verde esmeralda del hipódromo Flemington, en Melbourne, creaba un precioso contraste con la ropa que llevaban los jinetes.

—Preciosas, ¿verdad?

Al oír la voz de Ryan, Jessica bajó sus binoculares.

Él iba vestido completamente de negro; camisa y traje negros combinados con unos elegantes zapatos italianos del mismo color. Estaba muy elegante, parecía peligroso... un Blackstone de los pies a la cabeza.

—No sabía si al final vendrías.

—No esperaba verte aquí —contestó ella, mirándolo a los ojos—. Dijiste...

—¿Qué iba a ir a Janderra? —dijo Ryan con satisfacción.

¡La había engañado a propósito! No podía creer que Ryan hubiera hecho eso.

—¿Qué potra te gusta? —preguntó él.

—No apuesto —contestó Jessica.

—Ya lo sé. Pero el año pasado elegiste a la ganadora antes siquiera de que la carrera hubiera comenzado.

—Me sorprende que te dieras cuenta de ello —comentó ella, ya que durante los anteriores dos años apenas se habían mirado el uno al otro en las carreras. Absoluta discreción.

—Yo me doy cuenta de todo lo relacionado contigo —murmuró Ryan—. Incluso recuerdo el traje negro que llevaste el año pasado... y cómo te desaté el ceñido corsé después...

Jessica no quería recordar los momentos vividos aquella noche durante la que habían compartido una botella de Taittinger en un jacuzzi.

Eran recuerdos demasiado seductores.

Y nada de eso ocurriría aquella noche, ya que donde iba a quedarse era en una habitación del lujoso hotel Ascot Gold. Sola.

Una preciosa potra pasó por delante de ella y pudo ver que el jinete llevaba estampado un largo diamante rosa en la parte delantera y trasera de su ropa. Era una potra Blackstone.

—¿Cómo se llama esa potra?

—Diamond Lady —contestó Ryan—. ¿Recuerdas cómo pasamos el día siguiente en la cama y que sólo nos levantamos por la tarde para comer?

—¡Jessica... Ryan!

Jessica dio un respingo, sorprendida. Le estaría eternamente agradecida a Briana por aquella oportuna interrupción. La modelo iba vestida con un

impresionante vestido de seda amarillo y la acompañaba un hombre alto y de pelo oscuro.

—Jake Vanee —anunció Briana—. Jake, éste es Ryan Blackstone... y ésta es mi amiga Jessica, que es la gerente de la tienda Blackstone de Sidney.

Jake sonrió abiertamente. Jessica había oído su nombre antes, pero no recordaba dónde.

—¿Estáis preparados para subir a las tribunas para sentarnos? —preguntó Briana.

—Sí —se apresuró a responder Jessica. Tener compañía desviaría de ella la atención de Ryan.

—Así que, Jess, ¿quién es tu favorito? —preguntó Jake Vanee.

—Diamond Lady —contestó Jessica.

Tanto Briana como Jake rieron.

—Claro, debería habérmelo esperado —comentó Jake.

—Yo voy a apostar por esa potra —anunció Ryan, comenzando a alejarse.

—Espero que no te bases en mi opinión —dijo Jessica, alarmada. Sólo había repetido el nombre que había oído con anterioridad—. No hay ninguna prueba científica que sustente mi teoría.

—Quizá sea intuición femenina —reflexionó Briana—. Creo que yo también voy a apostar por la misma potra.

—Entonces será mejor que yo también lo haga —añadió Jake.

—Entonces, no me culpéis cuando todos perdáis vuestro dinero —les advirtió Jessica, dirigiéndose entonces a la tribuna reservada para los Blackstone.

Cinco minutos después aparecieron sus tres acompañantes.

—Jess, mi apuesta no me va a arruinar —comentó Briana, sentándose al lado de su amiga.

—Me alegra verte aquí, cariño —dijo Jessica—. Y aún más me alegra verte con alguien que no sea Patrick.

—Jake y yo no vamos en serio. Yo tenía que salir y Jake simplemente me invitó. Eso es todo.

—Quizá llegué a convertirse en algo más especial.

—Oh, tú... ¡eres una romántica! —Briana se rió—. Tenemos que encontrarte un hombre. Desde que te conozco no has salido con nadie.

—Estoy tratando de convencer a Jess de que salga a cenar conmigo esta noche —comentó Ryan, acercándose con dos copas de champán en las manos.

—Gracias —dijo Briana al tomar una de las copas. Entonces se dirigió a Jessica—. ¡Oh, Jess, no puedes negarte a una invitación así!

—No puedo ir a cenar contigo —contestó Jessica, centrando su atención en Ryan—. Tienes que ir al baile de San Valentín que se celebra después de las carreras... y yo no tengo invitación.

—Podrías ser mi pareja —sugirió Ryan.

—¡Está hecho! —se apresuró a decir Briana antes siquiera de que Jess pudiera oponerse—. ¿Por qué no nos sentamos juntos los cuatro?

Jessica sintió ganas de asesinar a Ryan, pero por el momento lo ignoraría. No comprendía por qué tras años de silencio él quería que todos supieran que eran pareja precisamente en aquel momento en el que su relación se había roto. No tenía sentido.

—Hay que ir de etiqueta y yo no he venido vestida apropiadamente para ello —contestó.

—Eso se puede solucionar fácilmente —declaró Briana—. Tengo un acuerdo con un par de diseñadores para que muestren sus vestidos y no tendrán ningún problema en vestirte —añadió, agarrando su teléfono móvil y telefoneando a un tal ZinZin.

Jessica miró a Ryan y éste levantó su copa a modo de brindis silencioso.

—Todo arreglado —dijo entonces Briana al finalizar la llamada—. Cien por ciento puede ir al baile.

Jessica se contuvo de hacer ningún comentario; no le quedaba otro remedio que acompañar a Ryan y merecería la pena aunque sólo fuera por mantener la sonrisa en la cara de Briana.

La modelo lo había pasado muy mal con sus anteriores relaciones sentimentales y lo que necesitaba era un hombre bueno a su lado.

Cuando las potras comenzaron a correr, Ryan y Briana estuvieron muy pendientes de la carrera.

—¡Aquí vienen! —exclamó Ryan—. Y Diamond Lady va la primera.

Las potras pasaron por delante de ellos y pudieron ver cómo los jinetes inclinaban la cabeza para saludarlos. El murmullo de la muchedumbre era ensordecedor.

—¡Quizá gane! —continuó Ryan, cuyo entusiasmo era contagioso.

Jessica le agarró la mano y apretó con fuerza al llegar las potras a la meta. Entonces vieron en la enorme pantalla de televisión del recinto que su potra favorita había ganado.

Briana se giró hacia ella, sonriendo.

—¿Ves? No he perdido ni un céntimo.

—¡Sí! —Ryan levantó un puño al aire.

—¡Diamond Lady ha ganado! —exclamó Jessica, que no podía creérselo. Sin percatarse de ello comenzó a dar brincos de alegría.

Ryan la abrazó estrechamente y entonces la besó.

Fue un beso rápido, lleno de euforia y alegría. Cuando dejó de besarla sus miradas se encontraron...

– ¿No deberías estar abajo, en la tribuna de ganadores, para presentar el trofeo? – se apresuró a decir Jessica.

Ryan dejó de abrazarla y se apartó.

– Kim va a hacer los honores familiares este año. Yo siempre lo hice durante los años que ella estuvo en Nueva Zelanda. Ric está a su lado.

Jessica se sintió muy decepcionada ante el hecho de que él se hubiera apartado. Parecía que habían pasado siglos desde que la había tocado por última vez.

– Además... – continuó él – es mucho más agradable estar aquí en la tribuna bebiendo champán francés y sentado a tu lado. ¿Quieres que te sirva más?

– Ya he bebido suficiente – contestó Jessica, dejando su copa sobre la mesa –. Todavía tengo que conducir hasta mi hotel y arreglarme para la cena.

– ¿Dónde te estás alojando, Jess? – quiso saber Briana –. Haré que ZinZin te mande una selección de vestidos para que te los pruebes.

– En el Hotel Ascot Gold – contestó Jessica.

Ryan la miró con una extraña intensidad y ella deseó saber qué estaba pensando.

– Te veré en el vestíbulo a las siete – dijo entonces él con un intenso brillo reflejado en los ojos.

El vestido que eligió Jessica de entre los que le había mandado ZinZin era suave y femenino. El estilo cruzado que tenía le hacía sentirse muy cómoda ya que disimulaba su ensanchada cintura.

Los pliegues de la tela llegaban al suelo y tenía una mezcla de tonos asalmonados y color crema. Se arregló el pelo en un moño y se puso un par de pendientes de diamantes que Ryan le había regalado las Navidades anteriores. Sabía que tenía buen aspecto. Antes de dirigirse a la puerta agarró un pequeño bolso de fiesta y una *pashmina* que ZinZin había combinado con el vestido.

Ryan la estaba esperando en el vestíbulo del hotel. Llevaba puesta una chaqueta blanca y una corbata negra.

Durante un momento, tanta belleza masculina dejó a Jessica sin aliento.

– Espero no haberte hecho esperar – dijo, acercándose a él.

– No, yo también me hospedo en este hotel.

– ¿Aquí? ¿En el Ascot?

– Kim y Ric se están quedando en el apartamento y no hay suficiente espacio para los tres.

Jessica pudo imaginarse que el reciente acercamiento entre Kim y Ric tal vez hiciera a Ryan sentirse como un intruso. El apartamento era un nidito de amor.

– ¿Te estás hospedando aquí por la cena? – quiso saber Jessica, diciéndose que él no podía haber sabido en qué hotel estaba ella.

– Vamos – dijo Ryan, apartando la vista y tendiéndole un brazo—. No queremos ser los últimos en llegar.

La cena de San Valentín se iba a celebrar en el salón de baile del Ascot, una enorme sala adornada con brillantes arañas de luces.

Se acercaron a la mesa Blackstone, donde Kim y Ric, Briana y Jake, así como varias personas que reconocía de la tienda Blackstone de Melbourne, estaban ya sentados.

– Ese vestido es impresionante, Jess – comentó Briana después de saludarlos—. Sabía que ZinZin encontraría algo perfecto para ti.

– Le aconsejaste muy bien.

– Esta noche pareces incluso... – Briana hizo una pausa— voluptuosa.

Jessica emitió una pequeña risita, pero la aprensión se apoderó de ella. No podía permitirse que Briana adivinara...

– Creo que he ganado un poco de peso recientemente.

– Pues estás muy bien – le aseguró Briana—. Estás muy guapa.

– Yo también me he dado cuenta – terció Ryan—. Cada día estás más guapa, Jess.

Incluso Briana se quedó impresionada ante aquel comentario.

– ¡Sois unos aduladores! – se apresuró a exclamar Jessica.

– ¿No estarás hablando de Ryan, verdad? – preguntó Kim, introduciéndose en la conversación—. Mi hermano nunca pierde el tiempo con halagos. ¿Qué ha dicho?

– No importa – contestó Jessica, sintiendo cómo se ruborizaba—. ¿Podemos cambiar de asunto, por favor? – suplicó.

– He oído que predijiste que Diamond Lady iba a ganar – dijo entonces Kim—. Espero que hubieras apostado mucho por ella.

– Umm... no hice ninguna apuesta – contestó Jessica, agradecida ante el cambio de tema.

– Pero todos los demás sí que lo hicimos – añadió Ryan, sonriendo a Jessica.

Ella sintió cómo un cosquilleo le recorría la espina dorsal y apartó la vista.

Entonces Briana comenzó a hablar de lo que había ganado e hizo un comentario sobre los tiburones financieros. En ese momento Jessica logró recordar algo...

Jake Vanee... un tiburón financiero. ¡Desde luego! Se preguntó cómo podía haberse olvidado de un nombre que aparecía tan frecuentemente en las páginas de economía.

Durante la cena continuó el animado debate sobre potras y predicciones de ganadores. Jessica no habló mucho ya que estaba demasiado pendiente del hombre que tenía sentado al lado.

Cuando Ryan echó su silla hacia atrás, ella suspiró silenciosamente, aliviada. Sin duda iría a hablar con alguien y le daría un respiro de su agobiante presencia.

—¿Bailas? —preguntó Ryan de pie al lado de su silla y tendiéndole la mano.

Jessica, que sabía que no tenía ninguna opción de negarse, se levantó a regañadientes.

En la pista de baile él la agarró estrechamente y ella se percató de las miradas especulativas de algunas de las parejas que bailaban a su lado.

—No deberíamos hacer esto.

—¿Por qué no? —preguntó Ryan, frunciendo el ceño.

—Todos pensarán que somos pareja.

—Quizá debiéramos serlo —contestó él, acercándola aún más a su cuerpo.

—¡No! —espetó ella—. Es muy tarde para eso. No quiero que la gente piense...

—No me importa lo que la gente piense. Lo que quiero es que seas feliz, así que si te hace infeliz estar tan cerca de mí, simplemente dímelo y te soltaré.

—¿Me soltarás? —preguntó ella, mirándolo a la cara—. ¿Quieres decir que dejarías de bailar y me permitirías regresar con los otros?

—Si eso es lo que quieres...

Por la determinación de su voz, Jessica supo que lo haría, así como también supo que probablemente jamás le volvería a pedir que bailara con él. Pero ello implicaba que nunca volvería a estar tan cerca de él y no sabía si podría soportarlo.

Así que en vez de apartarse se quedó entre sus brazos, tan cerca de él que pudo oír el latir de su corazón contra su mejilla.

—Hueles tan bien... —murmuró Ryan, hundiendo la cara en su pelo y acariciándole la espalda—. Y eres tan suave...

A Jessica le recorrieron el cuerpo pequeños escalofríos y se preguntó si él la habría echado de menos. Pero eso sería esperar demasiado.

Incluso si lo hubiera hecho, ¿qué cambiaría? Ryan no deseaba una esposa ni una familia. Y ella no quería un hombre dedicado enteramente a sus negocios, como lo era él, sino un hombre que pasara tiempo con ella y que quisiera ver a su hijo crecer. No quería un hombre lleno de ambición y deseos de poder. Si tenía que ser sincera, quería un hombre que la deseara más que a nada en el mundo.

Y ese hombre nunca podría ser Ryan... aunque parecía haber sido creada para él.

Mientras bailaban, él le colocó una mano en la cadera y ella sintió cómo se estremecía.

Había echado de menos aquella proximidad, estar acurrucada contra él en medio de la noche, oírle decir su nombre, verlo sentado al otro lado de la mesa mientras desayunaban. Lo había echado de menos.

Sin pensarlo, lo abrazó aún más estrechamente. La calidez de su cuerpo y la leve fragancia del caro *aftershave* que llevaba embriagaron sus sentidos.

Cuando la canción terminó, él continuó abrazándola durante un momento. Entonces la soltó.

Un profundo vacío se apoderó de ella y sintió una dolorosa soledad.

—Ven —ordenó él, poniéndole un brazo por encima de los hombros y guiándola a la mesa donde estaban sentados Kim y Ric.

Ryan agarró el bolso y la *pashmina* de Jessica.

—Voy a llevar a Jessica a su habitación —declaró—. Despedidnos de Briana y de Jake.

Kim se quedó impresionada, pero enseguida sonrió.

Jessica se planteó objetar ante aquella actitud prepotente de Ryan. Pero con sólo mirarlo a los ojos sus intenciones se disiparon.

Una vez salieron de la sala de baile, se dio cuenta del silencio que se creó entre ambos, silencio que se hizo más pronunciado cuando entraron al ascensor.

—¿En qué piso estás? —le preguntó entonces Ryan.

Ella le contestó.

El silencio volvió a apoderarse de la situación. Jessica se quedó mirando el panel de control del ascensor. Cuando por fin llegaron a su piso, ambos salieron al pasillo.

—Te acompañaré a tu habitación.

—No es necesario —dijo ella con voz ahogada. No se atrevió a mirarlo.

Pero él no le hizo caso y comenzó a andar a su lado por el pasillo.

Cuando llegaron a su habitación, Jessica se detuvo y buscó en su bolso la tarjeta de acceso, consciente de lo acelerado que tenía el corazón.

—Invítame a entrar, Jess.

Ella lo miró y vio la pasión reflejada en sus ojos...

—Sí —susurró.

—Bien —dijo él, tomando la tarjeta de la temblorosa mano de ella.

Abrió la puerta y ambos entraron al dormitorio.

Capítulo 6

– Ven a mí, Jess – dijo Ryan de pie al lado de la cama y con el deseo reflejado en la cara.

– No puedo – contestó ella, paralizada por el miedo. Si él la tocaba, tal vez nunca encontrara de nuevo el valor para marcharse. Se cruzó de brazos y observó cómo Ryan se acercaba a ella.

– Pues entonces actuemos ambos. Hagámoslo esta noche.

– ¿Sólo esta noche?

Ryan vaciló, pero entonces asintió con la cabeza.

Jessica se dijo a sí misma que podía hacerlo una noche. Dio un paso adelante, después otro... hasta que estuvo en sus brazos.

Él la abrazó y la *pashmina* que llevaba ella cayó al suelo. Entonces le acarició la espalda y Jessica, en vez de resistirse ante aquella demostración de dominación, se sintió invadida por el deseo y emitió un pequeño gemido.

Ryan acercó los labios a su garganta y ella echó la cabeza hacia atrás. Sintió cómo una boca fuerte y hambrienta se posaba sobre sus labios y respondió con una pasión salvaje que jamás había mostrado antes.

Él gimió y le clavó los dedos en los brazos.

– Dios, esto está ocurriendo mucho más deprisa de lo que esperaba – dijo, echando hacia delante las caderas.

Jessica fue consciente de lo excitado que estaba al sentir su dureza presionando su cuerpo. Recordó la vida que crecía en su útero y le resultó extrañamente erótico.

Pero ello le recordó que no estaba tan delgada como la última vez que había estado en su cama.

– La luz – gimoteó –. Apaga la luz.

– Quiero verte. Quiero recrearme la vista con tu desnudez.

– No – dijo ella, estremeciéndose.

Ryan se apartó y la miró a los ojos. Al alma.

– ¿A qué se debe esta repentina vergüenza, Jess?

– No tengo vergüenza – contestó ella, hundiendo la cabeza en el hombro de él para esconder su expresión –. Pero no quiero que me veas.

– Pero ya he visto cada centímetro de tu cuerpo.

– Esta noche es... distinta – Jessica sintió cómo le daba un vuelco el corazón.

– ¿Por qué?

– Porque... porque ya no estamos juntos.

Se planteó qué ocurriría si le dijera la verdad. Pero de nuevo se dijo a sí misma que sería una locura y que lo que sucedería sería que él se marcharía. Pronto sería demasiado tarde para que él le sugiriera un aborto, lo que era su mayor temor dado el poder y la riqueza de los Blackstone. Sabía que Ryan no huiría de sus obligaciones económicas y que le mandaría un cheque todos los meses para la manutención del niño. Pero jamás volvería a tocarla.

Y ella había echado tanto de menos sus caricias...

Quizá no la amara, pero todavía la deseaba con la misma pasión que siempre había habido entre ellos. Aquella noche, sólo aquella noche, iba a ser suya. Y él de ella. Tenía que ser suficiente.

Ryan la soltó y ella sintió frío. Entonces la habitación se quedó a oscuras.

—Está bien. Si no puedo verte, te tocaré. Voy a acariciar cada centímetro de tu piel.

Jessica comenzó a respirar agitadamente y él empezó a acariciarle la mejilla. Entonces subió la mano hacia su pelo y le quitó todas las horquillas con las que lo llevaba recogido.

Escalofríos de deseo le recorrieron el cuerpo a Jess, que sintió cómo le hervía la sangre en las venas.

Con la otra mano, Ryan le cubrió la mandíbula y le levantó la cara. Entonces le rozó los labios con los suyos empleando una extrema delicadeza. Le dio unos suaves besos que la incitaron a la vez que la provocaron. Ella separó los labios a modo de invitación. Quería más... lo quería a él.

Pero en vez de hacer el beso más profundo, Ryan le acarició los labios con la lengua y la volvió loca de placer.

Jessica quería más. Más presión, más pasión... más placer.

—Bésame —susurró impaciente.

—Lo estoy haciendo —contestó él, levantando la cabeza.

—Bésame de verdad.

—¿Por qué no me enseñas cómo quieres que te bese? —la provocó él.

Jessica vaciló. Si lo besaba, él se daría cuenta de cuánto lo deseaba todavía. Pero se dijo a sí misma que desearlo no significaba revelarle sus otros secretos. Como cuánto lo amaba y cuánto lo había echado de menos. Ni él iba a descubrir por ello lo del bebé.

Mientras la luz estuviera apagada...

—Está bien —dijo—. Pero primero tienes que quitarte esto —añadió, comenzando a quitarle la chaqueta.

—Lo que quieras —susurró Ryan.

Cuando terminó de quitarle la chaqueta, Jessica la tiró sobre el sillón que había visto con anterioridad en la habitación. Entonces le acarició la espalda y se deleitó con la sensación de tocar los fuertes músculos de Ryan.

— ¿Me vas a besar ya? — la incitó él, sintiendo cómo le vibraba el cuerpo debido a la tensión.

— Espera.

Entonces él suspiró en alto.

— ¿Quieres que pare? — preguntó ella, apartando las manos de él.

— ¡Jess, no me provoques!

— ¿Provocarte? — dijo ella, sonriendo en la oscuridad —. ¿Es esto provocación?

Entonces acercó sus manos de nuevo a él y se detuvo en cuanto tocó la tela de su camisa. Con mucho cuidado de no tocarle la piel le desabrochó los botones...

— ¡Me estás matando! — exclamó Ryan, gimiendo en alto.

Jessica se apresuró a sacarle la camisa del pantalón.

— Maldita sea, bésame, tócame — exigió él.

— Tus deseos son órdenes, oh, mi amo — con gran calma, ella subió los dedos por el desnudo pecho de él hasta llegar a su corbata, que desató.

En ese momento le quitó la camisa, que cayó al suelo.

A continuación se dirigió a desabrocharle la bragueta. Una vez lo hubo hecho, le quitó los pantalones y los calzoncillos. Él estaba temblando y su cuerpo reflejaba una gran tensión.

— Ven aquí — le ordenó Ryan, abrazándola y tumbándola de nuevo en la cama —. Es mi turno para desnudarte.

— ¿Te has fijado en la cabecera? — preguntó ella, susurrando —. Hay una especie de barra de madera en la parte superior. Quiero que te agarres a ella y que no te sueltes.

— Oye — objetó él —. El acuerdo era que no podía ver, pero mis manos serían mis ojos. Quiero tocarte por todas partes.

Precisamente aquello era lo que le preocupaba a Jessica; quizá él encontrara curvas en su cuerpo donde antes no las había.

— Agárrate a la barra — susurró de manera más intensa.

— ¿Y tú te burlas de mí llamándome «mi amo»? — comentó él, obedeciendo.

— Me resulta agradable tener el control para variar un poco — dijo Jessica, sentándose a horcajadas sobre él —. No muevas las manos.

— Quiero ver esto — contestó Ryan, encendiendo la lamparita de noche. A continuación volvió a agarrarse a la barra —. ¿No te vas a quitar el vestido?

— ¡No! — espetó ella, mirando la lamparita. Pero entonces abandonó su ansiedad y esbozó una pequeña sonrisa—. Nunca he hecho el amor contigo vestida y este vestido es tan bonito que me hace sentir como Cenicienta.

— Visto desde aquí, es extremadamente sexy.

Jessica comenzó a acariciarlo, despacio, hasta que él se retorció de placer bajo sus manos.

Disfrutó de la sensación de tener a Ryan tumbado debajo de ella completamente desnudo. Cuando se percató de lo agitada que tenía él la respiración, se levantó levemente para sentarse de nuevo a continuación... penetrándose ella misma con el sexo de él. La dureza de Ryan se introdujo en la suavidad de su cuerpo y el calor que desprendía la derritió.

La sensación fue increíble. Estaba muy excitada y se levantó para volverse a penetrar de nuevo con la erección de él, que estaba jadeando en alto.

— No puedo aguantar más.

Antes de que Jessica pudiera protestar, Ryan soltó la barra y la agarró por las caderas. La abrazó y la atrajo hacia sí mientras le hacía el amor desesperadamente.

— Quiero tenerte aún más cerca — dijo con la voz ronca—. Maldita sea, esto es estupendo.

Entonces ambos se estremecieron y el placer se apoderó del cuerpo de Jessica como calambres eléctricos. Durante un momento le impresionó la intensidad de su locura, la desvergonzada manera en la que se había hecho cargo de la situación.

Había disfrutado al ver que Ryan perdía el control... aunque sólo fuera por una noche.

Vestido con la misma ropa que había llevado el día anterior, Ryan abrió las cortinas de las enormes ventanas desde las que se veía la ciudad. Estaba amaneciendo. Miró a la mujer que dormía en la cama. En algún momento después de que él se hubiera quedado dormido, ella se había cambiado y se había puesto un camisón.

Pensó en cuánto le había impresionado la falta que le había hecho Jessica durante el tiempo que habían estado separados. La deseaba. Deseaba que regresara con él.

La noche anterior había sido un paso en su campaña y había obtenido mucho más de lo que había esperado. Sintió cómo su sexo se ponía erecto con sólo recordar la salvaje noche que habían compartido. Se planteó despertarla y darse gusto de nuevo.

Pero al mirar el reloj que había en la mesita de noche vio que no había tiempo. Tenía que regresar a su habitación para ducharse y cambiarse de ropa. Después tenía que marcharse. Kimberley y Ric lo estarían esperando en el aeropuerto. Habían

quedado en volver juntos a Sidney para llegar a tiempo a la reunión financiera semanal.

Miró a Jessica, a quien la rosácea luz del amanecer iluminaba la cara. Parecía tan inocente, tan tranquila... Sospechó que ella, al contrario que él, iba a arrepentirse de la noche que habían compartido.

Resistiendo la tentación de darle un beso de despedida, salió en silencio de la habitación... antes de que ella despertara y viera el arrepentimiento reflejado en sus ojos.

Jessica abrió los ojos y parpadeó ante la brillante luz del sol de febrero que se colaba por las ventanas. La habitación estaba en silencio. Nada se movía.

—¿Ryan?

No obtuvo respuesta. Él se había ido.

Y ella estaba de nuevo sola.

Se levantó de la cama y se dirigió al tocador. Pero no había ningún mensaje para ella. Buscó por la habitación para ver si había dejado una nota en otro lugar, pero fue en vano.

Con el corazón en un puño, se dirigió a la ducha. Como un zombi, se duchó y se secó.

Regresó a la habitación y agarró lo primero que sacó de su maleta; unos pantalones marrones y una camiseta verde, marrón y blanca. Estaba preparada para marcharse.

Cuando bajó a recepción, se puso a esperar en la cola y vio que los periódicos matutinos de Melbourne ya habían llegado. Estaban al lado de una bandeja con zumo de naranja. Tomó un vaso de zumo y se lo bebió. Agarró el suplemento del periódico y vio su propia cara.

El romance de Ryan en las carreras de potras, decía el titular. En la fotografía se la veía sonriendo a Ryan como una estúpida.

Precisamente aquello era lo que no necesitaba. Deseó que ninguna persona que la conociera viera el periódico, pero iba a ser difícil.

Briana vivía en Melbourne y también estaban los empleados de la tienda Blackstone de aquella ciudad. Y algunos diseñadores con los que trabajaba también vivían allí.

Apresuradamente leyó el artículo, en el que se vertían especulaciones sobre ella y el hecho de que trabajara para Ryan. También se hacía referencia a que él había perdido Miramare y, al final del artículo, aparecía una fotografía de James y Ryan de pequeños junto a su madre, que tenía en brazos a un bebé, Kimberley. La fotografía había sido tomada en Miramare.

También había un resumen de las mujeres con las que había estado saliendo Ryan y un insidioso comentario sobre que no había salido con nadie durante dos años.

Si supieran...

A Jessica le hizo menos gracia aún ver la fotografía en la que se veía a Ryan asistiendo a un evento en la National Gallery... con una pelirroja a su lado.

Frunció el ceño. Recordaba aquel fin de semana. Ryan había viajado a Melbourne por negocios, le había mencionado el acto... pero ella había supuesto que había ido solo. Había aceptado que él tuviera su propia vida social, sus propios amigos, pero aquello, aquella pelirroja, no había sido lo que habían acordado...

—¿Señora? —le dijo el recepcionista.

Jessica se dio la vuelta y vio que no había nadie esperando en la cola delante de ella.

—Lo siento —se disculpó—. Mi nombre es Jessica Cotter —añadió, dándole su tarjeta de acceso—. Me gustaría pagar la factura y marcharme.

El recepcionista comprobó los datos en el ordenador.

—La factura ya está pagada —informó.

—Debe de haber algún error... —dijo Jessica.

—La factura fue pagada hace poco más de una hora.

Ryan.

—Y también hay un mensaje para usted, señora Cotter —añadió el muchacho, acercándole un sobre.

Jessica lo tomó y sacó su contenido.

Gracias por una noche sensacional. Tengo que marcharme para asistir a una reunión. Te veré en el trabajo.

Ryan.

PD. Carga a mi cuenta ese excitante vestido. Quiero que pienses en mí cada vez que te lo pongas o que lo veas.

Enfurecida, una vez más Jessica se sintió como una amante. Para Ryan, ella no suponía nada más que una noche de pasión.

Cuando Ryan entró en la sala de exposiciones de la primera planta de Blackstone Diamonds era casi mediodía y deseó que Jessica no intuyera el torbellino de emociones que se había apoderado de él y que escondía bajo su apariencia de seguridad en sí mismo.

Estaba deseando verla de nuevo, aunque no sabía cuál sería la reacción de ella. Se preguntó si querría que se repitiera la noche que habían vivido o si se arrepentiría de lo que habían hecho.

La encontró ayudando a una pareja de jóvenes al otro lado de la sala de exposiciones. Al acercarse a ellos, vio que estaban mirando algunos anillos. Anillos de diamantes.

—¿Y si elige cuatro o cinco que le gusten? —estaba diciendo Jessica.

—Eso sería difícil —aseguró la joven—. Son todos tan bonitos... ¿Cómo elegiría usted?

—Elegiría algo que sea acorde con mi estilo —contestó Jessica, que sacó de debajo del mostrador una bandeja con algunas de las piezas más valiosas que poseían—. ¿Ve este anillo? Lleva una piedra estupenda, pero no es ostentoso. Veo muchos diamantes maravillosos, pero para mí éste es especial. Me encanta su color rosa pálido y la simplicidad con la que lo han pulido. Me gustan las cosas sencillas, ya que combinan con mi estilo.

—Es una idea —concedió la joven con entusiasmo. Entonces miró al hombre que tenía al lado—. Colin, elijamos cada uno el anillo que más nos guste y veamos si podemos encontrar alguno que nos guste a los dos.

—Queremos una piedra que sea una inversión, por eso vinimos aquí —dijo Colin, mirando el anillo que había señalado Jessica.

—Me gusta ése —declaró la mujer, señalando un diamante con un inusual y bonito color dorado.

—Una buena elección —concedió Jessica—. Está diseñado por Dani Hammond, una nueva diseñadora. La gente matará para conseguir sus diseños después de la exposición que se celebrará a finales de mes.

—¿Quiere eso decir que su precio aumentará?

—¡Oh, Colin! —exclamó la joven, dándole un golpe en el brazo a su pareja y riéndose—. Perdónelo, es el típico contable. Pero yo no voy a vender el anillo, así que eso no importa.

—Petra, el diamante no es tan grande y el tamaño de las piedras preciosas sí que importa.

—Los quilates no son lo único a tener en cuenta —terció Ryan—. Hay otros aspectos importantes.

—¿Cómo qué? —preguntó Colin, obviamente satisfecho de tener otra perspectiva masculina.

—Como la forma en la que lo hayan pulido. Dani Hammond es una diseñadora excepcional. Esta gema tiene un diseño único: está pulida de dos formas diferentes y refleja la luz intensamente.

—Es diferente —dijo Petra—. Eso es lo que me encanta del anillo.

—¿Y qué más? —le preguntó entonces Colin a Ryan, claramente no convencido.

– La claridad. Y el color. Esa piedra es de Janderra, una mina que está en una zona del interior y que es famosa por los tenues colores de sus piedras. La intensidad del color de ese diamante es extraña y siempre será muypreciado.

El contable comenzó a parecer un poco más interesado.

– ¿Es ése el que realmente quieres, cariño?

Petra asintió con la cabeza enérgicamente.

– Es precioso.

– Lo vas a llevar puesto cada día de tu vida, así que es importante que te encante.

– Lo que es importante es que yo te amo y que tú me amas a mí – contestó ella.

Capítulo 7

Ryan no pudo evitar darse cuenta de la meditabunda expresión que esbozó Jessica al observar cómo se marchaba la pareja.

A pesar de la aparente felicidad ante el acuerdo que ellos dos habían hecho en el pasado y de que había negado querer casarse con él, se preguntó si ella deseaba llevar un anillo de compromiso en la mano izquierda... al igual que Petra en aquel momento.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó.

—Momentos como éste son los mejores de mi trabajo. Dos personas lo suficientemente valientes como para intentar vivir juntos que vienen a Blackstone Diamonds en busca de un símbolo permanente de su amor.

—Jessica...

Ella le sonrió, pero sus ojos reflejaban cautela.

—¿Sí?

—Acerca de anoche...

—Anoche fue una excepción. Sólo una noche, Ryan. Eso fue lo que decidimos —contestó Jessica, dándose la vuelta y cerrando con llave el mostrador.

Estaba claro que no quería hablar de la experiencia que habían compartido la noche anterior, experiencia que para él había sido increíble. Contuvo la decepción que se apoderó de él.

—Lo sé. Pero he estado pensando...

—Ryan, ¿qué estás haciendo aquí?

El silencio la maldición que le vino a la mente al oír la sorprendida voz de su hermana.

—Pensaba que Garth, el tío Vincent y tú ibais a ir a Janderra hoy mismo, ¿no es así? —dijo Kim.

—Hemos pospuesto el viaje porque falta muy poco para la exposición —contestó Ryan.

Kim miró a su hermano. Entonces miró a Jessica.

—Entiendo —comentó.

Ryan frunció el ceño con la intención de que su hermana no tomara conclusiones equivocadas.

—Me temo que Holly no puede reunirse con nosotros para comer —le dijo Kimberley a Jessica—. Pero tomaré notas de todo lo que necesite saber.

—¿Vais a tener una comida de negocios? —preguntó Ryan.

Kimberley asintió con la cabeza.

— En Flavio's, que está al otro lado de la calle. Tenemos que repasar los detalles finales de la exposición de joyas antes de vernos el lunes por la mañana con el coordinador del evento.

— He oído hablar de esa reunión — dijo Ryan —. Yo tengo que asistir.

— Te advierto una cosa — Kimberley le dirigió a su hermano una perversa sonrisa —: si asistes a la reunión del lunes, yo pasaré más tiempo hablándole al coordinador de la ceremonia que Ric y yo vamos a celebrar para renovar nuestros votos.

Ryan suspiró exageradamente.

— Lo mejor que he podido hacer ha sido mudarme aquí abajo. Las oficinas centrales estaban comenzando a parecer una despedida de soltera. Ahora, permitidme que tome mi chaqueta y que os acompañe a comer. Creo que debería estar allí ya que vais a hablar de la exposición.

Kimberley frunció el ceño y miró a su hermano taimadamente. Pero Ryan se dio cuenta enseguida de que Jessica no parecía tan divertida.

Flavio's era un restaurante elegante y moderno. Cuando el camarero se acercó a la mesa donde estaban sentados, Jessica pidió *linguine* Alfredo. Los mareos matutinos ya habían pasado y ella había desarrollado el apetito de un luchador de sumo.

Mientras Ryan analizaba la carta de vinos, Jessica pidió un refresco y le dio gracias al cielo por no beber alcohol con frecuencia, ya que él no sospecharía de su abstinencia.

— Y una botella de Saxon sauvignon blanco, por favor — dijo Ryan. Una vez que el camarero se hubo retirado, se dirigió a su hermana —. Me han dicho que ese vino sabe a pomelo con un leve toque de melón... y a verano.

— Parece que te lo dijo un experto en relaciones públicas — comentó Kimberley, riéndose —. ¿Te lo dijo Megan?

Ryan asintió con la cabeza.

— Es prima nuestra — le explicó a Jessica —. Pero los Saxon nunca se inclinaron por el negocio de las gemas. Producen vino.

— La pobre Megan es la hermana pequeña de tres hermanos — terció Kimberley.

Jessica recordó que había oído que Kimberley nunca podría tener hijos. Era muy triste. Se tocó el vientre y pensó que quizá no tuviera el amor de Ryan, pero que había sido muy afortunada al ser bendecida con un bebé. Entonces se percató de que él la estaba mirando.

Se apresuró a sacar la lista de cosas sobre las que quería discutir y comenzó a hablar. La siguiente media hora transcurrió muy rápido. Trataron el tema de las modelos, de los estilistas y de las joyas. Los interrumpió el teléfono móvil de Ryan.

Él lo agarró y miró quién lo llamaba.

– Número oculto. Me dan ganas de no contestar.

– ¡Vamos, ya sabes que no te puedes resistir! – se burló Kimberley –. Contesta, nosotras te perdonamos.

Ryan se disculpó con ellas y contestó a la llamada. Las respuestas que dio fueron cortas y poco comunicativas.

– No estoy dispuesto a comentar nada hasta que nos veamos – dijo.

Entonces terminó la llamada. La expresión de sus ojos reflejaba preocupación.

– Nunca termina – comentó, sentándose de nuevo a la mesa –. Era un tal Tom Macnamara.

– Si era un periodista, deberías habérmelo pasado a mí y no haber quedado tú directamente con él – lo reprendió Kimberley.

– No es periodista. Es investigador privado... de Investigaciones Macnamara.

– ¿Qué es lo que quiere? – preguntó Kimberley, impresionada.

– Dinero, ¿qué si no? – contestó Ryan.

– Oh, no. ¡Otro escándalo no! – exclamó Kim, palideciendo –. No sé cuánto más vamos a poder soportar, la repercusión que tendrá sobre las acciones...

– Espera – dijo Ryan, levantando una mano –. Debería haber aclarado que no nos está sobornando ni amenazando con ir a los periódicos con ninguna información. Lo que quiere es que se le pague una factura que dice que le debemos.

– ¿Qué factura? – preguntó Kim –. ¿Y quién le ha retenido el pago?

Jessica sintió un nudo en el estómago ante el silencio que se creó.

– Parece ser que fue nuestro padre – contestó Ryan –. Lo contrató para encontrar a James...

– No es el primero – dijo Kimberley, agitando una mano.

– Pero dice que tiene una pista – Ryan dejó de hablar cuando el camarero les llevó sus cafés –. Quiere verse con nosotros, pero primero tenemos que pagarle lo que dice que se le debe. Aparentemente le mandó la factura a Ian Van Dyke, el abogado que falleció en el accidente.

– Oh – murmuró Kim –. Desde luego. Le pagaremos. Pero primero queremos oír lo que tenga que decir.

– ¡Exactamente! – concedió Ryan –. Me he ofrecido para verme con él mañana. Ha dicho que no está en la ciudad, pero que regresará en un par de semanas. Si es un fraude, lo desenmascaremos.

– Pero ¿y si dice la verdad? – dijo su hermana –. ¿Y si James está vivo?

Jessica miró a ambos hermanos.

– Nos ocuparemos de ese asunto si ocurre – contestó Ryan, tenso.

– Debes saber que Ric me dijo esta mañana que se rumorea que Matt Hammond ha ido a Alice Springs.

—¡Demonios! —Ryan dio un puñetazo a la mesa—. Eso es lo último que necesitamos.

—¿Qué quieres decir? —terció entonces Jessica, sobresaltada.

Ambos hermanos se quedaron mirándola con la impresión reflejada en la cara.

—Lo siento —se disculpó Ryan—. Me olvido de que no todo el mundo conoce la dinámica de la bastante complicada familia Blackstone. Vincent vive en Coober Pedy, pero ahora mismo está en Alice Springs. Si Matt ha viajado a Alice, ello significa que está detrás de las acciones de Vincent.

—¡Oh! —exclamó Jessica—. ¿Vendería sus acciones tu tío?

—Ésa es la pregunta del millón. Bajo circunstancias normales, probablemente no —contestó Ryan, encogiéndose de hombros—. Pero han ocurrido ciertos problemas y mi tío ya no es tan joven, por lo que quizá esté dispuesto a vender.

—Los primos no se lo permitirán —aseguró Kimberley con firmeza.

—Ésa es la única esperanza que tenemos —contestó Ryan.

—¿Qué ocurrirá si Matt compra esas acciones? —preguntó Jessica.

—Matt ya tiene el diez por ciento de las acciones que le compró al tío William... —respondió Kim.

—Pero con las acciones de Vincent, Matt tendría una posición peligrosa. Con sólo unas pocas acciones más estaría en una posición tan fuerte que podría intentar una toma de poder sobre Blackstone Diamonds. Tenemos que hacerle una oferta a Vincent.

—Con la fortuna de papá congelada hasta que se legalice el testamento será difícil detener a Matt —dijo Kimberley, que parecía preocupada—. Conllevaría una gran cantidad de dinero... más de lo que podemos gastar ahora mismo para comprar acciones. Tenemos que mantener reservas para dirigir el negocio.

—Tú podrías pedir un préstamo —sugirió Jessica cautelosamente.

—¿No supondría eso una contravención?

—No —interrumpió Ryan a su hermana—. Es una idea estupenda, Jess —añadió, sonriendo—. Pero tendría que ser un préstamo que pidiéramos a un banco, no a la propia compañía. Tenemos suficientes activos para asegurar los fondos. Yo tengo acciones, mi ático... y está la casa que poseéis Ric y tú.

—Tendré que discutirlo con Ric. La casa es... —comenzó a decir Kim.

—Tenemos que detener a Matt antes de que destruya Blackstone Diamonds —la interrumpió Ryan—. Incluso podríamos pedir un préstamo por Miramare.

—¿Miramare? —repitió Kimberley con los ojos como platos.

—La primera vez que vi la mansión fue tras el funeral. Antes sólo la había visto en fotografías —terció Jessica.

—Vale millones —explicó Kim.

—Siempre y cuando el albacea testamentario esté preparado a autorizar el préstamo, no será muy difícil —Ryan puso su taza de café sobre la mesa y se echó hacia atrás—. Garth no tendrá ningún problema. Con todos los demás activos que tenemos, no tendríamos que utilizar los fondos. Sólo queremos asegurarnos de tener ese crédito extra... por si lo necesitamos para pelear contra Matt Hammond. Hablaré con el banco.

—No hay ninguna fotografía que pueda hacerle justicia a Miramare —anunció Ryan el lunes por la mañana al llegar con su BMW M6 a la glamurosa mansión de estilo italiano—. O Pemberley, como a veces mi madre solía llamar a este lugar. A modo de broma, creo.

Jessica salió del coche y miró a su alrededor.

Ryan había llegado a la joyería hacía una hora, tras haberse reunido con el coordinador de la exposición de joyas, y se la había llevado a hacer una visita a Miramare... todo por el comentario que había hecho ella el viernes mientras comían de que no había visto Miramare antes del funeral.

Él la había telefoneado durante el fin de semana para ofrecerle una visita a la mansión. Ella se había negado y Ryan, en vez de darse por vencido, la había invitado a ir el lunes con el tasador. Movida por la curiosidad de ver la casa donde había crecido él, Jessica había aceptado.

Sin la multitud de personas que habían asistido al funeral, la mansión le pareció mucho más grande. Detrás de la casa había un impresionante mirador desde el que se divisaba la bahía de Sidney. Los jardines que rodeaban la casa estaban impecablemente cuidados...

—Ya era hora de que vinieras a visitar, Ryan —dijo la mujer que les abrió la puerta.

—Jessica, ésta es Marcie, la persona más indispensable de toda la casa —la presentó él.

—Encantada de conocerte, Jessica. Soy el ama de llaves —dijo Marcie.

El hall de entrada de la casa tenía unos grandes ventanales que dejaban pasar mucha luz. Jessica parpadeó y vio la impresionante escalera que llevaba al piso de arriba.

—¿Está Sonya en casa? —preguntó Ryan.

—Había quedado con una amiga para comer —contestó Marcie, dándose la vuelta.

—No te preocupes, nosotros tenemos una cita —dijo él, sonriendo a la mujer—. No necesitamos una anfitriona. Pero... ¿puedo pedirte que prepares té y que lo lleves a la galería?

–Haré algo mejor –contestó Marcie–. También llevaré esos bollitos calientes untados en mantequilla que tanto te gustan.

–Ven –le dijo entonces Ryan a Jessica–. Te enseñaré la casa rápidamente y después iremos a sentarnos fuera para tomar el té y comernos los bollitos. Las vistas son maravillosas desde la galería y así podremos aprovechar el sol hasta que llegue el tasador.

Entonces le enseñó la casa; todo sobre Miramare era impresionante, precioso.

–Creo que el té ya está preparado –dijo finalmente Ryan, guiándola hacia el salón.

Al salir a la galería por las puertas francesas del salón, Jessica se quedó sin aliento ante las maravillosas vistas que tenían delante.

–¡Caramba! Desde aquí incluso puedes ver el puente de la bahía de Sidney. ¿Quién dijiste que había heredado este lugar?

–James, como hijo mayor –contestó Ryan con cierta burla.

–Pero James está muerto y eso te convierte a ti en el hijo mayor –comentó ella, sintiendo compasión por Ryan.

Se acercaron a una mesa blanca con varias sillas a juego y él separó una para que Jessica se sentara.

–Quizá yo todavía herede Miramare como hijo mayor cuando James no aparezca antes de agosto.

–Pero tú eres el que has estado todos estos años trabajando para tu padre –comentó ella, sentándose en la silla.

–Él nunca me perdonó por haberme marchado a Sudáfrica cuando metió a Ric en la empresa –contestó Ryan, sentándose en una silla al lado de ella.

–Tu padre fue demasiado duro con sus hijos. Por lo menos tú no repetirás los mismos errores con los tuyos –comentó Jessica, esbozando una irónica sonrisa.

–Oh, no –dijo él, levantando las manos–. Yo no quiero hijos.

–Ya lo sé... me lo dijiste. Ni gatos, ni hijos, ni prensa. Ni anillos de compromiso.

–Lo recuerdas.

–¿Cómo iba a olvidarlo? Pero si heredas Miramare, tendrás que replanteártelo –le aseguró ella–. Necesitarás una esposa.

–¿Por qué necesitaría una esposa? –quiso saber Ryan, dirigiéndole una extraña mirada.

–Bueno, tendrías una mansión, no un ático, y estarías en posesión de una fortuna. Así que querrías una esposa.

–Yo no soy ningún héroe como los de Jane Austen –contestó él, levantando una ceja.

– No, no eres de los tipos que se casan.

– Tú siempre supiste lo que había, Jess.

– Cierto. Y después de ver esta casa, si sospechara que es parte de un acuerdo de matrimonio, seguramente lo que conseguiría sería asustarme.

– Hace algún tiempo habría preferido que el investigador encargado del caso hubiera encontrado a James antes de tener que contemplar la idea del matrimonio.

Jessica apartó la mirada, dolida al percatarse de que la idea de casarse con ella lo repugnaba tanto. Afortunadamente, en ese momento apareció Marcie con el té y los bollitos.

– ¿Lo sirves tú? – preguntó Ryan una vez el ama de llaves se hubo marchado.

– Claro – contestó Jessica, sirviendo dos tazas con té y leche. Entonces le acercó una a Ryan.

Él agarró un bollito y le dio un mordisco.

– Me puedo imaginar el dolor que le causó a tu familia las llamadas telefónicas de impostores que decían saber algo sobre tu hermano.

– Mi padre seguía cada pista. Incluso las que le daban aquellos falsos parapsicólogos diciendo que habían hablado con James y que les había dado mensajes para mi madre. En todos los demás aspectos de su vida mi padre mantenía el control... salvo cuando se trataba de James.

La obsesión de Howard debía de haber hecho difícil la vida de Ryan y Kimberley. No le extrañaba que Ryan pensara que nunca podría estar al nivel de su hermano.

– Debí de haber sido terrible para tu madre que le dieran esperanzas con cada llamada telefónica y que luego se llevara una decepción.

– Mi madre quería dejar zanjado el asunto. Fue ella quien quiso poner una placa en el cementerio, cerca de la tumba de mi abuelo, en recuerdo de James. Pero mi padre sólo le permitió poner la fecha de nacimiento, no la de defunción. Por si James todavía estaba vivo – explicó Ryan, esbozando una mueca –. Pero por lo menos mi padre tenía algo que conseguir: crear Blackstone Diamonds... y encontrar a James. Mi madre no tenía nada... aparte de la visita que hacía todos los domingos por la tarde al cementerio para cuidar de los rosales que había plantado alrededor de la placa. Al final dejó de tener esperanza.

– Pero tenía dos hijos más – señaló Jessica con delicadeza.

– Ella se ahogó a propósito.

Jessica no pudo evitar mirar la piscina que había bajo la galería.

– No, no ocurrió aquí, sino en la casa de la playa de Byron Bay.

– ¿Estabais de vacaciones cuando tu madre se ahogó?

– Teníamos tres semanas de vacaciones... Kimberley, nuestra madre y yo. La tía Sonya también estaba allí... creo que embarazada de Dani.

— ¿Dónde estaba Howard? — quiso saber Jessica, dándole un sorbo a su té.

— Trabajando.

— Oh — contestó ella, pensando que era muy típico de él.

— Tenía planeado llegar el día antes del cumpleaños de mi madre.

— ¿Tu madre se ahogó el día de su cumpleaños? — no pudo evitar preguntar Jessica, que nunca antes había oído a Ryan hablar de su progenitora.

— No, dos semanas antes. Así que papá tuvo que venir antes de todas maneras.

— ¿Cómo...?

— ¿Cómo? Mi madre solía ir a nadar al mar todos los días por la mañana. Un amanecer anduvo hacia el agua y jamás regresó. Al principio pensamos que había ido a nadar y que se había ahogado por error, pero la tía Sonya encontró la nota. Aunque a mi padre le gustaba fingir que había sido un horrible accidente.

Pero los periódicos no le habían permitido a Howard seguir con aquella fantasía.

— No, no — dijo Jessica, horrorizada al pensar que él pudiera creer que ella quería saber todos los detalles morbosos—. Lo que te iba a preguntar era cómo lo habías superado.

— Yo tenía tres años, así que no me acuerdo de ello en absoluto. Es algo más parecido a una sensación de vacío. A veces huelo u oigo algo que me trae a la memoria cosas de las que apenas puedo acordarme.

— ¡Qué triste!

— Kimberley tenía cuatro años cuando murió nuestra madre y recuerda más cosas de ella.

— Ryan —lo interrumpió el ama de llaves—. Las personas que vienen a verte acaban de llegar.

— ¿Personas? Pensaba que sólo iba a venir un tasador —contestó él, levantándose. Entonces se dirigió a Jessica—. Quédate aquí y disfruta del sol. No has tocado tu bollito y Marcie te va a regañar si no te lo comes. No tardaré mucho.

Allí sentada bajo el sol, Jessica se sintió muy culpable al pensar en el niño que crecía en su vientre. Pero no podía decirle a Ryan que iba a ser padre.

Cuando él regresó, ella se sentía adormilada debido al sol. Se había comido no uno, sino dos de los deliciosos bollitos de Marcie y temía el momento en el que se tuviera que subir a la báscula al día siguiente. Estaba subiendo mucho de peso.

— El tasador ha traído consigo a un banquero que piensa que quizá el banco no concederá el préstamo a no ser que James vuelva a la vida y lo consienta —explicó él, frunciendo el ceño—. O podemos esperar hasta agosto, cuando expira la cláusula testamentaria.

— ¿Qué importancia tiene conseguir el préstamo? — preguntó Jessica.

— Ric y yo simplemente estamos teniendo cuidado en caso de que necesitemos fondos para luchar contra Matt si éste intenta una toma de poder. Tenemos la seguridad de la propiedad de Byron Bay, así como mi ático y la nueva casa de Kim y Ric.

— ¿Cuándo irás a Byron Bay? — quiso saber Jess, preocupada al pensar que él regresara a aquella casa que seguramente guardaba recuerdos tan dolorosos de su madre.

— Creo que el miércoles. Lo más probable es que vaya y vuelva en el mismo día.

Iba a estar solo. A Jessica se le derritió el corazón al pensar en él enfrentándose a los fantasmales recuerdos que merodearían en la casa de la playa.

— Yo podría tomarme un día libre — dijo — . Si mi jefe me lo permite, claro está. ¿Te gustaría que fuera contigo y que te hiciera compañía?

— Por supuesto. Y no te preocupes por tomarte ningún día libre. Trabajas muy duro. Pasaré a buscarte a media mañana.

Capítulo 8

Jessica estaba esperando a Ryan el miércoles por la mañana cuando Kimberley Perrini entró en la sala de exposiciones y realizó un pequeño baile, exultante de alegría.

— ¡Jarrod Hammond va a asistir al evento!

Faltaban menos de tres días para la gran exposición y Jessica se dio cuenta de la importancia de la asistencia del hermano de Matt... y de la euforia de Kim.

— ¿Quiere eso decir que Matt también va a asistir?

— ¿Quién sabe? — contestó Kimberley —. No ha contestado a la invitación que le pedí a Holly que le enviara y a mí no me habla.

— Así que seguramente no asista.

— No me gusta estar enfrentada con Matt. No sólo fue estupendo trabajar con él, sino que además fue un amigo magnífico.

— Entonces necesito que me des consejos — dijo Jessica.

— ¿Sobre qué? ¿Sobre cómo mantener a tu jefe como amigo? Creo que yo no lo he hecho muy bien en ese aspecto — contestó Kim, poniéndole una mano en el brazo a Jess—. Mi hermano es un hombre duro, de pocas palabras, pero estoy completamente segura de que tú significas mucho para él.

— No lo suficiente — comentó Jessica, suspirando.

— Jessica... — comenzó a decir Kimberley, echándose hacia delante — sé que mi hermano puede ser... — entonces hizo una pausa — reservado, pero ha pasado por mucho durante los últimos meses. La desaparición de nuestro padre, la recuperación de su cuerpo... Tuvo que identificar sus restos. Eso tuvo que ser un infierno. Y hace muy poco lo hemos enterrado, el mismo día que se hizo público que nuestro padre le había dejado una fortuna a Marise. Todo ello ha afectado mucho a Ryan, dale tiempo.

Pero Jessica pensó en el bebé, en que pronto comenzaría a notársele el embarazo...

— Precisamente tiempo es lo que no tengo.

Cuando Ryan fue a buscarla para dirigirse juntos a Byron Bay, trató de encontrar en su cara signos de tensión y no se molestó al mostrarse él a veces un poco distraído.

Un coche los esperaba en el aeropuerto y tardaron menos de treinta minutos en llegar al centro de la ciudad.

La casa de la playa era una hermosa construcción histórica de cinco habitaciones rodeada de un precioso jardín tropical dominado por palmeras.

– Es muy bonita.

– He venido mucho a esta casa – comentó Ryan –. Mi padre solía pasar aquí la mayor parte de sus vacaciones. Eran los únicos momentos en los que él y yo estábamos solos. Kimberley nunca viene... los recuerdos son demasiado malos. Ni siquiera se baña.

Jessica vio reflejado el dolor en los ojos de Ryan, pero enseguida desapareció.

– Vamos a entrar. El tasador llegará en cualquier momento.

El tasador ya estaba tomando notas del exterior de la casa y Jessica entró en la vivienda para darle así a Ryan la oportunidad de hablar a solas con el hombre. Se dirigió al salón, desde cuyas ventanas había unas impresionantes vistas del mar, las cuales admiró durante un rato.

– Hay bastantes delfines que viven en Byron Bay – dijo repentinamente Ryan detrás de ella –. Y en invierno las ballenas vienen de visita. La bahía está repleta de rayas venenosas – añadió, abrazándola y apoyando la barbilla en su hombro.

Jessica oyó cómo el motor de un coche se encendía y cómo el tasador se marchaba.

– Tus vacaciones eran muy diferentes a las mías, aunque nosotros también íbamos a la playa. Cuando era pequeña, solíamos ir de acampada todas las Navidades. Y más o menos cuando yo tenía siete años mis padres compraron una caravana de segunda mano y la utilizábamos cada vez que teníamos vacaciones. Los tres juntos – comentó, apoyándose en él y disfrutando de su masculino aroma. Lo miró y esbozó una nostálgica sonrisa –. Aquélla era nuestra casa de la playa... la caravana. Pero aun así, allí fue donde pasé algunos de los momentos más felices de mi vida.

– ¿Qué ocurrió para cambiar aquello?

– Cuando yo tenía diez años mi padre sufrió un accidente laboral – respondió Jessica, bajando la mirada.

– En el funeral no pude evitar preguntarme por qué iba en silla de ruedas. Pero no quise curiosear. Debes de ponerte enferma con las preguntas que seguramente te hace la gente.

– No me importa. Estoy muy orgullosa de mi padre – aseguró ella –. Irónicamente, después de su accidente las cosas mejoraron económicamente y solíamos alquilar un apartamento para las vacaciones, uno que tenía rampas para sillas de ruedas.

– Por lo menos tus padres tenían seguro.

Jessica no lo contradijo; era mejor para Ryan que creyera aquello. Se apartó de él y dio un paso atrás.

– Yo fui a un internado y echaba muchísimo de menos mi casa, a mi madre, a mi padre.

– ¿A qué internado fuiste?

– Al Pymble Ladies' College.

– Ése fue el colegio al que fue Kimberley – dijo Ryan, impresionado.

– Lo sé – contestó Jessica, que se dijo a sí misma que él debía de estar preguntándose cómo un mecánico podía pagar un colegio tan caro... incluso con la indemnización de una compañía aseguradora—. Ella estaba en el último curso cuando yo llegué.

– Aunque no es algo que normalmente admita, mi hermana es una persona muy especial – comentó él, sonriendo. Pero entonces se puso serio—. ¿De qué hemos hablado durante los últimos dos años? ¿Qué más cosas hay que no sepa de ti? No creo que sea sólo yo el que habla poco. No fui sólo yo el que evitó las confidencias en nuestra relación, ¿no es así?

Ella tuvo que reconocer que aquello era cierto; ambos habían evitado hacer confidencias sobre su vida. Había sido muy conveniente echarle las culpas de todo a él, pero ella misma había tenido mucho cuidado en esconder su privacidad, los detalles más íntimos de su vida.

Cuando Ryan sugirió que fueran a ver el faro, aceptó encantada. Estaban demasiado solos en aquella casa y tenía que pensar antes de compartir con él todos sus secretos.

Fueron en coche hasta el faro, donde estuvieron un rato hasta que, una hora después, bajaron del cabo donde estaba enclavado y Ryan sacó una cesta de picnic.

– Piensas en todo – dijo Jessica.

Se sentaron sobre la soleada hierba que había bajo el faro y pudieron contemplar toda la bahía.

Cuando terminaron de comerse los sándwiches de salmón ahumado y las galletas que había llevado él, Jessica quiso saber algo.

– ¿Qué ocurrirá con la casa de la playa ahora que tu padre ya no está? – preguntó.

– Según el testamento, pasa a ser propiedad mía – contestó Ryan—. La venderé en cuanto pueda.

– ¿Tú no la venderías? – quiso saber él.

– No lo sé. Puedo comprender los terribles recuerdos que alberga, pero también es el lugar en el que tu madre pasaba tiempo con tu hermana y contigo, donde tú pasaste tiempo con tu padre. Quizá deberías esperar antes de vender.

Entonces se creó un tenso silencio.

– Tal vez lo haga, a no ser que necesitemos conseguir fondos apresuradamente para defendernos de Matt – dijo por fin Ryan.

– ¿No crees que los Blackstone y los Hammond deberíais tratar de terminar con esta enemistad antes de que cause más daño? – preguntó Jessica, mirándolo a la cara.

—A mí me gustaría terminarla... siempre y cuando Matt Hammond se arrepienta y no compre nuestras existencias... y su padre se disculpe por haber robado Blackstone Rose. Es Matt Hammond quien tiene que dar el primer paso.

Jessica recordó una y otra vez durante la noche lo que le había dicho Ryan: Matt Hammond tenía que dar el primer paso.

A la mañana siguiente, al entrar en su despacho en la tienda Blackstone, agarró el teléfono antes de acobardarse. Ryan apreciaría lo que ella estaba a punto de hacer...

—Matt Hammond, por favor.

Si Matt acudía a la exposición sería un primer paso para terminar con la enemistad y quizá Ryan dejara de ser tan intransigente con sus exigencias de lo que era necesario para solucionar la situación... sobre todo si Kim podía convencerlo.

Casi se desmayó debido al alivio que sintió cuando le informaron de que Matt estaba reunido.

Tratando de mantener la calma, dejó un mensaje pidiendo que por favor la telefonara cuando pudiera. Pero al colgar el teléfono comenzó a temblar y se dio cuenta de que en realidad a Ryan no le gustaría su interferencia.

Entonces agarró el folleto de la exposición y vio el trabajo de los diseñadores que trabajaban para Blackstone Diamonds. Recordó las brillantes perlas que Matt conseguía y pensó que Xander Safin sería la persona perfecta para hacer cobrar vida la idea que le estaba rondando por la cabeza.

La mañana pasó muy rápido. Ella estaba hablando con su madre por teléfono cuando Ryan entró en su despacho y se sentó a horcajadas en la silla que había delante del escritorio. Entonces le sonrió.

Fue una sonrisa llena de encanto y afecto que provocó que a ella se le acelerara el corazón. Entonces terminó la conversación con su madre, pero antes de que pudiera saludarlo el timbre del teléfono de su despacho requirió una respuesta.

—¿Señora Cotter? —dijo una profunda voz con un leve acento.

—¿Puedo devolverle la llamada dentro de un rato? —preguntó ella, dirigiéndole a Ryan una cauta mirada.

—Me temo que voy a estar fuera durante todo el día de hoy y también mañana, así que no podríamos hablar hasta dentro de un par de días.

Jessica contuvo las ganas de decir una palabrota. De todas las horas del día, ¿por qué tenía que haber elegido Matt Hammond precisamente aquel momento para telefonar?

—Tengo una propuesta que hacerle. He oído que cultiva unas perlas increíbles.

—Eso me gustaría pensar —contestó Matt Hammond con cierto toque de humor.

Jessica pensó que quizá aquello no fuera a ser tan difícil como había pensado.

—Me gustaría ser honesta con usted. He estado buscando mucho para encontrar la clase de perlas que necesita Blackstone Diamonds —dijo, sintiendo una cierta tensión al otro lado de la línea. Pero se dijo a sí misma que quizá estuviera siendo demasiado susceptible—. Me gustaría utilizar las perlas de la casa Hammond para unos diseños que Xander Safin va a realizar para la colección de verano del próximo año.

—Supongo que esos diseños los venderán las tiendas Blackstone, ¿no es así?

—Sí, como parte de la nueva colección que se exhibirá el año que viene.

—¿Está al corriente la dirección de su decisión, señora Cotter?

Jessica miró a Ryan, que estaba agitando la cabeza e indicándole con señas que quería que terminara la llamada telefónica. No había duda de que sabía quién estaba al otro lado de la línea telefónica.

—No.

—Quizá primero debiera discutirlo con los directores, ya que tal vez encuentre que lo que propone no es aceptado.

—Primero tenía que saber que estaría dispuesto a suministrar existencias a Blackstone Diamonds. Esperaba que pudiéramos hablar más sobre el tema en la exposición —contestó Jessica, sintiendo el pulso acelerado—. Asistiré a la exposición, ¿no es así?

—No, no asistiré —respondió Matt Hammond tajantemente.

—Pero su hermano sí que va a asistir —se apresuró a decir ella.

Entonces volvió a mirar a Ryan, que estaba esbozando una sombría expresión. Pero no se dejó intimidar por aquello y se dijo a sí misma que estaba actuando por el propio bien de él, que algún día se lo agradecería.

—¿Jarrod? —preguntó Matt con una leve incertidumbre—. ¿Jarrod va a asistir?

—Sí, se puso en contacto con Kim para que le enviara una invitación —contestó Jessica, que no se atrevió a mirar a Ryan.

—Eso es asunto suyo —dijo Matt—. Y... ¿señora Cotter?

—¿Sí? —respondió ella. Tuvo la sensación de que no le iba a gustar lo que iba a decir él.

—No pasará mucho tiempo hasta que todas las perlas que utilice Blackstone Diamonds provengan de la casa Hammond.

Tras colgar el teléfono después de haber oído aquella amenaza, Jessica se percató de que le temblaban las manos. No sabía cuál de los dos hombres era más orgulloso, si Matt o Ryan.

—Era Matt Hammond, ¿verdad? ¿Lo has telefoneado tú primero? —preguntó Ryan, levantándose y poniéndose al lado de ella.

– ¿Importa eso? No va a suministrarnos las perlas que necesitó para la próxima temporada, y tampoco va a asistir a la exposición – contestó Jessica.

– Si yo no hubiera estado aquí sentado cuando recibiste la llamada, ¿me habrías dicho que te habías puesto en contacto con él?

– ¿Para qué? Él se ha negado – dijo ella, invadida por una sensación de fracaso.

– Me habrías mentido al ocultarme la verdad... como ya has hecho antes.

– ¿Cuándo? – preguntó Jessica, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón.

– Nunca me dijiste que ibas a ir a Auckland en el avión de mi padre.

– Perdí el vuelo que me iba a llevar a Auckland y no vi la necesidad de hacértelo saber. Tú y yo no nos hablábamos, ¿recuerdas?

En aquella discusión Ryan le había dejado claras sus preferencias; en Navidades su familia era lo primero. Dos días antes de Año Nuevo ella había descubierto que estaba embarazada y su mundo se había vuelto del revés.

– No me gusta que guardes secretos, Jessica.

El bebé. Ella apartó la mirada y se sintió invadida por un sentimiento de culpa y arrepentimiento.

– Mírame – ordenó él –. Quiero comenzar de nuevo... sin ocultar nada.

– ¿Vas a convertirme en tu amante pública? – contestó ella con desagrado –. Creo que no, Ryan.

Despacio, él se acercó a Jessica, que lo miró fijamente a los ojos. Cuando posó los labios sobre los de ella, ésta abrió la boca y lo besó con una gran emoción e intensidad.

Confundido, Ryan se echó hacia atrás.

– ¿Me respondes así? Pero a la vez te niegas a ser mi amante, ¿qué es lo que quieres? – preguntó.

– Hace un par de meses un pequeño compromiso habría estado bien. Pero ahora no sé si eso es lo que realmente quieres o si estás actuando como crees que yo quiero que hagas.

– Quiero hacer pública nuestra relación – afirmó él.

– ¿Por qué el gran detractor ha muerto?

– Esto no tiene nada que ver con mi padre – respondió Ryan, enfadado –. Todos saben que estoy en contra de las relaciones sentimentales en el trabajo.

Jessica sabía que hacer pública su relación sería una enorme concesión por parte de Ryan. Pero ella quería más. No se conformaría con tener menos que su amor.

– Lo siento, Ryan. Eso ya no es suficiente.

– ¿Es por el matrimonio? Porque yo no quiero...

– Tranquilízate. Esto no trata sobre el matrimonio. Es sobre mí. Yo no quiero ser tu amante, ni tampoco quiero casarme contigo.

Por lo menos no mientras las cosas estuvieran de aquella manera entre ellos, no mientras él no la amara. Y desde luego que no mientras ella le estuviera mintiendo.

— Estoy embarazada, Ryan — confesó, respirando profundamente.

Él se quedó mirándola, claramente impresionado.

— Y, antes de que preguntes, sí, es hijo tuyo.

— No iba a discutir eso — dijo él, frunciendo el ceño —. Cuando descubriste...

— Y no, no voy a trabajar una vez nazca el bebé.

— Tampoco te lo he pedido — la interrumpió Ryan con la irritación reflejada en la cara.

— Por lo menos no durante un tiempo — continuó diciendo Jessica como si él no hubiera hablado —. Prepararé la exposición y después informaré de que me voy de la empresa. Vas a tener que encontrar a otra persona que dirija la tienda de Sidney. Yo renuncio.

— ¡No puedes marcharte! — le espetó él —. Te encanta la tienda.

— El bebé será lo primero. No podré realizar bien un trabajo como el mío y al mismo tiempo ser madre soltera. Quiero pasar tiempo con mi hijo.

En ese momento Jessica se dio cuenta de que era exactamente eso lo que quería; pasar tiempo con el bebé que Ryan y ella habían creado. Pero lo que no quería era pasar el resto de su vida con un hombre que no estaba nunca en casa.

— Ya lo tienes todo pensado — dijo él —. Lo tienes todo planeado — añadió, sin parecer muy entusiasmado —. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué lugar ocupo yo en todo esto?

Las dudas comenzaron a apoderarse de ella. Ryan nunca había querido tener hijos, por lo que no comprendió por qué estaba tan triste.

— Tú siempre serás el padre de mi hijo, Ryan. Podrás ir a visitarlo cuando quieras.

Ella había elegido su futuro, así como sus prioridades, que eran demasiado distintas a las de él. Dudaba que fuera a verlo con frecuencia una vez naciera el niño, pero sabía que Ryan pondría a todo un equipo de abogados a trabajar en el caso para que el bebé y ella recibieran el apoyo económico que necesitaran.

— Y no te preocupes; buscaré ayuda por mí misma. Siempre he ahorrado mucho dinero y eso me permitirá tomarme el tiempo que necesite antes de tener que volver a trabajar.

— Yo contribuiré... ¿Y qué ocurriría si quiero la custodia compartida?

Jessica se rió. No pudo evitarlo.

— ¡Oh, Ryan! En tu apretada agenda no hay tiempo ni para un gato. ¿De dónde sacarías tiempo para un bebé?

Ryan tragó saliva y se dirigió a la puerta. Dejó claro con sus prisas su desesperación por escapar.

– Esto me ha causado una gran impresión. Necesito tiempo para pensar.

Durante la mañana, aunque estaba extremadamente ocupada, Jessica no pudo dejar de pensar en la reacción de Ryan ante su anuncio de que estaba embarazada.

Había esperado que él se sintiera atrapado, ya que nunca había querido una familia. Ya tenía suficiente con sus obligaciones respecto a la empresa y a su propia familia. Había esperado que se hubiera quedado muy impresionado. Pero lo que no se había esperado había sido el aparente deseo de él de estar involucrado en la vida del bebé más allá de un apoyo financiero. El comentario que había hecho sobre la custodia compartida la había dejado extremadamente impresionada.

Pero teniendo la exposición tan cerca, apenas tenía tiempo para respirar y mucho menos para pensar en acuerdos sobre custodia. Tenía que arreglar los últimos detalles y habló frecuentemente por teléfono con Kimberley, con Holly, con los encargados del servicio de comida y de la seguridad del evento, así como con los propios diseñadores.

Un par de horas después, Kimberley estaba en una reunión y no podía responder llamadas telefónicas, por lo que Jessica tuvo que hablar por teléfono con Ryan. Acordó ir a Miramare para elegir algunos de los cuadros de Howard, cuadros que se iban a colgar en el vestíbulo para la exposición.

– Te veré en Miramare dentro de una hora – dijo Ryan sin mencionar el embarazo.

– No, no – lo último que quería ella era verlo de nuevo aquel mismo día. Necesitaba tiempo para pensar en su reacción –. Simplemente dile a Marcie que voy a ir.

– Yo estaré allí.

Entonces la llamada telefónica terminó.

Jessica se sintió invadida por un sentimiento de aprensión al aparcar el coche delante de la mansión de los Blackstone por segunda vez aquella semana. Tenía calor, estaba irritada y no se encontraba bien.

Y, por supuesto, Ryan tenía un aspecto estupendo. Estaba muy bien peinado y no tenía señales de sudor.

Se acercó a él y de nuevo se sintió impresionada ante la belleza de aquella casa. Entraron al salón principal, donde ella eligió dos cuadros de pintura moderna que irían muy bien con el espíritu de la exposición. Ryan prometió que se los mandaría.

En otro de los salones, un gran cuadro de la familia pintado al óleo dominaba una de las paredes. Jessica se detuvo para admirarlo. Una joven y muy guapa Úrsula, vestida de blanco, estaba arrodillada sobre la hierba debajo de un roble. A su lado, de pie, había un niño pequeño, tal vez James, que abrazaba un osito de peluche. También había un cochecito de bebé con una pequeña dentro vestida de rosa.

Howard estaba de pie detrás de la familia y en las praderas que los rodeaban había hermosos caballos. Era un cuadro que reflejaba una felicidad absoluta.

– Tú no estás ahí – comentó Jessica.

– Yo todavía no había nacido – contestó Ryan sin mirar el cuadro –. Mi madre estaba embarazada de mí en aquel momento.

Durante un momento, ella pensó que iba a decir algo sobre su propio embarazo, pero no fue así.

– Mira, ¿por qué no utilizas este cuadro de aquí para la exposición? – sugirió entonces él.

– Ahora voy a verlo – respondió Jessica. Pero no se movió. Su atención estaba centrada en Úrsula Blackstone.

Vio la pequeña tripa que se podía ver debajo del vestido, que en realidad la ocultaba muy inteligentemente.

– Tu madre parecía muy feliz.

– Ese cuadro se pintó antes de la... desaparición de James. Después de aquello ella se deprimió mucho y cuando yo nací las cosas empeoraron aún más.

– Algunas mujeres se sienten bajas de ánimo cuando dan a luz – dijo Jessica, que había leído sobre ello. De hecho, había leído todo lo que había podido sobre el embarazo y el parto.

– Su depresión provocó que se alejara de mi padre. Pero él estuvo siempre allí. Sólo después de que ella muriera comenzó a tener relaciones con otras mujeres.

– Tu padre nunca trajo aquí a sus amantes, ¿verdad?

– ¿Qué?

– Tu padre mantuvo sus relaciones sentimentales en el trabajo, separadas de su familia.

– Si te refieres a que tuvo relaciones con secretarías, sí, así fue, mantuvo sus relaciones en el trabajo – contestó Ryan, mirando a Jessica fijamente –. Aunque Marise no era estrictamente una secretaria...

– Hasta el funeral yo nunca había visitado Miramare; tú estabas siguiendo el patrón de conducta de tu padre. Jamás me habrías traído aquí mientras yo era tu amante.

– Jess...

– No querías que tu amante cruzara el umbral de la puerta.

– ¡Estás equivocada! El hecho de que tú fueras mi amante no era la razón por la que no quería hacer pública nuestra relación. Era porque no quería seguir los pasos de mi padre... que se acostaba con el personal. Es algo que siempre me ha consternado.

– ¿Se acostaba con el personal? – repitió ella.

—Dios, eso suena fatal. Me hace parecer un completo esnob. Y ésa no es la razón por la que estoy en contra de las relaciones en el trabajo. Crean problemas y son malas para la empresa.

—¿Entonces por qué tuviste una relación conmigo?

—Porque... —comenzó a decir Ryan—. Es demasiado difícil de explicar. Ni siquiera sé si yo mismo conozco la respuesta. Sólo sé que no fui capaz de resistirme a ti.

—Pero tienes unas ideas muy firmes sobre la clase de mujer con la que no te casarías. Una mujer como yo. Oí cómo le decías a tu hermana en el velatorio que no te casarías con una mujer como yo.

Ryan le agarró las manos.

—Jessica, he sido un estúpido arrogante. Tú vales más...

—¿Valgo mucho como miembro del personal de Blackstone Diamonds?

—Sí —contestó él—. Pero eso no es todo. Significas mucho para mí como...

—¿Cómo amante?

—¡Sí! —respondió Ryan, que pareció muy aliviado.

—Pero nunca como esposa.

Él no contestó y sus ojos reflejaron unas sombras que hicieron imposible comprender lo que estaba pensando. Suspirando, Jessica se dio la vuelta y se dirigió hacia las puertas francesas. Se quedó mirando distraídamente cómo el sol se reflejaba en el mar y cómo la bahía parecía más azul que nunca.

—Cuando me quedé con mis padres durante las vacaciones de Navidad, le dije a mi madre que me estaba viendo con alguien. Ella siempre ha querido que yo me casara. Finalmente, el día de Año Nuevo, le dije que eras tú.

La madre de Jessica había tenido sentimientos encontrados al respecto. Por una parte había estado emocionada, pero por otra había tenido miedo de que hicieran daño a su hija.

—¿Así que querías que te propusiera matrimonio para complacer a tu madre?

En ese momento Jessica deseó no haber comenzado nunca aquella conversación. Abrió la puerta y Ryan la siguió. Antes siquiera de darse cuenta, estaba al lado de la piscina.

—Mi madre dijo que un Blackstone jamás se casaría con alguien como yo. Y tenía razón.

—¿Qué le hizo pensar a tu madre que sabía cómo iba a reaccionar yo? —preguntó él, sacándose del bolsillo de su pantalón una cajita de terciopelo azul—. ¿Jessica...?

—¡No! —espetó ella, cerrando los ojos.

No comprendía cómo había ocurrido aquello. No deseaba que él le propusiera matrimonio en aquel momento. Era demasiado tarde. Nunca estaría segura de por qué se casaba con ella. No podía ser por amor.

—¿Por qué no?

—No puedo. Mi madre tiene razón. Tú... yo... No funcionaría —contestó Jessica, convencida de que él sólo estaba actuando por un impulso masculino debido al bebé.

—¿Ahora quién está siendo el esnob?

—No puedo —insistió ella, agitando la cabeza enérgicamente—. No quiero casarme con una copia de carbón de Howard Blackstone. Yo quiero un marido, una familia... no un megalómano obsesionado con construir un imperio sin pensar en a quiénes perjudica al hacerlo.

Ryan se acercó a ella, pero Jessica lo esquivó. Él se acercó aún más y, desesperada, ella lo empujó para mantenerlo alejado. No podría soportar sus besos, no en aquel momento.

—¡No te acerques!

Ryan cayó al agua, ya que no pudo mantener el equilibrio. Cuando salió de la piscina, el agua le chorreaba por todas partes. Se quitó la chaqueta y se acercó al borde de la piscina. Allí se desabrochó la camisa y se despojó de ella.

Jessica emitió un sonido ahogado y dirigió una furtiva mirada al desnudo torso. ¡Aquel hombre era guapísimo!

—¿Todavía tienes el anillo?

—¿Quieres volver a pensarlo?

—No, pero odiaría que lo perdieras —contestó ella. Pero pareció muy poco serio. Apartó la mirada del espléndido cuerpo de aquel hombre antes de decir algo más estúpido aún.

—Ni siquiera has visto lo que iba a ofrecerte.

—No puedo aceptarlo —insistió Jessica, pensando que debía salir de allí lo antes posible antes de dejarse llevar por sus alocados impulsos. Tocarlo. Casarse con él. Hacer lo que quisiera Ryan... aunque sabía que no era lo que él había planeado hacer con su vida.

Se casaría con ella por razones equivocadas.

—La cena estaba de rechupete, mamá. Gracias. Sally Cotter, que estaba metiendo los platos en el lavavajillas, se dio la vuelta y sonrió.

—¿De rechupete? Hacía años que no te oía utilizar esa expresión.

—¿Dónde puedo colocar esto? —preguntó Jessica, sujetando varios platos en la mano.

– Dámelos a mí, amor.

– Mamá... – comenzó a decir Jess—. Quería decirte que Ryan me ha pedido hoy que me case con él.

– ¡Oh, Jessica! Eso es mará...

– Le he dicho que no.

– ¿Le has dicho que no? ¿Pero por qué? – quiso saber Sally Cotter, confundida—. Es tu sueño hecho realidad.

– No, mamá. En realidad, es tu sueño hecho realidad.

Sorprendida, su madre dio un pequeño grito.

– Yo sólo quería el amor de Ryan – añadió Jessica—. Quería que él se sintiera orgulloso de proclamarlo al mundo y que no me mantuviera oculta como si yo fuera un sórdido secreto. Sin su amor, un anillo de compromiso, incluso con el mejor diamante Blackstone, no tiene valor.

– Pero tú lo amas, lo admitiste el día de Año Nuevo – comentó Sally, mirando a su hija.

– Si recuerdas, también te dije que todo era unilateral. Yo era la única que tenía aquellos sentimientos. E iba a volver para romper la relación.

– Pero no lo hiciste. Así que pensé...

– Porque sólo unas horas después el avión en el que viajaba el padre de Ryan desapareció.

– Quizá tu amor sea suficiente – insistió su madre, acercándose a ella.

– No, mamá. Nunca puede ser suficiente. Tú deberías saberlo.

Sally palideció y esbozó una mueca. Jessica se sintió muy mal y le acarició el brazo para reconfortarla.

– Lo siento. No debí haber dicho eso.

– ¿Qué no debías haber dicho el qué?

En ese momento oyeron el ruido de unas ruedas acercándose, señal de que Peter Cotter entraba a la cocina.

– Hola, papá – saludó Jessica.

– Voy a preparar té para todos – anunció su madre, apresurándose a entrar en la despensa.

– ¿Quieres helado de vainilla? – le preguntó Jessica a su padre, esbozando una forzada sonrisa.

– Quizá un poco más tarde – contestó Peter Cotter con una atenta mirada—. No le estarás haciendo pasar un mal rato a tu madre, ¿verdad, Jess?

– Le he contado que Ryan Blackstone me ha pedido que me case con él y que yo me he negado.

– Seguramente sea lo mejor.

– Tienes razón – concedió Jessica, que no comprendía por qué le dolía tanto aquello –. Pero, papá, desearía haber dicho que sí.

– Ven aquí – dijo su padre, tendiéndole los brazos.

Jessica aceptó complacida el abrazo de su padre y lo abrazó a su vez con torpeza. Olió el *aftershave* que su madre le compraba todas las Navidades... y humo de tabaco.

– Has estado fumando.

– Shh... no se lo digas a tu madre.

– Papá, no deberías tener secretos – lo reprendió Jessica en voz baja.

Todo el humor desapareció de la situación cuando vio la expresión de la cara de su padre.

– Buen consejo, Jessica. ¿Cuándo pretendes contarnos que estás embarazada?

– ¿Embarazada? – dijo ella, sintiendo cómo se quedaba pálida.

– Sí. Estás embarazada de Ryan Blackstone.

– ¿Cómo te has enterado?

– Observando un poco. En el funeral te pusiste enferma y te has estado quejando de que sientes náuseas. No bebes café. Tu madre se comportó igual cuando estuvo embarazada de ti.

El sonido de porcelana chocando entre sí captó la atención de ambos y vieron a Sally salir de la despensa.

– ¿Estás embarazada? – preguntó la señora Cotter, impresionada –. ¿Tiene tu padre razón? ¿Estás embarazada de un hijo de Ryan?

Jessica asintió con la cabeza.

– ¿Se lo has dicho a él? – quiso saber Sally.

– Sí.

– ¿Por eso te pidió que te casaras con él?

– Quizá. Creo que sí. No lo sé. ¡Oh, mamá, estoy hecha un lío! – contestó Jessica.

– Debería haber sabido que un Blackstone no te traería más que dolor.

– Ya he terminado mi relación con él.

– Tienes que dejar de trabajar en Blackstone Diamonds – dijo su madre, sentándose en una silla.

– He dimitido, pero voy a echar de menos mi trabajo.

Y a Ryan también. Insoportablemente.

Más tarde, cuando su madre la acompañó a la puerta para despedirla, le habló muy seriamente.

– Tu padre me ha perdonado, Jessica. ¿Por qué no puedes hacerlo tú?

– ¿Cómo pudiste dejar que Howard Blackstone te sedujera?

– Es muy difícil de explicar. Howard era tan persuasivo... Atractivo, exitoso, rico. Era viudo. Me apreciaba –contestó Sally, respirando profundamente–. Comenzó como un pequeño coqueteo...

– ¿Con tu jefe? – dijo Jessica, levantando una ceja.

– Yo era una empleada. Todo era tan duro por aquel entonces... Antes de darme cuenta, estaba en su cama –se sinceró su madre con la tristeza reflejada en los ojos–. Tu padre estaba de muy mal humor después del accidente. Tú tenías sólo diez años cuando ocurrió... cuando aquel coche cayó sobre él y le destrozó las piernas. Las cosas fueron muy difíciles. Sin mi trabajo, sin Howard Blackstone, todo habría sido mucho peor. Howard fue mi válvula de escape. Me dio un trabajo, me llevó a lugares que yo jamás había visitado, me compró ropa que yo no me podía permitir. Con él vislumbré otro mundo y me hizo sentir como una princesa.

– Pero estabas casada, mamá.

– Lo sé. Y le hice daño a tu padre. Pero peor todavía: tú lo descubriste y no te gustó nada. Tu desaprobación me hizo sentir muy culpable. Incluso casi me sentí aliviada cuando Howard lo arregló todo para que fueras al Pymble Ladies' College y pagó tu estancia allí. Tu padre y yo jamás habríamos sido capaces de darte una educación tan estupenda.

Jessica siempre había sospechado que Howard la había querido apartar del camino mientras mantenía una aventura con su madre. A él no le había caído nada bien ella y había odiado cuando su madre la había llevado como acompañante en aquellas tardes de viernes en cafeterías apartadas. Pero claro, su madre le había hecho jurar que no diría nada de aquellos encuentros y ella se había sentido como una cómplice silenciosa.

Aunque lo peor había llegado cuando, al ser ella una quinceañera, había leído las notas y cartas que Howard le había escrito a su madre. Había encontrado la caja en la que Sally las había escondido en una estantería de su armario y las había leído todas. Algunas eran seductoras, incluso románticas. Y otras eran realmente aterradoras... como la nota que había mandado Howard tras una falsa alarma de embarazo en la que dejaba claro que si su madre se quedaba embarazada iba a tener que abortar.

– ¿Me perdonarás alguna vez? – preguntó la señora Cotter con la preocupación reflejada en la mirada.

Jessica parpadeó para apartar la humedad de sus ojos.

– Oh, mamá, te perdono. Quizá porque en realidad lo comprendo mejor de lo que piensas. Yo he cometido el mismo error: me he enamorado de mi jefe. Pero he sido más estúpida de lo que jamás lo fuiste tú, porque me he quedado embarazada.

—Por lo menos tú no estás casada con otro hombre, un hombre herido que te necesita. Ni tampoco tienes una hija pequeña esperándote en casa mientras tú estás viéndote con tu amante. Por lo menos Ryan Blackstone se ha ofrecido a casarse contigo.

—Oh, mamá —dijo Jessica.

Recordó cómo había odiado el enterarse del verdadero significado de los encuentros de su madre con Howard y de la procedencia del dinero para pagar su elitista colegio para señoritas.

A pesar de su renuencia a mantener ningún tipo de relación con Howard Blackstone, había aceptado el trabajo que él le había conseguido al cumplir diecisiete años, ya que suponía una válvula de escape para marcharse de Melbourne. La había aliviado alejarse de la extraña relación que compartían sus padres y tener independencia económica. Irónicamente, el tener a su hija alejada había conseguido que Sally recuperara la cordura y que rompiera su relación con Howard, así como que abandonara su empleo. Pero Jessica ya se había ido, por lo que no había estado allí para ayudar a su madre a recomponer su vida.

Puso una mano encima de la que su madre tenía sobre su brazo y le dio un apretón.

—Me comporté como una mocosa mimada, ¿verdad?

—Tenías todo el derecho; yo jamás debí tener ninguna aventura amorosa. Te puse en una situación imposible. Fuiste muy fiel a tu padre.

—Debió de haber sido difícil para ti.

—Lo fue. Pero Howard me ofreció una válvula de escape, tiempo alejada de casa, tiempo durante el que podía fingir que el accidente de tu padre nunca había ocurrido.

—Oh, mamá, te quiero.

Sally esbozó una agridulce sonrisa.

—Los Blackstone son increíblemente ricos. Ryan siempre fue un joven encantador. Educado. Pero todo lo que quiero para ti es que encuentres a alguien que te quiera.

Jessica abrazó a su madre.

—Con el amor que papá y tú sentís por mí... y el bebé, ¿por qué voy a necesitar un marido?

Capítulo 9

Tras aquella semana tan ajetreada, Jessica estuvo casi todo el fin de semana durmiendo. No había duda de que su cuerpo estaba cambiando, se estaba hinchando, engordaba cada día. Mientras se dirigía en coche hacia el trabajo el lunes por la mañana se dijo a sí misma que después de la exposición iba a compensar todo el estrés que estaba sufriendo e iba a estar una semana entera durmiendo.

Su día laboral no comenzó bien. Cuando entró en la sala de exposiciones le informaron de que Emma, una de las dependientas, había telefoneado diciendo que estaba enferma y les había dejado cortos de personal. Y después, esbozando una gran sonrisa, Candy dijo que habían vendido el diamante rosado que tanto le gustaba a ella.

Pero al enterarse de que Ryan había estado ya por allí y que se había marchado para asistir a una reunión en Pitt Street, se tranquilizó un poco. Suspiró silenciosamente. Por lo menos tendría un poco de tiempo para prepararse para verlo de nuevo.

A mediodía, tras haber atendido a muchos clientes y haber estado varias horas de pie, necesitó un descanso. Se preparó un té y se dirigió a su despacho para ponerse al día con sus correos electrónicos. Y allí la encontró Ryan, que entró en la sala, cerró la puerta despacio tras de sí y se apoyó contra ella. Jessica se puso tensa, temerosa de una confrontación tras su último encuentro... en el que había rechazado su oferta de matrimonio.

—Hola, ¿cómo te encuentras? —preguntó él con algo curiosamente parecido a la dulzura reflejado en los ojos.

—Estoy cansada. Estoy ganando más peso del que debería.

Ryan se acercó a ella y repentinamente el espacio del despacho pareció muy pequeño.

—¿Puedes sentir cómo se mueve el niño?

—No, pero mi tripa está creciendo. ¿Quieres tocarla? —sugirió ella.

—Tendré cuidado —aseguró él, a quien se le iluminó la cara.

Jessica sintió un nudo en la garganta al observar cómo Ryan se arrodillaba delante de ella y colocaba cuidadosamente las manos sobre su tripa.

—Ya se nota un poco tu embarazo —comentó él, acariciándola.

—Estoy engordando.

—Tú nunca estarás gorda. Eres preciosa, Jess.

—Gracias —dijo ella, mirándolo.

Ryan le estaba acariciando la tripa con mucha delicadeza y ella dejó de sentirse tan cansada y tan pesada. Todo porque él le había dicho que era preciosa.

—Durante la hora de comer tengo una cita para realizarme mi primera ecografía —le informó. Entonces vaciló un poco—. ¿Te gustaría venir?

—Nada me detendrá —contestó él con el placer reflejado en la mirada.

Mientras esperaban en la consulta del médico, Ryan le agarró la mano. Cuando llegó el momento de entrar, Jessica le presentó al doctor Waite, el cual no pudo ocultar su sorpresa al conocer al señor Blackstone. Entonces ella fue a cambiarse de ropa y, cuando regresó, vestida con un camisón de hospital, una enfermera le indicó que podía tumbarse en una camilla.

Jessica se tumbó donde le habían indicado y Ryan se sentó en una silla que había al lado. Le tomó de nuevo la mano mientras la enfermera le cubría a ella la tripa con un gel muy frío.

Segundos después, el doctor Waite indicó la pantalla.

—Mirad, ahí está el feto.

—Puedo verlo —dijo Ryan, apretándole aún más la mano a ella.

Jessica lo miró y vio que estaba observando la pantalla con la intensidad que normalmente reservaba para los balances.

—Jessica, aquí está la razón por la que has estado tan cansada y hambrienta. Así como también la razón de que hayas ganado tanto peso —continuó el médico.

—¿Qué es? ¿Qué hay mal? —preguntó ella, ansiosa.

—Hay otro corazón latiendo.

—¿Otro? —repitió Jessica, desconcertada. Miró la pantalla y trató de comprender.

—Son gemelos —dijo Ryan—. Por el amor de Dios, eso es lo último que esperaba.

Jessica se estremeció.

Ryan iba a arrepentirse de haberle propuesto matrimonio e iba a salir corriendo de allí. Y ella no podría culparlo. ¿Por qué iba a quedarse con la embarazada hija de un mecánico, que estaba esperando gemelos, cuando podía elegir a la mujer más bella de Sidney?

—¿Hay gemelos en tu familia, Jessica? El gen de los gemelos puede ser hereditario por parte de la madre —explicó el doctor Waite.

—Mi madre tiene una gemela —contestó ella, tratando de concentrarse. Estaba muy impresionada.

Pero entonces Ryan la miró y ella pudo ver que no estaba esbozando la expresión de un hombre que estaba a punto de salir corriendo. Si no hubiera sabido como era él, si no hubiera sabido lo cauteloso que era acerca de perder la libertad que

le ofrecía su lujosa vida de soltero, quizá habría sido lo suficientemente tonta como para pensar que el brillo de sus ojos, la emoción que reflejaban, era amor.

Aquella noche, Ryan insistió en ir a buscar a Jessica a su apartamento para salir a cenar.

—Para celebrarlo —le dijo con firmeza cuando ella comenzó a protestar.

Pero mientras la ayudaba a subir a su coche, se dijo a sí mismo que era mucho más que eso. No quería perderla de vista, no le iba a dar la oportunidad de desaparecer, de llevarse de nuevo la alegría de su vida.

Cuando introdujo el coche en el aparcamiento de su edificio, oyó cómo ella se quedaba sin aliento.

—¿Vamos a tu ático? Pensaba que íbamos a cenar fuera.

—No te preocupes, no vas a tener que cocinar —contestó él, sonriendo irónicamente—. He pedido la cena a Le Marquis.

Su comentario tuvo el efecto deseado. Sorprendida, Jessica rió.

—¿Le Marquis reparte a domicilio?

—En realidad, no —contestó Ryan, apagando el motor de su coche—. Han enviado a un chef para hacer que sea toda una experiencia Le Marquis.

—¿Va a venir un chef a tu ático? No debías haberte molestado tanto —dijo ella, mirándolo con sus bonitos ojos marrones, que reflejaban una leve incertidumbre.

—Pensé que en vez de salir a cenar fuera, preferirías relajarte un poco —comentó él—. Así que sube al ático, siéntate con los pies en alto y disfruta. No hay presión.

—¿No hay presión?

—No voy a tratar de seducirte.

—¡Oh! —exclamó Jessica con algo parecido a la decepción reflejándose en sus expresivas facciones.

Ryan salió del coche y se acercó a abrir la puerta del acompañante.

Aquella noche no iba a tratar sobre sexo, sino sobre Jessica.

Quería demostrarle lo especial que era.

Las puertas francesas del salón del ático estaban abiertas para que así entrara la calidez de aquella noche. Un chef francés estaba dándole los últimos toques al primer plato: una magistral combinación de lechuga, salmón ahumado y pepinillos. Al acercarse ellos a la mesa, el chef tomó la *pashmina* que llevaba Jessica mientras Ryan separaba una silla para ella.

Una vez estuvieron sentados, el chef, que se presentó a sí mismo como Pierre, les dijo las opciones que tenían de segundos. Jessica se decidió por el filete de pollo

con crema Roquefort y Ryan eligió *boeuf Bourguignon*. Entonces Pierre se dirigió a la cocina y les dejó a solas.

Durante unos segundos el silencio se apoderó de la situación.

— ¿Qué piensas realmente de los bebés? — preguntó por fin Jessica.

— Estoy aturdido. Nunca me había visto como padre. Y menos como padre de gemelos.

Pero en aquel momento la posibilidad de casarse con Jessica y la idea de convertirse en padre de dos miniaturas de carne y hueso, hijos de ella y de él, lo intrigaba tanto que quería convencerla de que se casara con él. Mejor antes que después. No quería perderse ni un momento de aquella experiencia tan impresionante.

— ¿Estás enfadado? — quiso saber ella.

— ¿Por qué debería estar enfadado?

— ¿Por qué me quedé embarazada?

— Hacen falta dos personas para ello — contestó él, sonriendo.

— ¿No se te ha pasado por la mente que yo quisiera atraparte para que te casaras conmigo?

— ¿Es eso lo que te preocupa? ¿Piensas que tal vez yo te esté echando la culpa? ¿Qué estoy pensando que lo hiciste a propósito? — dijo Ryan, negando con la cabeza—. No lo pienso.

Jessica suspiró y él la miró con intensidad.

— ¿Qué es lo que te preocupa, Jess?

— No estoy segura de si lo comprenderías.

— Dilo. Podemos solucionarlo juntos. ¿Te preocupa que los bebés vayan a minar tu salud? ¿Qué vayas a perder tu identidad? No te preocupes por eso. Si quieres trabajar, podemos encontrar una salida. Sé lo importante que es tu carrera para ti.

— Es extraño — contestó Jessica—. Siempre pensé que mi trabajo lo era todo para mí, pero hace un par de meses algo cambió. De repente me di cuenta de que podía abandonar Blackstone Diamonds, mi carrera, y que ello no cambiaría mi personalidad ni mis creencias.

— ¿Te refieres a cuando descubriste que estabas embarazada?

— Eso fue parte de ello — respondió ella, mirándolo a los ojos—. Pero no todo. ¿Recuerdas que nos peleamos porque yo quería que pasáramos juntos las Navidades?

— Jess, no tenemos que hablar sobre rencillas del pasado. Hoy no. Vamos a celebrar lo del bebé... quiero decir lo de los bebés — se corrigió Ryan a sí mismo.

— Tengo que decirte una cosa — insistió ella—. Quería pasar aquellas vacaciones contigo porque necesitaba que me demostraras que nuestra relación tenía algún futuro.

Ryan acercó una mano por encima de la mesa y la posó sobre la de ella.

– Lo siento. Fui un egoísta.

– Pero yo no comprendí lo importante que era para ti pasar tiempo con tu padre en Byron Bay. No lo entendía. Me sentí herida al ver que nunca me invitabas a compartir las celebraciones de tu familia. Pensé que te avergonzabas de mí.

– Nunca me avergoncé de ti. Pero no quería que nadie supiera que estaba teniendo una aventura con alguien que trabajaba para mí. Si me avergüenzo de alguien, es de mí mismo. Debería haber sido más considerado.

– Y yo debería haberte dicho lo que quería – dijo Jessica, entrelazando sus dedos con los de él –. Pero estaba destrozada. Por una parte tenía miedo de alejarte de mí, pensaba que romperías nuestra relación si yo sacaba el asunto... después de todo conocía tu postura. Pero por otra parte quería tratar el tema, quería un compromiso por tu parte.

– Compromiso que yo no estaba preparado para realizar.

– Entonces descubrí que estaba embarazada. Me llevé una gran impresión. Pero también descubrí que me gustaba la idea de tener un hijo. Estaba preparada para ello. Pero tú habías dicho...

– Que no quería gatos, niños... ¡y desde luego ningún anillo de compromiso!

Jessica se quedó mirándolo, levemente asustada por la crítica que había hecho él de sí mismo.

– Sí, bueno. Así que cuando la prueba de embarazo dio positiva, supe que lo nuestro había terminado.

– Yo no estaba preparado para casarme – admitió él –. Lo siento mucho, Jess.

– Está bien. Yo regresé con el propósito de romper nuestra relación. Iba a ser muy firme. No te iba a decir nada sobre el bebé hasta que lo hubiera asumido yo misma.

– Pero no me lo dijiste ni en ese momento.

– Porque estaba enfadada contigo por no ofrecerme el compromiso que quería. Decidí viajar directamente a Auckland para la inauguración de la nueva joyería de la ciudad. Pero perdí el vuelo. Telefoneé a Vina, la secretaria de Ric, y ella lo arregló todo para que yo viajara con tu padre en el avión que posteriormente sufrió el accidente... aunque normalmente yo trataba de mantenerme tan alejada de él como me fuera posible.

– ¿Por qué?

– Es una historia muy larga – contestó Jessica.

– Tengo toda la noche – dijo Ryan, intuyendo que fuera lo que fuera lo que tenía que contar ella, era importante para su futuro.

Pero Pierre eligió ese preciso momento para salir de la cocina con la cena.

– *Crème brûlée* de postre, ¿oui? – preguntó el chef.

Ambos asintieron con la cabeza.

En cuanto Pierre se hubo marchado de nuevo a la cocina y hubo cerrado la puerta tras de sí, Jessica agarró su tenedor y su cuchillo. Durante unos minutos comieron en silencio.

—Mi madre trabajó para tu padre —dijo por fin ella—. Primero como empleada temporal y, después, como lo que de manera eufemística se califica como «acompañante de viaje».

Ryan sabía que debía haberse mostrado más sorprendido, pero no lo estaba. Aquello explicaba por qué la madre de ella le había resultado familiar cuando la había visto en el funeral.

—Por eso evitabas a mi padre, por eso me dijiste que lo despreciabas.

—Sí —contestó Jessica, respirando profundamente—. Una vez husmeé en las cosas de mi madre y encontré una nota que le había enviado Howard. Debió de haberla mandado después de una falsa alarma de embarazo. Me asustó.

—¿Qué decía?

—Que si se quedaba embarazada tendría que abortar.

—Oh, Dios mío —dijo Ryan, palideciendo.

—En lo más profundo de mi corazón pensé que tal vez tú fueras a exigirme lo mismo.

—Por eso no me dijiste nada cuando descubriste que estabas embarazada. Pero quiero que sepas que jamás te habría pedido que hicieras eso. Apenas puedo creer que él esperara que tu madre abortara si se quedaba embarazada.

—Siento haber dudado de ti —contestó ella, suspirando. Se sintió aliviada al haberse dado cuenta de que Ryan no era como su padre—. Sé que él era tu padre y que dices que quiso a tu madre, y que lamentó mucho la desaparición de tu hermano. Sé que lo admirabas. Pero yo jamás vi ese perfil suyo. Sólo vi al despiadado hombre de negocios que era un mujeriego. Estaba aterrorizada por si la aventura de mi madre terminaba rompiendo el matrimonio de mis padres.

—Te comprendo. Debió de haber sido muy difícil para ti convertirte en mi amante con todo ese pasado —dijo él, saboreando los últimos bocados de la cena.

—El día que fuimos a Miramare, dijiste que no eras capaz de resistirte a mí —comentó ella, sonriendo—. Bueno, el sentimiento es mutuo. ¿Qué posibilidad tenía? Tú eras guapo, inteligente y podías encandilar a quien quisieras. Traté con todas mis fuerzas de resistirme a ti, ¿pero cómo iba a hacerlo?

—Estás exagerando. ¿Discutiste sobre eso con mi padre aquel día en el aeropuerto? ¿Sobre la manera en la que trató a tu madre?

—No —contestó Jessica, mirándolo a los ojos—. Discutimos sobre ti.

—Cuéntame, Jess.

—Él había descubierto... nuestra relación. Sabía que teníamos una aventura y que yo estaba viviendo en tu ático.

—¿Y...? —quiso saber Ryan, pensando que su padre debía de haber utilizado un detective.

—Quería que yo rompiera la relación. Me dijo que no era digna de ser pareja de ningún Blackstone. Quizá pudiera ser una amante, pero jamás una pareja oficial. «De tal palo, tal astilla», fueron sus palabras exactas.

Ryan contuvo las ganas de decir unas cuantas palabrotas. Le molestó ver el dolor que reflejaban los ojos de Jessica, dolor que alguien de su propia sangre había causado.

—Él sólo reafirmó que yo jamás sería suficientemente buena para ti, que siempre seguiría siendo la hija de una de sus amantes.

—Estupideces —dijo Ryan—. Nadie te ve como eso. Mi hermana te admira, y también Ric. Y a Dani también le gustas. La gente te respeta porque eres una mujer inteligente y elegante. No dejes que mi padre destruya tu confianza en ti misma. Él era un maestro en conseguir ese tipo de cosas.

—Eso no fue todo —continuó ella.

—Quiero saberlo todo, cada detalle, por muy nimio que consideres que sea.

—Subimos al avión y una vez allí me amenazó. Me dijo que si me negaba a romper contigo me echaría y a ti te desheredaría —explicó Jessica con el dolor reflejado en los ojos—. Pero que si hacía lo que él quería, conservaría mi trabajo y él consideraría no dejarle todas sus acciones a su hijo mayor. Yo pensaba que se refería a Kimberley. Jamás se me ocurrió que pudiera estar hablando de James.

—¿Tú qué dijiste? —preguntó Ryan con la furia reflejada en la voz.

—Yo ya había decidido romper contigo, así que le dije que renunciaba a mi trabajo y me bajé del avión.

—Bien por ti —dijo él, impresionado ante todo aquello.

—Estaba furiosa y disgustada. Al bajar del avión, casi me choqué contra Marise, que en aquel momento subía por las escalerillas. Estaba demasiado tensa como para venir al ático. Sabía que te tenía que ver para decirte que todo se había acabado, pero quería tiempo para pensar. Había renunciado, así que no podía regresar al trabajo a la mañana siguiente... Además, se suponía que yo estaría en Auckland.

—¿Adónde fuiste?

—Se estaba haciendo tarde, así que fui a mi apartamento. Sabía que en poco tiempo me mudaría a vivir allí de nuevo. Creí que tú pensarías que yo ya estaba en Auckland, por lo que tenía un día de gracia.

—Cuando el avión desapareció, me enviaron por fax la lista de pasajeros... en la que todavía figuraba tu nombre. Casi me muero —confesó Ryan. Aquél había sido el peor momento de su vida—. Traté de telefonarte con la inútil esperanza de que hubieras decidido ir de otro modo. Pero no contestabas al teléfono.

Él había pensado que Jessica había muerto y el dolor se había apoderado de sus sentidos. También lo había invadido un sentimiento de culpa al percatarse de que estaba más preocupado por su amante que por su padre.

—Apagué mi teléfono móvil —explicó ella—. No quería hablar contigo. No hasta que decidiera qué iba a decirte para terminar la relación. Pero entonces fue demasiado tarde. Oí en las noticias que el avión de tu padre había desaparecido. Así que fui a buscarte, ya que pensé que me necesitarías. ¿Por qué nunca me dijiste que pensaste que había muerto?

—Cuando aquel día regresé a casa después de una jornada terrible y te encontré sentada delante de la televisión viendo las noticias sobre la desaparición de mi padre, había demasiadas cosas que hacer que requerían que yo estuviera centrado. Pensé que ya habría suficiente tiempo después para tratar de paliar lo vacío que me había sentido.

—Fue entonces cuando comenzaste a sospechar que había algo entre Howard y yo —dijo ella.

—No ayudó el hecho de que tú te apartaras cada vez más de mí. Eso no me tranquilizó mucho.

—Yo me sentía infeliz... y estaba embarazada. Tenía que terminar nuestra relación, pero tú estabas muy dolido. ¿Cómo iba a ser tan insensible de apartarme de ti en un momento tan duro como aquél?

—Y yo no te puse las cosas muy fáciles —reconoció él, que había estado muy centrado en sus propias preocupaciones y disputas familiares.

Pero al haberse enterado de que Jessica estaba embarazada, había descubierto que sí que quería casarse. Nada le haría más feliz que tener un futuro con ella y con sus hijos.

Amaba a Jessica. No lo había descubierto de repente, sino que había sido algo gradual. Le había llevado un tiempo darse cuenta de que lo que sentía por ella era amor.

Quería compartir el resto de su vida con Jessica.

Quería que ella fuera su esposa.

Pero no podía culparla por rechazarlo. Había vivido con ella y jamás había intentado convertirla en algo más que en su amante. Era normal que pensara que él no era mejor que su padre y no sabía cómo iba a convencerla de cuánto la necesitaba.

—Jessica... —comenzó a decir, tendiéndole una mano.

—El postre está delicioso —interrumpió Pierre, saliendo en ese preciso momento de la cocina y dejando en la mesa los postres—. Delicioso.

—Gracias, Pierre —dijo Ryan, apartando la mano y reprimiendo la necesidad que sentía de acercarse a Jess.

—He preparado café. Está en la cocina, junto con dos tazas. Ahora yo me tengo que marchar, ¿oui?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

– *Oui* – concedió Ryan.

Capítulo 10

Una vez Pierre se hubo marchado, se comieron el postre y se dirigieron al salón. Jessica se sentó en un sillón, se quitó las sandalias y se apretó los dedos de los pies.

— ¿Te duelen los pies? — le preguntó Ryan mientras la observaba.

— En realidad, no.

Pero él se los agarró y los colocó sobre el apoyabrazos del sillón.

— Túmbate y relájate.

— Estoy muy llena — dijo ella, cerrando los ojos.

Suspiró e, incapaz de soportar por más tiempo el silencio que se había apoderado de la situación, levantó los párpados para ver qué estaba haciendo él.

Ryan estaba de pie a su lado y la miraba con una extraña expresión reflejada en la cara.

— ¿Qué piensas? — preguntó ella.

Él vaciló.

— Dímelo — exigió saber Jessica.

— Estaba pensando en todas las mañanas que me he despertado y me he quedado mirando cómo dormías, en la manera en la que apartas las colchas con las piernas, en cómo duermes con la mano bajo tu mejilla...

— ¿Me has estado estudiando mientras dormía? — preguntó ella, impresionada.

— Frecuentemente.

— ¿Por qué? — quiso saber Jessica, que siempre había pensado que él no le prestaba ninguna atención.

— Siempre pareces tan tranquila cuando duermes, estás tan guapa... Me hacía sentir placer, algo que llevar conmigo durante todo el día.

— No lo sabía...

— He echado de menos esos minutos cada mañana — confesó Ryan.

— No lo sabía — repitió ella—. Aunque recuerdo que a veces me despertaba con el sonido de la puerta cerrándose detrás de ti cuando te marchabas del ático.

— Era duro marcharse sin darte un beso de despedida.

— Debiste haberme besado.

— Siempre parecías tan tranquila que no quería despertarte.

— Bueno, puedes compensarlo si me besas ahora.

Él se acercó y posó los labios sobre los de ella. La besó con delicadeza y sintió cómo se le aceleraba el pulso, como siempre le ocurría cuando se acercaba a aquella mujer. Le acarició un hombro, la atrajo hacia sí y la besó más profundamente.

Jessica sintió cómo las emociones le invadían el corazón, unas emociones dulces y fuertes al mismo tiempo. Él introdujo la lengua en su boca y con la mano le acarició la garganta, los pechos... y se detuvo en su tripa.

Dejó la mano allí, inmóvil.

Entonces rompió el beso y levantó la cabeza.

– Llevas puesta demasiada ropa.

– Quizá.

– En esta ocasión te la voy a quitar yo. No vas a esconder nada ante mí. Y esta vez no sólo voy a mirar, sino que también voy a tocar.

Antes de que ella pudiera protestar, la tomó en brazos y la subió a la planta superior del ático. Cuando la dejó sobre la enorme cama de su habitación, Jessica ya no tenía ganas de quejarse. Ryan se arrodilló sobre las colchas y ella pudo ver que su cara reflejaba una expresión sensual, un poder apasionado que provocó que el corazón le latiera apresuradamente.

Le quitó la falda con un solo movimiento, así como la camiseta plateada que llevaba. La despojó del sujetador y de las braguitas con la misma implacable eficiencia.

Jessica se sintió tímida durante un momento al verse allí tumbada, desnuda, mientras él estaba todavía vestido.

– He sido un tonto – dijo Ryan con mucha delicadeza –. He tenido conmigo durante todo este tiempo la mayor joya de todas. Y casi la pierdo.

– Oh, Ryan.

– Te amo, Jess. Siento no haberme dado cuenta antes de lo que significabas para mí, de lo que valías. Te compensaré por ello, te lo prometo. Si me lo permites.

– Todo lo que siempre he querido de ti era tu amor – contestó ella, tendiéndole los brazos.

Entonces Ryan se quitó la ropa y Jessica no pudo evitar admirar la belleza de su cuerpo desnudo. Se tumbó a su lado y su potente erección era la prueba fehaciente de lo mucho que la deseaba.

Pero cuando le acarició la cara, los pechos, el vientre, lo hizo con mucha delicadeza. Siguió con los labios el rastro de sus manos.

– Eres mía... Me gustan tus curvas, tus pechos hinchados, tu voluptuosidad. Es muy sexy. No me puedo creer que no me diera cuenta antes de que estabas embarazada – comentó él.

Entonces bajó las manos y Jessica gimió al sentir cómo le acariciaba el húmedo centro de su feminidad. Se estremeció cuando la acarició más intensamente.

– ¡Oh, Dios mío!

Los dedos de Ryan se movieron con más fluidez al verse lubricados por el calor del cuerpo de Jessica, que se sintió invadida por una oleada de placer y gimió el nombre de él en alto.

Inmediatamente Ryan se colocó sobre ella y Jessica sintió cómo se derretía al verlo cuidadoso que estaba siendo.

Cuando la penetró con su sexo, fue una sensación completamente diferente a todas las veces anteriores. La pasión todavía estaba allí y las oleadas de placer comenzaron de nuevo. Ella se sintió protegida y valorada, se sintió muy especial.

Después, él no pudo apartar las manos de su cuerpo. Le acarició el pelo, los pechos y, como guiado por una fuerza que no podía controlar, volvió a tocarle el vientre.

—Todavía no me lo puedo creer —dijo con una gran ternura reflejada en los ojos.

—¡Estás contento por los bebés! —exclamó ella al mirarlo.

—Y orgulloso —contestó Ryan, sonriendo—. No puedo esperar para decirle al mundo entero que estás embarazada.

—Espera un momento... —le pidió ella, que nunca habría imaginado aquello.

—Te casarás conmigo, ¿verdad, Jess? —dijo Ryan, con cierto tono de desesperación en la voz.

Jessica apenas podía digerir todo aquello. La emoción la estaba desbordando.

—No respondas ahora. Piénsalo y contéstame la noche de la Exposición para que así tengas tiempo de asimilarlo.

Los días previos a la exposición «Algo antiguo, algo nuevo» pasaron muy deprisa. El viernes por la tarde Jessica se dio cuenta de que, milagrosamente, todo estaba preparado. Cada detalle estaba bajo control y ella ya no tenía nada más que hacer.

Se marchó a la peluquería para que la peinaran y le hicieran la manicura. Después se dirigió a su apartamento para darse una ducha fría. Tras hacerlo se vistió con un veraniego vestido rojo. Se miró en el espejo y supo que todos iban a saber que estaba embarazada. Tenía los pechos muy hinchados y aquel vestido le marcaba la tripa, a diferencia de las amplias camisas que había llevado al trabajo.

Cuando el timbre de la puerta sonó, frunció el ceño y pensó en no contestar. Pero entonces el timbre volvió a sonar y se dirigió a abrir la puerta. Al hacerlo se le quedó la boca seca al ver a Ryan vestido con un esmoquin negro. Estaba completamente arrebatador.

—¿Qué haces aquí?

—He venido para llevarte al acontecimiento del año.

– Pensé que nos veríamos allí.

– Yo también, pero entonces me di cuenta de que tienes que venir conmigo.

– ¿Por qué? – preguntó ella, curiosa.

– Para que mañana no haya nadie en Sidney que tenga ninguna duda de lo que siento por ti. Siempre has insinuado que te escondo y yo he jurado que jamás volverás a ser mi amante secreta. Después de esta noche todos sabrán que somos pareja y lo mucho que significas para mí. Ahora, termina de arreglarte y marchémonos.

Jessica se apresuró a abrocharse la gargantilla de perlas que había elegido para aquel evento y se puso una pulsera de oro y unas sandalias plateadas. Tras aplicarse un poco de perfume, así como brillo de labios, estuvo preparada para salir.

Llegaron de los primeros. Ella subió a la planta de arriba para comprobar que todo estuviera en orden con las modelos, con los estilistas y con los diseñadores de joyas. Satisfecha con los resultados que encontró, volvió a bajar con Ryan.

La élite de Sidney estaba allí esperando para presenciar la exposición. Algunos estaban ya sentados y charlando entre ellos. Había camareros que llevaban bandejas con deliciosos manjares y champán.

– Se van a ocupar todas las localidades – le comentó a Ryan –. Todo tiene muy buen aspecto.

– Desde luego que sí – concedió él, sonriendo –. Hemos trabajado todos muy duro para conseguirlo.

– Jessica... Ryan – dijo Briana, mirando con detenimiento lo cerca que estaban el uno del otro.

– ¿Estás preparada? – le preguntó Jessica a su amiga, dándole un abrazo.

– Tengo que ir a cambiarme de inmediato. En realidad no debería estar aquí abajo. Sólo quería asegurarme de que Jake no se sentía perdido.

– ¿Jake Vanee? – Jessica comenzó a sonreír –. ¿Ha venido contigo esta noche?

Briana negó con la cabeza.

– Ya te lo dije, Jess, no es nada serio – contestó antes de marcharse.

Ryan guió a Jessica a la primera fila, donde había unos sitios reservados para ellos. Ella vio en la distancia a Dani Hammond, que llevaba puesto un elegante vestido negro. A su lado estaba su madre, Sonya. Jessica saludó a ambas con la mano y pudo observar sus caras de asombro al ver lo cerca que estaba Ryan de ella.

Cuando por fin Ryan subió al pequeño escenario que habían montado, todo el mundo se quedó callado y escucharon con atención mientras él hablaba de Janderra, de los diamantes y de los diseñadores que iban a exponer sus colecciones aquella noche. Había una gran pantalla detrás del escenario en la que se proyectaban imágenes.

Presentó a Dani Hammond como la diseñadora estrella de aquel año. Jessica la miró y vio cómo la muchacha se ruborizaba y cómo Sonya sonreía orgullosa.

Entonces Jess oyó su propio nombre y vio una fotografía suya reflejada en la gran pantalla. Ryan la presentó como la excelente gerente de la tienda de Sidney. Ella se ruborizó y se preguntó cómo iba a ser capaz de renunciar a su puesto de trabajo. Quizá pudieran acordar un horario que le permitiera trabajar menos horas una vez nacieran los gemelos.

Cuando él terminó de hablar, una de las cantantes de pop más famosas de Australia apareció en el escenario y cantó el exitoso tema de los setenta *Diamonds Are Forever*.

El espectáculo había comenzado. Se iban a presentar las nuevas colecciones de diamantes de la casa Blackstone.

—¿Quién es ése? —le preguntó Jessica a Ryan. Tal y como había prometido, él había estado a su lado, abrazándola posesivamente por la cintura y dejando claro a todos los allí presentes que ella estaba con él.

—¿Quién?

—Ese hombre alto y guapo que ha estado mirando a Briana como si se hubiera quedado embelesado. Ha despertado interés en varios periodistas.

—Ése es Jarrod Hammond —contestó Ryan—. Y los periodistas están fascinados con el hecho de que haya venido un Hammond. Están esperando por si hay algún nuevo escándalo esta noche.

—¿Ése es Jarrod Hammond? Es gracioso, pero no se parece en nada a como yo me lo había imaginado. Es muy diferente de Matt.

—No son hermanos de sangre. Mi tía Catherine y mi tío Oliver no podían tener hijos.

—¿Así que Jarrod es adoptado? —supuso Jessica.

—Sí. Pero ha sido criado como un Hammond, por lo que debes advertirle a Briana que tenga cuidado con él —masculló Ryan.

Las modelos estaban desfilando en el escenario con las espectaculares joyas Blackstone y el público aplaudía entusiasmado.

—A juzgar por la apreciación del público, se diría que la exposición está siendo todo un éxito —comentó entonces Ryan.

—Creo que tienes razón —concedió Jessica, asintiendo con la cabeza.

—Gran parte de este éxito se debe a ti —dijo él, que se sentía orgulloso de ella.

Cuando la música comenzó a sonar más alta, Jessica se dirigió de nuevo a él.

—El final se está acercando.

Entonces apareció Briana. Bajó las escaleras del escenario vestida con un exquisito y simple vestido de novia. La seguían tres modelos vestidas de damas de

honor que llevaban rosas blancas y unos espectaculares diamantes. Briana llevaba colgado del cuello un solo diamante...

— ¡La Estrella del desierto! — gritó alguien al lado de ellos.

Entonces los aplausos inundaron la sala.

— Mira la expresión de Jarrod Hammond — le susurró Jessica a Ryan—. Está destrozado.

— No debe de ser nada fácil para Jarrod. No olvides quién es su hermano y quién era la hermana de Briana.

— Oh... Matt y Marise.

— No creo que Jarrod pueda superar esos obstáculos.

— Silencio — dijo entonces ella—. Es el gran momento.

Ryan miró el escenario y vio que Briana y sus damas de honor estaban lanzándole las rosas blancas al público. Le llegó una a él y se la entregó a Jessica.

— Para ti.

Ruborizada, ella la aceptó.

Cuando la novia y sus damas de honor se retiraron del escenario, el desfile llegó a su fin. Ric Perrini dio un breve discurso de despedida y el público se levantó y guardó un minuto de silencio en memoria de Howard Blackstone y de todos los demás que murieron junto a él.

Al cerrar los ojos, Ryan sintió un terrible sentimiento de pérdida. Su padre se había marchado. Para siempre.

Pero Jessica estaba viva.

Su amor estaba vivo. La abrazó estrechamente, completamente ajeno a las miradas que estaban captando.

— ¿Sabes una cosa? Las peores horas de mi vida fueron cuando pensé que habías muerto en el accidente — le dijo a ella al oído. Entonces le dio un beso en la sien—. He cambiado. Jamás seré como mi padre.

A continuación le puso un dedo debajo de la barbilla y le levantó la cara para poder mirarla.

— Te amo, Jess. Por favor, cástate conmigo.

— ¿Aunque signifique el fin de tu exclusiva vida de soltero? — preguntó ella—. ¿Aunque implique que vayas a tener una esposa y dos hijos antes de finales de año?

— Eso no me va a asustar.

— ¿Es éste el mismo hombre que juraba que no quería gatos, niños ni anillos de compromiso? No me lo puedo creer.

— Oye, eso comenzó a cambiar hace un tiempo. Ya te lo dije, con tal de que regreses a casa, puedes traer contigo a ese maldito gato que tienes.

— Se llama Picasso.

– Bien. Y te pedí que te casaras conmigo después de saber que estabas embarazada, así que lo de los niños tampoco se aplica.

– Pero eso era cuando pensabas que sólo había un bebé, pero ahora hay dos. No te culparé si te marchas corriendo.

– No me voy a marchar a ningún lado. Y ya he tratado de darte un anillo de compromiso, pero lo has rechazado.

Jessica aguantó la respiración. Agarró la mano de Ryan y la puso sobre su vientre.

– Creo que en esta ocasión no voy a poder rechazarlo.

– ¿Qué ha sido eso?

– Creo que uno de nuestros bebés ha decidido hacernos saber que está aquí.

– ¡Vaya! – exclamó él.

Bajo las manos de ambos, uno de los bebés se movió de nuevo. A Ryan se le iluminaron los ojos.

En ese momento Jessica se dio cuenta de que él los quería a todos, a sus hijos y a ella.

– Sí, me casaré contigo.

– ¿Por los bebés? – preguntó Ryan, sonriendo irónicamente.

– No, porque te amo.

Entonces él sacó de su bolsillo la cajita con el anillo. Cuando la abrió, ella se quedó sin aliento.

– Te acordaste.

Jessica se quedó mirando el anillo que había estado admirando durante meses.

– Candy me dijo que se había vendido y me quedé muy decepcionada. Pensé que era una señal de que el matrimonio y yo no nos compenetrábamos.

Ryan se rió. Antes de que ella pudiera decir nada más, le puso el anillo en el dedo y detuvo a un camarero que pasaba por su lado para tomar dos vasos de agua mineral de su bandeja.

– Por nosotros.

– Por nosotros.

Ensimismados, ambos se quedaron mirándose el uno al otro.

Detrás de ella, Dani gritó.

– ¡Jessica, levanta la mano! ¿Es eso un anillo de compromiso? ¡Ryan, taimado, nadie lo sabía!

Todos se acercaron a felicitarlos. Kimberley y Ric. Briana y Jake. Vincent y el resto de los primos Blackstone, así como Sonya y Garth, que no se mostraron tan entusiasmados como el resto. Entonces brindaron con champán.

— Por Ryan y Jessica.

— ¿Eres consciente de que tendremos que ponernos en contacto con un agente inmobiliario? Voy a tener que poner el ático a la venta —le murmuró Ryan a Jessica al oído—. No es la clase de lugar en el que un par de gemelos puedan dejar marcas de sus pegajosos dedos.

Unos rizos rubios captaron la atención de Jessica.

— Sé que Kitty Lang es una agente inmobiliaria magnífica, pero no la vamos a contratar.

— Me ha parecido que Kitty estaba tratando de atrapar a un hombre rico, por lo que de todas maneras tal vez no estaría disponible —comentó Ryan, sonriendo—. Todo lo que quiero es encontrar una casa en la que podamos ser felices junto a nuestros hijos.

— Y junto al gato. No te olvides de Picasso —le recordó Jessica—. Y, desde luego, tú también tienes que ser feliz.

— Yo seré un hombre feliz y nuestra casa estará llena de risas... siempre y cuando te tenga a mi lado —le aseguró él, dándole un cariñoso beso en los labios.

Fin